Grupo Editorial Portal



Se busca una Madre

JESS BIDOIA

JESS BIDOIA

Se busca una Madre

Grupo Editorial Portal

Copyright © 2025 Grupo Editorial Portal

Portada

Equipo del Portal Grupo Editorial

Maquetación

Mylene Ferreira

Corrección

Equipo Portal

Libro Digital

1ª Edición

Jess Bidoia

Todos los derechos reservados.

Prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra en cualquier forma -tangible o intangible, incluida la fotocopia- sin autorización escrita del autor.

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o existieron realmente en algún periodo de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

SINOPSIS
Dedicatoria
CAPÍTULO I
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VIGÉSIMO
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
Lea también
Redes sociales (de la editorial)

SINOPSIS

Ethan Davis es joven, rico y dueño de un imperio, pero su vida cambia radicalmente cuando descubre un grave problema de salud que amenaza su futuro. Decidido a asegurarse de que su herencia tenga un sucesor, decide contratar a una mujer para que dé a luz a su heredero, sin lugar a sentimientos ni vínculos afectivos.

Olivia Moore, una aplicada empleada de su empresa, ve cómo su vida se desmorona cuando pierde su casa y se ve ahogada por las deudas. Desesperada, acepta la insólita propuesta de Ethan: un contrato que cambiará sus vidas para siempre.

Pero lo que comienza como un acuerdo estrictamente profesional se complica cuando comparten el mismo techo. Entre gestos inesperados, convivencia forzada y el nacimiento de una nueva vida, Ethan y Olivia descubren que el corazón no siempre sigue las cláusulas de un contrato.

¿Serán capaces de mantener la cordura o cederán a los sentimientos que insisten en salir a la luz?

Dedicatoria

Dedico este libro a todas las Bellezas de Jess. Os quiero a todas.



CAPITULO UNO

- Puede esperar aquí y el doctor volverá enseguida para hablar con usted. - Asiento con la cabeza y entro en la consulta mientras la enfermera me hace pasar. - ¿Le traigo un agua o un café?

- No, gracias. - Ella entiende por mi tono que no quiero alargar el tema.

Nunca he entendido por qué a la gente le gusta charlar. Mi tiempo es demasiado valioso para eso.

- Si necesita algo, llámeme. Discúlpame.

Saco el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y escribo un mensaje rápido para que mi chófer esté atento. He hecho todas las pruebas, no puede tardar mucho en salir de aquí con un diagnóstico.

Aprovecho para contestar a Beth, mi secretaria, y pedirle que aplace la reunión de las dieciséis. Los cabrones de finanzas no me

han enviado la hoja de cálculo que necesito para discutir el contrato y, atrapado en esta oficina, no puedo hacer su trabajo en tan poco tiempo.

Esto me va a costar millones. ¡Maldita sea! Dejo escapar una bocanada de aire al pensarlo.

- Buenas tardes, Sr. Davis. - Levanto la cabeza y veo que no es el mismo médico que me atendió cuando llegué.

- El Dr. Paul me pasó su caso.

- ¿Por qué? - pregunto con más brusquedad de la que me gustaría. - Odio que la gente tome decisiones por mí, doctor. Elegí que me viera él y me gustaría que eso se respetara.

- Lo comprendo. - Asiente con semblante serio mientras pone unos sobres sobre la mesa y se sube las gafas. - Pero será necesario que me hable directamente de los resultados de sus pruebas. - Le tiende la mano. - Malcom Perry, neurocirujano. - Le estrecho la mano a regañadientes, intentando comprender el motivo de este cambio.

- ¿Puede decirme los resultados enseguida? Tengo una reunión pronto y...

- Sr. Davis, siento ser tan directo, pero... -Hace una pausa dramática, mirándome fijamente y golpeando con los dedos el tablero de la mesa-.

- Le agradecería *que* fuera *más directo*. - Me inclino hacia delante, irritada por la tardanza en transmitir un simple diagnóstico.

El hombre se rasca la nuca y me dan ganas de levantarme, pero me detengo. Le prometí a la tía Mabel que esta vez me quedaría hasta el final. El problema es que odio a los médicos. Ya sea en hospitales o en una consulta como ésta.

Miro a mi alrededor, molesta por haber tenido que venir, pero ya me estaba volviendo loca con este dolor de cabeza, no tenía otra opción, por desgracia. Necesito estar concentrada en todo momento. Y para eso, tiene que pasar.

La habitación es clara e impersonal. Un fuerte resplandor entra por las ventanas e ilumina la estantería de diplomas que exhiben sus títulos y que ya ni siquiera sé a qué médico pertenecen, pero nada de eso importa, sólo necesito un maldito analgésico que no me aletargue.

- Tengo en mi poder las pruebas que has realizado y desgraciadamente no tengo buenas noticias.

- Si quisiera buenas noticias, abriría la aplicación de mi banco, doctor -le digo impaciente-. - Dígame qué tengo y qué medicamento tengo que comprar para tratarlo.

- Siento ser el portador de esta noticia, pero tiene un tumor en la cabeza. - Frunzo el ceño, intentando asegurarme de que he oído bien.

- ¿Un tumor? - Repito.

- Sí.

- Así que un cirujano, me doy cuenta. - ¿Tenemos que reservar una operación? ¿Cuánto tiempo estaré en el hospital? Tengo que organizar mi agenda.

Sus labios forman una fina línea y eso me hace apretar los ojos, analizando su reacción.

- Lo siento, al principio también pensamos que era el camino a seguir, pero al repetir el examen, descubrimos que el tumor es agresivo e inoperable.

- ¿Me está diciendo que tengo una bomba de relojería en la cabeza y que no puede sacármela?

- Sr. Davis, el tumor está en un lugar de difícil acceso y que supone un riesgo para su vida. Y la peor parte...

- Joder, ¿hay una peor parte? - Exploto y él traga con dificultad.

- Hay indicios de que se está extendiendo.

- ¿Y eso qué significa?

- Si las próximas pruebas lo confirman, podrías tener un año como mucho.

- ¿De vida? - pregunto con total incredulidad.

No soy deportista, pero me gusta hacer ejercicio todos los días por la mañana y como bien siempre que puedo. En otras palabras, me cuido. Simplemente no me gusta ir al médico y, aparte de estos dolores de cabeza, no soy una persona que se resfríe. ¿Cómo puedo tener un tumor en la cabeza?

- SÍ. - Trago saliva, pero no reacciono. Por dentro, algo duele, un dolor agudo que no se compara con ninguna otra sensación que haya experimentado. Ni siquiera la muerte de mis padres. - Un año", repito, casi como si fuera una broma. El director general de Davis & Co. Ventures, el hombre que construyó un imperio desde cero, va a derrumbarse... solo. Y no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo. - ¿Así que todo lo que puedo hacer es sentarme y esperar la muerte? - pregunto, tratando de recuperar mi objetividad.

Me mira con lástima y aprieto la mandíbula. No puedo permitir que nadie sienta eso por mí, pero estoy en desventaja.

- Hay posibilidades de tratamientos que podrían mejorar tu calidad de vida en los próximos meses.

Mi boca permanece cerrada, mis ojos fijos en el médico. Se da cuenta de mi estado de ánimo y continúa.

- Hablo de tratamientos paliativos, algo que ayude a controlar el dolor y los síntomas. Nada será definitivo, por supuesto, pero le permitirá llevar una vida... funcional durante un tiempo.

La palabra "funcional" parece resonar en la consulta. Veo el intento de suavizar el impacto, pero sólo veo entre líneas: el final está ahí, delante de mí, e intenta pintarlo con colores más claros.

- ¿Es el final del tiempo que me queda? - pregunto sin rodeos, mirándole fijamente con una frialdad que quizá ni siquiera él esperaba.

El doctor Perry vacila, dejando escapar un leve suspiro antes de responder.

- Un año es una media muy aproximada, dado el tamaño del tumor. Podría ser un poco más, quizá un poco menos. Cada caso es único, señor Davis.

Esas palabras deberían sonar a consuelo, pero son inútiles. Lo único que entiendo es que se me acaba el tiempo.

- ¿Y el dolor? - pregunto, buscando respuestas prácticas. No voy a perder el control sobre mi propio cuerpo, no si puedo evitarlo.

- Podemos aliviarlo. Hay medicamentos que se administrarán cuando sea necesario. - Hace una pausa, meditando sus siguientes palabras. - Pero es importante que se dé cuenta de que, con el tiempo, estos paliativos pueden no ser tan eficaces. Y... habrá efectos secundarios.

Respiro hondo. Un peso desconocido, mezcla de impotencia e indignación, parece crecer en mi interior.

- ¿Ya está? - digo, con la voz baja pero llena de amargura. - Un año, el dolor bajo control, y luego... ¿qué? ¿Simplemente espero a que llegue la muerte?

Mantiene la mirada firme, con una compasión que no puedo soportar.

- Sé que no es fácil, pero no estás sola. Hay todo un equipo dispuesto a apoyarte, y nos aseguraremos de que tengas apoyo médico y psicológico si lo deseas. - Hace una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras. - En situaciones como ésta, es natural replantearse algunos aspectos de la vida y reorganizar las prioridades. Quizá sea el momento de centrarte en lo que consideras más importante.

Reorganizar prioridades... como si hubiera algo más que el trabajo por lo que preocuparme.

- Seamos sinceros, doctor", le respondo. - Soy un hombre de negocios, acostumbrado a resolver problemas. Pero éste es el único

que no puedo controlar y estoy muy enfadado por ello. ¿Hay algo que pueda hacer?

- Desgraciadamente, no.

- Bueno, gracias por la aclaración, doctor. - *Y por darme la peor noticia de mi vida.* Pero sólo lo digo en mi cabeza. Definitivamente no necesito un sermón motivacional. - Creo que tenemos todo lo que necesitamos para terminar esta conversación, ¿no?

- Si tienes alguna pregunta, llámame. Aquí está mi tarjeta.

La cojo, me la guardo en el bolsillo del traje y extiendo la mano para despedirme, mi cuerpo parece actuar en automático. Mi mente está en otra parte, intentando recalcular toda una vida en un año.

Salgo de la consulta, ignorando a la gente que se cruza conmigo en el pasillo del hospital. En mi cabeza hay pensamientos que nunca me había parado a considerar. En el ascensor, me enfrento a mi reflejo en el espejo: traje impecable, barba pulcramente recortada, el infalible Director General de siempre. ¿Pero por dentro? Un vacío.

La realidad me golpea de nuevo, como una ráfaga de viento frío: todo lo que he construido no me sobrevivirá. Sin legado, sin nombre. La muerte vendrá y se llevará todo lo que soy, todo lo que he creado.

El coche ya me espera fuera, pero no tengo ganas de subir. Necesito un poco de aire. Camino por la acera, los pasos firmes que siempre me han llevado a alguna parte pero que ahora me conducen a un callejón sin salida.

Si toda mi vida ha estado dedicada al trabajo, al éxito... ahora veo que no es suficiente. Pronto, todo lo que he hecho, todas las horas que he dedicado a construir mi imperio, se desmoronarán y desaparecerán. No habrá nadie que lleve mi nombre, que continúe la historia que empecé. Mi empresa, mi legado... ¿Qué será de todo ello?

Surge una idea, tan clara como siempre. Necesito un heredero. Alguien a quien pueda transmitir todo lo que he construido.

Por supuesto, no es un plan perfecto. Y sí, suena extraño incluso para mí. Pero es lo que tiene sentido ahora. No quiero amor, no quiero una familia convencional. Sólo necesito un heredero, alguien que se asegure de que todo lo que he hecho no desaparezca con mi último aliento.

Ya está, si tengo derecho a un último deseo, acabo de cumplirlo. Decisión tomada.

Ahora viene lo difícil: necesito una madre para mi heredero.



CAPÍTULO DOS

- Muchas gracias, Amalia. Te prometo que mañana pensaré en algo y me iré.

- No te preocupes, Olivia. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. - La puerta del dormitorio se cierra de golpe y los dos sabemos por qué. - No le hagas caso. Otávio no es sociable, eso es todo, pero realmente le gustas.

- Sé que le gustas. - Fuerzo una sonrisa y extiendo los brazos para que me pase la ropa de cama. - Sigo aquí. Gracias, colega.

- Buenas noches.

- A ti también. - Espero a que entre en la habitación y me tumbo en el sofá de dos plazas que será mi cama esta noche.

¿Por qué estas cosas sólo me pasan a mí? Maldita sea.

Las lágrimas amenazan con salir, pero parpadeo varias veces para mantenerlas a raya. No puedo dejar que el desánimo me

hunda, no puedo.

Vuelvo a levantarme y estiro la sábana, acomodo la almohada y pongo la manta a un lado. No me gusta taparme para dormir, pero con Octavio de mal humor, voy a taparme la cabeza.

No puedo culparle. Los dos están prácticamente de luna de miel. Se casaron hace seis meses y sé que están intentando tener un bebé. Así que tener a la mejor amiga de tu mujer follando literalmente en tu sofá no es para alegrarse.

Me tumbo boca abajo y miro al techo, intentando ordenar mi cabeza. Creía que por fin había encauzado mi vida. Una carrera universitaria, un piso bonito y amueblado que podía pagar con mi sueldo por la deuda estudiantil que aún tengo e incluso una suscripción a un gimnasio para acabar con mi sedentarismo, pero entonces una pistola en las costillas y un grito de "entrega la bolsa, monada" tiran todos mis planes por la borda de nuevo.

Resoplo y me pongo de lado, metiendo la mano bajo la almohada.

Hasta dentro de un mes no recibiré mi próxima paga. ¿Cómo voy a encontrar el dinero para alquilar otro piso? Y lo peor, uno que me deje alquilar sin aval.

Rick, mi último casero fue amable, pero me dejó claro que si me retrasaba un solo día, me echaría a la calle. Y eso es exactamente lo que hizo cuando llegué a casa hoy. Mis cosas estaban en el pasillo esperándome y mi llave ya no funcionaba en la cerradura. Incluso envié la denuncia a la policía por el robo que sufrí y me dijeron que fuera a una iglesia si buscaba caridad.

Cierro los ojos con fuerza y dejo caer una lágrima, sólo una. Mañana voy a Recursos Humanos a intentar que me den un adelanto, pero es difícil. Llevo cuatro años en la empresa sirviendo café. No creo que sea una pieza importante que necesiten mantener y la cola para conseguir mi puesto es larga.

Todo se arreglará. Es sólo un mal día. Eso me decía mi madre cada vez que tenía un problema en el colegio y volvía a casa

llorando.

Daría cualquier cosa por volver a oírlo. Una extraña paz me envuelve. Me duermo rápidamente y es como si la oyera susurrarme al oído: *mañana será un nuevo día y tendrás una nueva oportunidad.*

Eso es exactamente lo que me motiva a levantarme antes que ellos dos, doblar la ropa de cama y dejarles una nota agradeciéndoles su estancia. Otávio puede estar enfadado, pero yo sigo agradecida. Tendría que buscar un refugio para pasar la noche si no fuera porque me prestan su sofá. Me preparo rápidamente, me pongo la mochila a la espalda y me dirijo al gimnasio, que está en la misma manzana que el edificio de Davis & Co. Ventures. Es una empresa que desarrolla tecnología para el sector inmobiliario. Y el director ejecutivo, Ethan Davis, es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Un bello espectáculo para la vista, y es una pena que no lo veamos mucho.

El paseo entre el piso de Amalia y el gimnasio dura casi veinte minutos, pero el aire ya está tan caliente que me froto la frente intentando deshacerme del sudor pegajoso.

- Buenos días, Olivia. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

- Sí, estoy emocionada. - Esbozo una sonrisa más falsa que la rubia del pelo de la recepcionista.

- Espero que tu ropa de entrenamiento esté en esa mochila gigante. - Señala y yo asiento con la cabeza.

- Me preguntaba si tenías taquillas o algo, hoy he tenido que traer un montón de cosas para ir directa al trabajo.

- Por supuesto. - Se agacha detrás del mostrador y le oigo juguetear con algo. Estiro el cuello para asomarme al pasillo del gimnasio y, por suerte, no está demasiado lleno. - Aquí tiene su llave, no lo usa mucha gente, así que si quiere dejar aquí sus artículos de baño para facilitarle la vida, no dude en hacerlo.

- Muchas gracias. - Le doy las gracias con el corazón inflado. No tiene ni idea de lo mucho que me está ayudando ahora.

La idea era venir aquí sólo para darme una ducha e intentar esconder mi mochila en algún sitio, pero he conseguido mucho más que eso.

Bendita matrícula que pagué antes de volver a casa y ese gilipollas decidió quitármelo todo.

Me puse el top, los leggings y una camiseta de tirantes. Me parece increíble que las chicas entrenen sólo con un conjunto, pero yo no me siento lo suficientemente cómoda con mi cuerpo como para hacerlo.

Por suerte, el armario es lo bastante grande como para que quepa toda mi vida dentro. Cierro la mochila y me subo a la bicicleta. Hasta aquí llegaré hoy y con eso me basta.

Uno de los ejecutivos de la empresa dijo, de forma maquillada, que estaba gorda. No creo que lo esté, pero confieso que ver a esa rubia esbelta y poderosa con un vestido *midi* sacudió mi ego. Eso fue lo que me hizo parar aquí de camino a matricularme. Tengo que darle las gracias, si no fuera por eso, no tendría dónde ducharme ni guardar la mochila.

La alarma de la pantalla del aparato emite un pitido que indica que he llegado a la hora que había fijado y bajo las escaleras, esperando unos segundos a un lado a que mis piernas dejen de temblar y mi respiración vuelva a la normalidad.

Dios, qué difícil es estar en forma.

Vuelvo al vestuario, me doy una ducha relajante, me lavo el pelo sin prisas, algo que no hacía ni en casa por miedo a la factura de la luz, y salgo sintiéndome renovada. Intento desabrochar una camisa de vestir blanca con la mano, pero no lo consigo. El cabrón de Rick no tuvo cuidado al meterlo todo en la bolsa. Imbécil.

Mi única opción es un *look de bebé* negro con un escote en V que muestra más de mis pechos de lo que debería con las palabras: *fight* like *a girl.* Tendrá que valer. Me pongo unos pantalones negros y unas deportivas. Me dejo el pelo suelto, ya que está mojado y no tengo forma de secármelo, me aplico *gloss*, un poco de colorete,

máscara de pestañas y ya está. De todas formas, nadie se fija en mí en ese sitio. Me encojo de hombros y me meto el móvil en el bolsillo del pantalón, que por suerte tenía alrededor de la cintura cuando el atracador me quitó el bolso.

Si se hubiera llevado también el móvil, estaría jodido para siempre, porque mis tarjetas y documentos están todos aquí, en formato digital. Si no hubiera sido porque el idiota de Rick quería cobrar el alquiler en efectivo para evadir impuestos, ahora no estaría sin casa.

Esto me lleva al hecho de que no tengo dónde dormir esta noche. Sé que Amalia me alojaría, pero no puedo volver allí y provocar una pelea entre ella y su marido.

Si Recursos Humanos no me da el adelanto, tendré que ir a la iglesia y preguntar por el albergue.

Me estremezco al pensar lo que mi padre estaría pensando sobre esto. Siempre luchó tanto por darme lo mejor que la vida podía ofrecerme, incluido su afecto y protección. Y ahora estoy aquí sin perspectivas e incapaz de mantenerme.

Eres una vergüenza, Olivia.

Sacudo la cabeza ante mi reflejo y decido poner fin a la sesión de autocompasión, no va a ayudarme a resolver mis problemas.

Cierro la taquilla y me dirijo a la salida. Por suerte, una chica ha ocupado el lugar de la anterior recepcionista y me sonríe y me dice "hasta mañana" sin preguntarme dónde está mi enorme mochila.

Paso por delante de un Starbucks, pero no tengo dinero ni para un café, así que tendré que tomármelo en la oficina, aunque detesto la marca que utilizan. El café parece molido en un calcetín sucio, joder.

- Buenos días, Srta. Olivia.

- Buenos días, Nestor. ¿Cómo está su hija menor, está resfriada?

- Sí, muchas gracias por acordarse. - El portero sonríe y yo hago lo mismo. Me despido de él después de desearle una total recuperación a su hija y paso mi placa por el torniquete hasta el ascensor. Espero con otras dos mujeres y, en cuanto se abre la puerta, una ya está dentro, probablemente viene del sótano donde está el aparcamiento. La reconozco, es Kyra, del departamento jurídico. La saludo con un leve movimiento de cabeza, pero ni siquiera repara en mí, está demasiado ansiosa por hablar con las dos mujeres que entran justo detrás de mí.

- ¿Se han enterado?

- ¿Cotilleos mañaneros? - dice riendo una de ellas. - Cuéntamelo todo pronto.

- El gran jefe está haciendo una selección.

- ¿Trabajo? ¿Pero eso no es RRHH? - pregunta la otra mujer.

- No, señorita. Es aún mejor. Ha decidido tener un heredero y va a hacer una selección para contratar a una empleada que dé a luz al niño.

- ¡Y una mierda! - dicen las dos al unísono y yo hago lo mismo en mi cabeza.

- Es verdad. Y lo mejor: la mujer elegida cobrará una pequeña fortuna y, con toda seguridad, no tendrá que volver a trabajar en su vida.

¿Va a pagar por esto?

Mi cabeza empieza a dar vueltas pensando en las posibilidades y llego a una conclusión: ¿qué tengo que perder?

Reúno todo el valor que tengo y me doy la vuelta para afrontarlo.

- ¿Y cómo entro en esta selección?



CAPÍTULO TRES

- ¿Tan difícil puede ser encontrar un candidato?

- ¿Has pensado en pedírselo a alguien que conozcas y en quien confíes en lugar de abrir una selección como ésta en tu empresa? - Arnold, mi abogado personal y jefe del departamento jurídico de la empresa, se quita las gafas de montura gruesa para limpiarlas con un paño fino mientras deja escapar un suspiro. - No sé cómo ha salido esta información, pero mientras subía a su planta, he oído hablar de ello al menos a cuatro personas.

- Qué bien. - Me sirvo una taza de café de mi cafetera particular y le doy un sorbo antes de volver a prestarle atención. - Quiero que se extienda la noticia para tener más opciones que analizar.

- Es arriesgado, Ethan, podrías caer en una estafa.

La risa que se me escapa es de verdad, lo cual es raro.

- Me conoces como nadie, Arnold, ¿de verdad crees que alguien puede pasar de mí? Precisamente por eso quiero un contrato muy bien atado para que no haya resquicios. La mujer sólo será una cuidadora de mi heredero.

Al menos mientras yo viva y pueda cuidar de mi hijo.

- ¡Madre mía! Nunca digas eso en voz alta cerca de una mujer. - Sacude la cabeza como si yo fuera un bicho raro. - Precisamente por eso necesitas contratar a una mujer para esto. No tienes tacto con el sexo femenino, Ethan.

- Sé muy bien cómo comportarme delante de una mujer. Y, respondiendo a tu pregunta anterior, las únicas mujeres en las que confío son Bianca, tu mujer, mi tía Mabel y Beth. - Aprieto los labios formando una fina línea para no reírme. - No creo que ninguna de ellas quiera ayudarme en este sentido.

No digo que el hecho de que las tres tengan más de sesenta años sea un problema.

- Hablo en serio, Ethan.

- Y yo también. - Arqueo una ceja, lo que le hace soltar un bufido.

- ¿Has pensado en... medios tradicionales?

La diversión se evapora al instante.

Me queda un año de vida. Las palabras del médico vuelven a perseguirme.

- No tengo tiempo para esto y quiero este niño para ayer. - recalco, omitiendo la verdadera razón.

Nadie sabrá de mi... situación. Basta con que el médico y su equipo me miren con simpatía. En mi empresa, todos tienen que seguir temiéndome, así de simple.

- Si tú lo dices -se encoge de hombros, dando por perdida la batalla. - Se me ocurre pedir al departamento de informática que prepare un formulario con información básica y lo publique en la red interna de la empresa. Como se ha corrido la voz, será más fácil.

Recibiré los formularios al final del día, haré un análisis exhaustivo y...

- No.

- ¿No? - repite sin entender.

- Necesito una selección rápida para hoy. Separa a los cuatro que mejor se ajusten al perfil que te he dado y te espero aquí a las ocho de la tarde para elegir a uno yo mismo. Y no olvides preparar el contrato.

- Ethan...

- Eso es todo, gracias. - Abro la puerta y sé que no está de acuerdo conmigo, pero recoge los papeles, los mete en su maletín y se marcha mascullando algo que no entiendo.

Arnold lleva más de diez años trabajando conmigo y me dobla la edad. Estoy acostumbrada a su malhumor.

Me acerco a la ventana de cristal que va del suelo al techo y contemplo Nueva York a mis pies. ¿Quién iba a pensar que el chico de Brownsville llegaría a donde estoy ahora? Nadie, eso seguro. Trabajé como un loco para conseguirlo, ¿y para qué? El chaval que aprendió a leer solo y vivía en la biblioteca devorando las páginas de cualquier título relacionado con el emprendimiento y el éxito empresarial ha llegado a lo más alto y ahora no le queda nada.

La vida es realmente curiosa. Ojalá hubiera estado en el coche con mis padres aquella noche. Al final, el resultado habría sido el mismo.

Suelto un fuerte suspiro y sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos. Nunca he actuado como una víctima, no ahora.

Descarto la taza de café, que ya está fría, y me acomodo en el sillón de cuero detrás de la imponente mesa de madera de mi salón.

Miro la bandeja de entrada de mi correo electrónico, llena de mensajes sobre los temas que tengo que tratar ese día. Mi prioridad es el estudio de los terrenos en los que vamos a construir el centro

comercial cien por cien tecnológico en *Long Island City,* un barrio que está experimentando un rápido proceso de desarrollo gracias a Davis & Co. Ventures, que está invirtiendo mucho en edificios que han sido alquilados por start-ups y empresas tecnológicas que buscaban espacio fuera del elevado coste de Manhattan.

Conecto mi tableta para ver el proyecto mientras entro en la sala de reuniones contigua a la mía, y el proyecto en la pantalla grande, observando los detalles que ha creado el equipo de ingenieros. Dejo el dispositivo sobre la mesa y me cruzo de brazos.

La estructura será enorme y dará trabajo a millones de personas de la zona, tanto durante la construcción como después de la inauguración. Algunas personas tienen la idea errónea de que la tecnología crea desempleo. No, sólo excluye a la gente que no está dispuesta a aprender, aparte de eso, se necesita la mente humana detrás de cualquier operación.

A medida que avanza la presentación en 4D, mostrando todos los matices del proyecto, una pregunta se hunde en mi estómago, ahogando mi emoción anterior. ¿Estaré aquí para ver este proyecto terminado?

No importa. Finalmente me decido. Puede que muera a los 35 años, pero nunca se me recordará por haber desperdiciado mi vida, lo cual es polémico, porque es exactamente lo que siento: tengo una vida financiera plena, varios proyectos de éxito, pero sigo sintiendo como si un agujero vacío me engullera.

- ¡Ya basta! - Detengo la presentación y vuelvo a mi despacho. - ¡Beth! - llamo por el interfono - dile a Arnold que envíe al primer candidato, quiero hacer las entrevistas yo mismo.

- Sr. Ethan, ya tengo al primero aquí conmigo. - Su voz suena más animada que de costumbre.

Frunzo el ceño, pensaba que el abogado me atascaría con el proceso para hacerme desistir.

- ¿Te ha enviado él?

- Sí... claro... -tartamudea, pero enseguida se recompone-. - La haré pasar.

- Trae también la carpeta con su información.

- Aún no hemos tenido tiempo de reunirla. No sabíamos que tú...

- De acuerdo, la interrumpiré. - Tráigala lo antes posible, pero hágala pasar ya. - Pulso el botón de finalización y me froto la cara.

Debería haber seguido el horario. No soy una persona impulsiva, ni mucho menos. Las pocas relaciones que he tenido han terminado porque fui fría y objetiva. Entonces, ¿por qué cambio el orden de mi agenda del día, totalmente planificada, para saltarme una tarea que estaba al final de la lista?

No tengo tiempo de contestar, la llamada a la puerta me corta el hilo y me abrocho el traje y enderezo la postura.

- Adelante.

- Con permiso. - Ella sonríe y cierra la puerta tras de sí. - Buenos días, Sr. Devis.

Dejo que mis ojos recorran su cuerpo de arriba abajo. Una camiseta ajustada con la inscripción: *fight* like *a girl* me hace arquear una ceja. Es joven, de caderas anchas y cintura delgada, lleva el pelo largo y desordenado, como si se hubiera puesto delante de un ventilador, y cuando llego a sus ojos, me quedo allí un rato. Tiene un tono verde miel que nunca había visto.

- Buenos días -respondo por fin y señalo la silla que hay al otro lado de la mesa, pero no me siento, sino que me levanto del asiento y me dirijo al aparador.

- ¿Le traigo un café?

- Ah, no, yo... -Miro por encima del hombro hacia su silencio y ella tiene la mano apoyada en el brazo del sillón y el cuello estirado, intentando ver más allá de mí. Doy un paso a un lado, señalando la máquina. - *¿Ese* café? Sí, quiero un poco, por favor -dice arrastrando las palabras, y entrecierro los ojos en su dirección, analizándola por

un momento, pero lo dejo pasar. Preparo dos cafés y se los llevo. - Gracias, gracias. - Me río suavemente y, en lugar de volver a mi asiento, apoyo la cadera en su costado y cruzo un tobillo sobre el otro.

- ¿De qué te ríes?

- Lo siento. - Se muerde el labio inferior para mostrarse serio y eso provoca *algo* en mi interior, pero lo ignoro.

- No estoy enfadada, solo tengo curiosidad. Cuénteme.

- Es extraño que me atienda usted, mi jefe, cuando soy yo quien hace el trabajo aquí, en su empresa.

- Empecemos por el buen camino, entonces. ¿Quién es usted? Le pido disculpas, le pedí a mi abogado que enviara el formulario de solicitud cumplimentado para todos los candidatos, pero algo salió mal.

Sus mejillas se sonrojan y una palabra baila en mi mente "encantadora". Y eso es algo que nunca me había pasado.

- Me llamo Olivia Moore y tengo veintiséis años. Y... ¿qué más quieres saber? - La pregunta me pilla desprevenida y me llevo la copa a la boca para ocultar mi sorpresa.

Pensaba que la mujer que vino a por este trabajo hablaría durante horas para convencerme de que la eligiera, pero esta chica parece... diferente.

- Me gustaría saber más de usted, pero sobre todo qué le hizo elegir venir aquí para formar parte de esta *selección*.

- Señor, yo... - El movimiento de su brazo es tan amplio que hace que estrelle su mano contra mi café y no puedo evitar que se vuelva contra mí. Al intentar hacer algo para evitarlo, se desequilibra la suya, dejándonos a los dos embadurnados del líquido oscuro.

- ¡Dios mío, yo...! Lo limpiaré ahora. ¿Dónde hay un trapo? Maldita sea, está ardiendo. - Intenta apartarse la blusa del cuerpo, pero le aprieta demasiado. - Mil veces, maldita sea", se queja, sacudiendo el lugar y, a diferencia de mí, que caí sobre la pernera de

mi pantalón sin llegar a la piel, ella lo derramó directamente sobre mi escote.

- Toma. - Me quito rápidamente la chaqueta y empiezo a desabrocharme la camisa.

- ¿Qué haces?

- Quítate la tuya.

- Pero pensaba... ¿va a ser así? - Sus ojos se abren de par en par y no entiendo de qué habla.

- Hay un retrete en esa puerta. Quítate el top y ponte el mío, no quiero que te quemes por mi culpa.

- La comprensión brilla en sus ojos y sólo ahora me doy cuenta de lo que *pensaba que* estaba haciendo. - Gracias, me lo llevo porque... quema. - Ella abre una sonrisa amarilla antes de forzar sus ojos de nuevo a mi cara en lugar de a mi abdomen. - Discúlpame.

Corre hacia el lugar que le he indicado y cierra la puerta tras de sí.

Me pongo las manos en la cintura y suelto un suspiro, analizando el desorden que me rodea. Sin duda, esta chica no puede ser candidata a ser la madre de mi hijo. En cinco minutos me ha dejado el despacho hecho un asco.

Y si soy sincera, también mi cabeza.

¿Cuándo me han encantado los modales de una chica así? No importa, está fuera y punto.



CAPÍTULO CUATRO

Sólo fue un mal comienzo, Olivia. Tú puedes. Digo las palabras mentalmente, mirando mi reflejo, aunque sea lo último que me da confianza.

La camisa es el doble de mi talla, así que he doblado la parte de abajo y la he anudado, además de remangarme las mangas, pero ni siquiera eso ha evitado que haga el ridículo.

He tirado todas mis oportunidades por el desagüe, o mejor dicho, por el café.

Ni siquiera quiero irme de aquí, pero no tengo esa opción, al igual que no puedo elegir dónde dormir esta noche, así que, sí, voy a volver y convencerle de que se quede conmigo, quiero decir, que me elija.

Eso es. Puedes hacerlo. Me doy un poco más de apoyo moral, respiro hondo y salgo del baño con la ropa sucia en la mano.

- ¿Te encuentras bien?

- Sí. Gracias por... -señalo la ropa- eso.

Parece que tiene una muda extra en alguna parte, porque ya lleva una camiseta nueva, ocultando el cuerpo más increíble que he visto en mi vida.

- No hace falta que me lo agradezcas, te daré el resto del día libre para que vayas a casa y resuelvas el... problema.

La mención de "casa" hace que se me humedezcan los ojos, aunque lo odio.

- Escuche, Sr. Ethan, sé que este es mi momento para agradecerle la oportunidad e irme, pero realmente necesito esta oportunidad. De verdad. De hecho, es mi única oportunidad", le digo de inmediato, y aunque quiero pegar mis ojos a sus caros zapatos, sigo en contacto con él. Quiero demostrar que se puede confiar en mí, aunque sea un desastre andante.

- De acuerdo, señor Moore -se para donde estaba antes y se cruza de brazos, apoyándose en la mesa y mirándome intensamente-. - No suelo dar segundas oportunidades, pero con todo este lío, creo que te la mereces. Así que quizá deberíamos empezar de nuevo. Ya sé tu nombre, tu edad y que sirves café en mi empresa. - Asiento con la cabeza con toda la información, aliviado de que me den una nueva oportunidad. *Esta vez no fallaré*. - Dígame por qué cree que es la persona adecuada para este... puesto.

Continúo de pie en medio de la sala y juego con los dedos delante de mi cuerpo, intentando organizar mis pensamientos.

- Para empezar, soy una persona sana. - Teniendo en cuenta que estoy inscrita en el gimnasio, sigo yendo. - Nunca me pongo enferma y hago ejercicio. - No necesita saber que hoy fue el primer día. - Soy responsable, aunque ese lío con el café pueda haber demostrado lo contrario, pero sólo fueron mis nervios. También me encantan los niños.

- ¿Le gustan? ¿Tienes algún contacto con ellos?

- No, no tengo. - Me muerdo la comisura de los labios, dándome cuenta del error que he cometido. - Pero por lo que he

sabido de la vacante, mi contrato termina cuando nazca el bebé, ¿no? Así que no creo que tengas que preocuparte por si soy una buena madre o no.

- Buena observación. - Menea la cabeza y levanta una ceja cuando permanezco en silencio.

- No sé qué más decir -confieso.

- Dígame sinceramente, señorita Moore, ¿por qué necesita este trabajo tan desesperadamente como parecía antes? ¿Qué necesita exactamente?

Tomo todo el aire que puedo y lo suelto lentamente, meditando lo que debo decir, pero al final llego a la conclusión de que tengo que arriesgarlo todo, ya no tengo nada que perder.

- Necesito una oportunidad para reconducir mi vida. Sé que probablemente no soy tu candidato ideal. Debes estar buscando a alguien más... refinada para llevar el hijo de un hombre tan importante como tú. Pero, para ser honesta, sólo estoy aquí por el dinero. Lo necesito con urgencia.

Se levanta lentamente y avanza hacia mí con cautela, sus ojos de águila analizando incluso mi respiración.

- ¿Para qué necesitas dinero? ¿Le debes algo a alguien?

- No, a nadie. - Ensancho los ojos. - Solo... intento sobrevivir.

- Me has pedido una oportunidad más.

- Sí -respondo, aunque no es una pregunta.

- Entonces quiero saber la historia completa y sin mentiras. Si cuentas alguna, puedes estar segura de que me enteraré. Creo que me lo merezco.

- Sí, se lo merece, señor. - Sacudo la cabeza como una chuchería clavada en el salpicadero de un coche.

- Siéntese aquí. - En lugar de la mesa, me indica un sofá situado en un rincón y le sigo. Me siento lo más lejos posible de él y me preparo para abrir mi corazón. Puede que sea un tiro en el pie, pero es mi única oportunidad.

- Hace dos días me atracaron cuando salía. Era el dinero del alquiler que mi casero me pidió en efectivo. El hombre se llevó mi bolso con todo lo que tenía. Por suerte, me quedaba el móvil, que suelo llevar en la cintura. De todos modos, no pagué el alquiler a tiempo, y aunque le conté lo que había pasado y le pedí un plazo, cuando llegué ayer a casa, todas mis cosas estaban fuera y habían cambiado las cerraduras. - Trago saliva, sintiendo el amargo sabor de la humillación. - Ya está. Nunca pensé que llegaría a esta edad pasando por una situación así. - Esbozo una débil sonrisa y contengo las lágrimas que quieren caer.

- ¿No puedes pedir ayuda a tus padres?

- Están muertos", digo sin emoción. - Mi tío, al que le dieron el título de tutor cuando ocurrió todo, se gastó todo el dinero que mis padres habían hecho para mí y consiguió hundir en deudas la empresa de la que eran propietarios, lo que significa -otra sonrisa forzada, aún más triste que la anterior- que estoy sola en esto.

- ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? - Ladea la cabeza, analizándome.

- Cuatro años. Y no me quejo del trabajo, ¿ves? No es que me paguen muy poco, no es eso, la empresa es estupenda. Pero sólo tenía una beca parcial en el Hunter College. Así que vivía en la residencia y me las apañaba. Sólo ahora que me había graduado pude permitirme un piso.

- ¿En qué dijiste que te habías especializado? - Apoya un tobillo en la rodilla y se echa hacia atrás en el sofá con el brazo apoyado en el otro asiento, pareciendo tener todo el tiempo del mundo para mi desdichada historia. Lo cual sé que no le conviene. Todo el mundo comenta que su día está totalmente reglamentado y que es muy metódico.

- Comunicación -digo, esta vez sonriendo de verdad. - La empresa de mis padres se dedicaba a la publicidad. Mi sueño es reconstruir el legado que dejaron. Quizá algún día. - Me encojo de hombros.

- ¿Llevas cuatro años sirviendo café y nunca has conseguido otro puesto en la empresa? Nuestro departamento de comunicación es enorme. - Frunce el ceño.

- Cuando sirves café en una empresa, señor, te vuelves invisible. Incluso he intentado hablar con algunas personas sobre vacantes internas, pero nunca me han pedido que vaya más allá.

- Eso es absurdo.

- Le juro que no estoy aquí para quejarme. Me gusta mi trabajo y voy a buscar algo en mi campo, pero ¿podemos volver al tema central de nuestra conversación?

- Olivia... ¿puedo llamarte Olivia?

- Sí, por supuesto.

- ¿Te das cuenta de que tendrás que detener tu vida durante nueve meses para gestar a mi heredero?

- Sí, señor -asiento con la cabeza. - Estoy dispuesta a hacerlo.

Sus ojos me analizan durante largo rato, tanto que me siento incómoda, pero no me vuelvo.

- Agradezco su sinceridad, pero usted es sólo el primer candidato al que he entrevistado. Hablaré con los demás...

- Está bien. Gracias por su tiempo. - Me levanto y no tengo ni idea de qué, pero acabo tropezando. Caigo en su regazo y sus manos me agarran con fuerza por la cintura. - Dios mío, perdóname. Lo siento mucho. Soy un desastre, haces bien en no darme la oportunidad, lo siento. - Me separo de él y corro hacia la puerta antes de echarme a llorar delante de él.

- Olivia, yo no he dicho eso...

No me quedo a escucharle, abro y cierro rápidamente la puerta en cuanto la atravieso. Me apoyo en la madera y suelto el primer sollozo.

- Querida, ¿qué te ha pasado? - Beth, la amable señora que antes me encontró llorando en el cuarto de baño y se las arregló

para que hiciera la entrevista sin ni siquiera haber sido seleccionada, se acerca a mí con los brazos extendidos.

No tengo fuerzas para hablar, así que me limito a aceptar su abrazo y a llorar, sabiendo que he tocado fondo y no tengo ni idea de cómo salir.



CAPÍTULO CINCO

Madelyn sigue hablando, pero no puedo procesar ni una palabra de lo que dice.

Mis pensamientos están todos en ella. Maldita sea, nunca me ha conmovido la historia de la vida de nadie, así que ¿por qué ahora?

- Por eso estoy seguro de que sería la mejor opción dar a luz a tu heredero, ¿estás de acuerdo conmigo, Ethan?

Parpadeo para devolverle mi atención y me avergüenzo de no haber oído nada más que mi nombre al final.

- Gracias por su tiempo, señorita Madelyn. - Cierro la carpeta con sus datos, que ni siquiera me he molestado en mirar. Igual que los otros cinco que la precedieron. - Analizaré las solicitudes y pronto tendrá su respuesta.

- Somos lo bastante íntimos como para llamarme por mi nombre, Ethan. - Aprieto la mandíbula mientras ella se levanta y se alisa el ajustado vestido. - Incluso estoy dispuesta si quieres llevarme a tomar una copa y a probar el coche antes de tomar una decisión.

Esbozo una fría sonrisa y me inclino hacia delante.

- Creo que acaban de descalificarte, pero gracias de todos modos.

- Pero... -Presiono el botón.

- Beth, acompaña a la señorita Madelyn fuera de mi despacho, por favor.

- Sí, señor. - Al segundo siguiente, la puerta se abre y mi secretaria no oculta su sonrisa mientras acompaña a la ejecutiva de finanzas de la empresa a la salida.

- Conozco el camino -dice con dureza, y sale pisando fuerte con los talones.

- Gracias, Beth.

- A su servicio, señor.

- "Beth", la llamo, y ella vuelve a abrir la puerta, "aún no me han entregado el maletín de Olivia Moore, ¿puedes decirme por qué?

- No", dice rápidamente, pero sus ojos se apartan de los míos en el mismo momento y sé que algo va mal. No me extraña que esta mujer lleve tanto tiempo trabajando directamente conmigo. Es transparente como el agua. - Lo comprobaré y volveré pronto.

- Pero... -aprieto los labios mientras la puerta se cierra y ella finge no haberme oído.

Giro la silla de un lado a otro, haciendo girar mi Montblanc entre los dedos mientras me viene una y otra vez a la cabeza.

Olivia Moore, la chica que ha tenido una vida dura pero no se ha rendido y es completamente torpe. ¿Cómo dirigirá un imperio o criará a un hijo cuando yo ya no esté aquí?

Esa es la pregunta de millones. Sin embargo, su dulce sonrisa cuando habla de sus padres vuelve a iluminar no sólo mi mente, sino todo lo que me rodea.

Me hizo experimentar algo que nunca antes había probado.

Entrevisté a cinco mujeres de la empresa y ninguna consiguió retenerme ni cinco minutos. Por más que lo intentaba, toda la conversación se desvanecía en el fondo como un ruido y, por más que me esforzaba, mi mente volvía una y otra vez a *ella.*

Dos golpes en la puerta me sacan de mi estado de reflexión inútil, ya que no llego a ninguna conclusión.

- Adelante", digo, y Arnold no tarda en sentarse frente a mí.

- ¿Ya has elegido al candidato perfecto? - Sus palabras destilan sarcasmo y pongo los ojos en blanco.

- Ya lo habría hecho si tu servicio hubiera sido completo. - Sus gruesas cejas bajan para mirarme fijamente.

- Estaba ultimando el contrato. Ya está en su correo electrónico. No me había dado cuenta de que era un factor determinante en la decisión final.

- No lo era, pero sí las carpetas con la información de los candidatos.

- Las he enviado todas, Ethan. - Abre tu carpeta y mira dentro. - Sophia Hayes, Madelyn Carter, Emma Brooks, Chloe Bennett y Grace Miller. Te las he dado todas.

- Falta Olivia Moore. - Apoyo un codo en el brazo de la silla, me sujeto la barbilla y uso los dedos de la mano libre para tamborilear sobre el tablero de la mesa.

- ¿Olivia Moore? No he seleccionado a nadie con ese nombre.

- ¿Cómo que no? Ella fue la primera.

- No, no lo fue. Estoy seguro de ello. - Coge su teléfono móvil y empieza a juguetear con él. - Toma. Sí, se presentó, pero no la seleccioné.

- ¿Por qué no? - Apoyo los codos en la mesa y me inclino hacia delante, curioso.

- La chica tiene veintiséis años, usted pidió que tuviera más de treinta.

Sí, ese era uno de los requisitos.

Quería a alguien lo bastante madura como para que no me lo hiciera pasar mal en el futuro, o incluso para hacerme ilusiones de que entre nosotros pasaría algo más allá del contrato. Sin embargo, ella era la única que no me miraba como un trozo de carne expuesto en el mercado. Excepto en el momento en que me quité la camiseta, pero eso fue fortuito.

Olivia era la única que parecía más interesada en el dinero que en el estatus que obtendría al gestar a mi hijo, y eso era exactamente lo que yo necesitaba. Alguien que no quería tener nada que ver conmigo, sino cerrar un negocio lucrativo.

Si antes no estaba dispuesto a tener una relación, ahora que tengo fecha de caducidad, lo he tachado de mi lista.

- Háblame de las cláusulas del contrato. Tengo la cabeza demasiado llena para leer términos legales en este momento.

- ¿Has tomado mucho café hoy, Ethan?

- No -refunfuño como él y me enfado aún más cuando se ríe, pero cierra el tema. Por mucho que lo haga todo online, su necesidad de usar papel le acompaña. Sostiene el documento que ha sacado de su maletín y empieza a resumir cada punto del contrato, tal y como le pedí, pero ni siquiera algo tan serio consigue mantener mi atención.

Olivia no es la más cualificada ni la más preparada, eso es un hecho. Los demás tienen carreras consolidadas y listas de atributos a tener en cuenta, pero ninguno me pareció del todo *correcto.*

Y esa sonrisa... No era sofisticada ni ensayada como la de las otras candidatas. Era real. Y me quitó completamente la armadura.

- ¿Ethan? - Arnold me llama la atención. - ¿Has oído algo de lo que he dicho?

- Claro que sí -miento descaradamente. - Las cláusulas. Continúa.

Arnold suspira, ajustándose las gafas en la nariz, sabiendo que algo va mal, pero no dice nada. No creo que en todos los años que lleva en la empresa me haya visto nunca tan despreocupada. Nunca nada me había desconcentrado como ahora y no me gusta esta situación. Necesito bajar el martillo pronto, elegir a la persona adecuada y seguir con mi vida, al menos el mayor tiempo posible.

- Como decía, pediste incluir medidas de protección, pero no aclaraste esa parte. Quieres que se designe a alguien por si te pasa algo durante el proceso, ¿no?

- Sí, durante el proceso y también después del parto.

- Entendido. - Garabatea algo. - Los derechos de custodia del niño serán transferidos a...

- A ella. - Interrumpo, repentinamente decidido, ya que la imagen que me viene a la mente es Olivia.

- ¿El qué? - pregunta con una ceja arqueada.

- La madre elegida -aclaro, guardándome la decisión-. - Ella será la tutora en caso de que me ocurra algo. Quiero que el niño se quede con ella sin problemas.

- Arnold se me queda mirando un momento, probablemente intentando entender qué está pasando.

- Esto es... inusual, Ethan. Normalmente, en un caso así, cuando contratas a alguien para que dé a luz a un niño, la madre no tiene ningún derecho sobre él. Lo correcto sería que se quedara con tu familia o con alguien de confianza.

- Yo no tengo familia y las personas en las que confío desgraciadamente no tienen edad para cuidar de un niño", digo pensando en mi tía. Ya vive en una residencia. Es el único pariente

vivo que me queda y la única persona en quien confiaría para cuidar de mi hijo.

- Lo entiendo, pero ¿has pensado que no conoces a la mujer que vas a elegir?

- Entonces, ¿qué me sugiere? - Entrelazo los dedos y le miro con firmeza. - En un escenario hipotético, ella da a luz a mi hijo y si a mí me pasa algo, ¿con quién se quedaría? ¿Al centro de adopción? - Aprieto la mandíbula y Arnold agacha la cabeza.

Así es exactamente como nos conocimos. Entré en su despacho sin un céntimo, pidiendo ayuda para emanciparme porque mis padres habían muerto seis meses antes. Él sabe cuánto tuve que ocultar para evitar que me acogieran los servicios sociales y unirme a la enorme cola de hogares provisionales.

Es el único de la empresa que conoce mi historia hasta el más mínimo detalle.

- Como su abogado, adopta una postura profesional, porque sabe que es la única que aceptaré en este momento. - Recomiendo que este tema no figure en el contrato de maternidad. Si temes que te ocurra algo y el niño quede desamparado, podemos redactar un testamento e incluir en él el nombre del tutor legal de tu hijo, así como indicar los bienes que estarán en tu poder.

- ¿Y qué diferencia habrá?

- Un testamento es un documento unilateral, depende de usted y puede modificarse hasta el momento de su fallecimiento. El contrato tendrá derechos y obligaciones para ambas partes, lo que significa que no podrás volver atrás si descubres que la mujer que has elegido no es quien creías que era.

- Precisamente por eso pago todos los dígitos que caen en tu cuenta cada mes. - Sonríe aliviado ante mi aceptación. - Hazlo así y envíamelo cuanto antes. Quiero resolverlo hoy mismo.

- Entonces, ¿has elegido a tu candidato?

- Sí. - Me levanto y él empieza a guardar sus papeles. - Te enviaré los detalles que se incluirán en el contrato lo antes posible. Quiero que se ponga en contacto con la clínica y concierte la consulta inicial para recoger el material y una fecha posterior para el procedimiento.

- El contrato ni siquiera está firmado, Ethan. ¿No vas demasiado rápido? Tienes tiempo.

No lo tengo. Pero él no lo sabe.

- Este asunto me ha puesto nervioso. Necesito solucionarlo todo cuanto antes para poder concentrarme en el proyecto del centro comercial. Necesita tiempo para que todo esté perfecto.

- Acelera el proceso de tener un hijo, ¿pero quiere tomarse su tiempo analizando un edificio? - Chasquea la lengua en señal de desaprobación por mi comparación y se detiene delante de mí en cuanto le abro la puerta. - Espero que no te arrepientas, chaval. - Me da un golpecito en el hombro y yo me pongo mi habitual máscara impasible, sin permitir que mis emociones burbujeen por el momento.

- Beth -llamo tras oír el pitido del ascensor.

- Sí, señor. - Me dedica su habitual sonrisa maternal.

- ¿Puede explicarme cómo Olivia Moore no fue seleccionada por Arnold y seguía en mi despacho para la entrevista?

- Bueno, yo diría que su abogado se está volviendo senil. - Se encoge de hombros y esboza una sonrisa falsa.

- ¡Beth! - vuelvo a gritar, empleando un tono de advertencia.

- De acuerdo, lo admito, fui yo quien te eligió, y teniendo en cuenta a los demás que se reunieron contigo después de que la señorita Moore se marchara, fui la única que acertó. - Sus labios se curvan ahora en una sonrisa astuta que la hace parecer más un hada madrina que una asistente ejecutiva.

- ¿Y cómo la elegiste? - Cruzo los brazos y me apoyo en la puerta, curiosa por el tema.

- Bueno, digamos que su aparición fue... un poco accidental.

- ¿Ya la conocía?

- No. Me la encontré en el baño esta mañana, la pobre. Está pasando por un momento difícil y, sin embargo, me ayudó rápidamente cuando se me atascó la cremallera. - Levanta el brazo, mostrando varias horquillas en la unión de su vestido.

- No tengo ni idea de lo que significa. Pídele su dirección a Recursos Humanos, Beth.

- Puedo hacerlo, pero creo que te ha dicho que ya no está en la dirección que figura en su contrato de trabajo.

- Oh, maldición, es verdad. El número de teléfono entonces.

- Tengo una idea mejor. - Levanta las dos cejas y me da miedo preguntárselo, pero acabo asintiendo.

Es extraño no tener el control absoluto de la situación esta vez, pero hace que el tema resulte extremadamente atractivo.



CAPÍTULO SEIS

Miro fijamente mi reflejo en el espejo del vestuario del gimnasio, agarrando el dobladillo de la camiseta arrugada que acabo de sacar de la mochila. No es que esperara un desfile de moda hoy, pero esto roza el fracaso.

Otro más.

La pieza está tan abollada que parece que alguien la ha utilizado para sacar brillo a una tostadora. Y para colmo, el "genial plan" de cambiar el impecable atuendo de mi jefe por esta camiseta empieza a sonar más bien como un claro aviso de que realmente he perdido el control de mi vida.

- ¿Esto es tuyo? - La voz surge de la nada y casi me hace dar un respingo.

Me doy la vuelta rápidamente y veo a una mujer en la puerta del vestuario. Es alta, pelirroja, lleva el pelo recogido en un moño

desordenado y tiene una expresión curiosa en la cara. Lleva ropa de gimnasia impecable, como si acabara de salir de un anuncio de fitness.

- ¿Cómo? - tartamudeo, levantando la camiseta como si fuera la prueba de un crimen.

Señala la camisa de vestir del señor Ethan, extendida con cuidado en el banco justo detrás de mí.

- Esa camisa de hombre. Parece cara. Y, bueno, fuera de lugar, ya me entiendes. - Cruza los brazos, proyectando los pechos hacia arriba, y arquea una ceja perfectamente dibujada.

- "Ah, sí, es mía... Quiero decir, no es mía...", empiezo, intentando inventar una excusa que tenga algún sentido.

- ¿Está aquí? - Estira el cuello y mira hacia las puertas del aparcamiento. - No quiero complicarte las cosas ni nada, dímelo y me iré de aquí para que puedas... terminar lo que estás haciendo.

- No. No. Es de mi jefe y, no, no está aquí. Es que... es complicado -digo con un largo suspiro de dolor.

- ¿Complicado? Parece interesante. Me encantan las historias interesantes.

Siento que me arden las mejillas. Genial, Olivia. Ahora tienes un espectador para la comedia que es tu vida.

- Fui torpe y él me salvó la vida. Eso es todo. De todos modos, no importa. - Dejo que se me caigan los hombros y que la frustración se me note en la cara. Tu risa me hace sentir menos mal, ya que no parece que te rías de mí.

- Hablas como si intentaras ocultar algo mucho más interesante. - Te acercas a mí y miras más de cerca la camiseta. - Déjame adivinar: eres un espía disfrazado, cambiando la camisa de algún político por información clasificada, que por cierto -exageras- huele a dios griego. También podría pedir el número de teléfono de este hombre para extorsionarlo. A menos que sea tuyo...

- Ojalá. - Pongo los ojos en blanco mientras las palabras salen de mi boca. No era eso lo que quería decir.

Mi sonrojo parece divertirla aún más.

- Soy Taylor. - Me tiende la mano, como si estuviéramos en medio de una reunión de negocios.

- Olivia -respondo, devolviéndole el saludo.

- Olivia, ¿qué te trae hoy al gimnasio? Porque está claro que no has venido a hacer ejercicio.

Miro mi camisa de vestir y luego mi camiseta arrugada.

- Es una larga historia.

Taylor sonríe de una forma que dice "tengo tiempo". Entonces me siento en el banco de madera, suspirando. ¿Qué tengo que perder? Ya he contado mi triste historia a dos personas hoy, ¿qué sentido tiene contar una más?

- Me atracaron y se llevaron el dinero del alquiler, me desahuciaron y entonces surgió una oportunidad y fui a hablar con mi jefe, así que volví su café y el mío contra los dos. Fin de la historia sin dignidad alguna.

Los ojos de Taylor se abren de par en par, pero su expresión no es de juicio. Es de pura fascinación.

- Espera un momento. ¿Has perdido tu piso, llevas la ropa arrugada de una mochila y aún así recibes la camisa de tu jefe en lugar de un pie en el culo? Eso es... icónico.

Sacudo la cabeza, riendo sin humor.

- No es tan glamuroso como parece.

Se sienta a mi lado, como si fuéramos viejos amigos.

- ¿Sabes qué? He tenido días malos. Pero tú ganas por goleada.

- ¿Te doy las gracias? - le respondo, sin saber si es un cumplido.

Ella vuelve a reír y, por primera vez, me siento a gusto con alguien que no sea mi pequeño círculo de amigos.

- Escucha, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

- Estoy bien", miento. - Solo necesito un café fuerte para no derramar nada.

- Bueno, al menos tienes sentido del humor. Eso cuenta.

Me encojo de hombros y empiezo a preparar la mochila, intentando ignorar el ruido de mi estómago. Por desgracia, Taylor se da cuenta, claro, porque al universo le encanta dejarme en evidencia.

- ¿Cuánto hace que no comes? - pregunta.

- Estoy ahorrando", admito sin afrontarlo.

- Vamos a la cafetería del gimnasio, te invito a un tentempié y...

- No, por favor. - Levanto la mano, deteniéndola. - No es orgullo, es que... Te lo agradezco de verdad, pero tengo que organizar mi vida.

No insiste, pero me tiende una barrita de proteínas que parece cara. Dudo, pero ella niega con la cabeza.

- Es solo una barrita de proteínas, Olivia. Cógela.

La acepto. Porque, desde el primer momento, ha sido muy amable.

- Gracias, Olivia.

- Toma, quédate con mi tarjeta y llámame si necesitas algo. Por desgracia, no puedo ofrecerte alojamiento porque vivo con otras tres personas y no tenemos sitio ni para estornudar en el minúsculo piso en el que vivimos. Si puedo llevarte a comer fuera, puedes contar conmigo.

- Gracias de nuevo, Taylor.

Se va y me quedo mirando la puerta un rato hasta que veo la tarjeta que tengo en las manos.

No me jodas. Es entrenadora personal en el gimnasio. ¿Y si le digo al dueño que estoy guardando mis cosas aquí? No parece esa clase de persona, pero prefiero no arriesgarme. Cierro la mochila con dificultad, me la pongo a la espalda y salgo del baño agarrada a la camiseta blanca de mi jefe.

Me paso el pelo por delante de la cara y salgo rápidamente sin cruzarme con nadie. Seguro que alguien se ha dado cuenta de que he entrado, me he cambiado y he salido sin utilizar ningún aparato.

Qué vergüenza.

Suena mi móvil y lo saco de la cintura para comprobar el nombre. Decido contestar porque hoy he rechazado todas sus llamadas.

- Hola, colega.

- Qué amigo tan increíble soy, ¿verdad? Ni siquiera has esperado a que me despertara y ya te has ido corriendo, sin dejar ni rastro de que has pasado por aquí.

Uy, parece que está bastante enfadada.

- Me he levantado temprano y no quería despertarte, pero he dejado una nota.

- Vas a volver, ¿verdad?

- No, amigo mío, no quiero molestarte.

- Eres mi amiga, claro que no molestas.

Díselo a tu marido.

- Tengo donde vivir - miento, porque sé que se enfadará mucho si no aparezco esta noche.

- ¿De verdad? ¿Cómo?

- Mi jefe me ha dado un adelanto y voy a estar sola un tiempo.

- Si es así, estaré más tranquila, pero recuerda que mi casa siempre estará abierta para ti.

- Por eso te quiero. Gracias.

Terminé la llamada con el corazón aún más roto que antes. Le mentí a mi mejor amiga, definitivamente he tocado fondo.

Amalia es la única persona que queda de mi antigua vida. Fuimos a la misma escuela. Ella era una estudiante becada y yo era la chica que tenía un chófer privado para recogerla. Y mira cómo gira el mundo, se vuelca.

Me apoyo en la farola que hay delante del edificio. No sé exactamente qué estoy esperando. Tal vez un milagro. Compruebo la pantalla de mi móvil y es casi la hora que Beth me dijo que nos viéramos aquí.

Beth será mi ángel de la guarda esta noche. En realidad, ha sido todo el día. Solo he podido trabajar el resto del día, incluso con el tiempo libre que el señor Ethan dijo que me daría, no puedo permitirme perder ni una mínima parte de mi sueldo.

Mi estómago vuelve a rugir, pero lo ignoro. Y entonces, como si el universo por fin me hubiera dado un respiro, un coche negro se detiene justo delante de mí.

La ventanilla del asiento trasero baja lentamente. Y ahí está.

Ethan Davis.

Me enderezo y jadeo, sin saber qué hacer ni qué decir. Me mira con expresión seria, pero hay algo en sus ojos que no consigo descifrar.

- Olivia Moore, has sido elegida. Sube al coche.

Durante un segundo, me quedo quieta, intentando comprender si he oído bien. ¿Contratada? ¿Así, sin más?

La cabeza me da vueltas y, antes de que pueda averiguar qué significa, abre la puerta desde dentro y se arrastra hasta el otro lado, dejándome espacio para entrar, mis piernas se mueven y al

instante siguiente estoy dentro de su coche. El olor a cuero caro y perfume masculino llena el aire.

No dice ni una palabra más. Yo tampoco. Y mientras el coche se pone en marcha, lo único que puedo pensar es: Gracias, Dios. Tengo una nueva oportunidad. Por favor, no dejes que la eche a perder.



CAPÍTULO SIETE

- ¿Dónde están tus maletas? - pregunto nada más subir al coche en el aparcamiento del edificio donde vivo.

- Ahí están. - Señala la pequeña y desgastada mochila que sujeta contra su cuerpo como un escudo. - Es tuya. - Me tiende la camiseta que le presté antes.

No puedo disimular mi sorpresa. ¿Una mochila? ¿Toda su vida en una mochila?

Aprieto los puños, recordando al atracador que le quitó la mochila. Dijo que era todo lo que tenía, y no bromeaba.

Se da cuenta de lo que estoy mirando y se encoge de hombros, con una sonrisa apagada dibujándose en sus bonitos labios.

- Soy minimalista", bromea, pero la frase tiene un peso que no pasa desapercibido.

A esta chica se lo han quitado todo, y sé lo que eso puede hacerle a una persona.

- Vale", murmuro, y tiendo la mano. - "Yo te lo llevo.

- No hace falta, es ligero.

- Déjeme ser el caballero que soy, señorita Olivia, por favor. - Resoplo y ella suelta una pequeña carcajada.

- Si es tan importante para ti. - Se encoge de hombros y me da la correa.

Le hago una seña para que me siga y ella lo hace en silencio.

El ascensor nos lleva directamente a la entrada del ático. Olivia mira a su alrededor mientras cruzamos el salón, sus ojos recorren el moderno mobiliario y la vista panorámica de Manhattan.

- É... grande", dice, y me doy cuenta de que está fuera de lugar.

- Hay sitio suficiente para los dos", respondo, más seco de lo que pretendía. - Vamos, te enseñaré la habitación de invitados.

- ¿Cómo? - Su tono rayano en la histeria me hace detenerme y darme la vuelta hasta quedar de nuevo frente a ella. - ¿Me has traído aquí para... dormir?

- ¿Para qué creías que era? - Frunzo el ceño.

- Para... discutir el contrato, firmarlo. Algo así.

- Voy a hacerte una pregunta y quiero que seas sincera -digo las palabras, ya caminando de vuelta al centro de la habitación, donde ella permanece clavada al suelo. - ¿Tienes dónde dormir?

- ¿Dejar de llamarme señorita? Y sí, tenía un sitio donde dormir. Dios mío, me había olvidado de Beth. Ella me ofreció... -saca el móvil del elástico del pantalón y desbloquea la pantalla, pero yo pongo la mano delante-.

- Fue precisamente Beth quien me dijo dónde estarías y me pidió que cuidara bien de ti. Y si estás dispuesta a llevar a mi heredero en tu vientre, eso es exactamente lo que voy a hacer.

Tus ojos claros me observan con algo que no puedo descifrar.

- De acuerdo. - Ella asiente lentamente y me dedica una pequeña sonrisa. - Gracias.

La llevo a la habitación de invitados y abro la puerta. Está decorada con sencillez, pero es mucho más bonita que todo lo que probablemente haya visto en los últimos días. Entra despacio, casi vacilante, observando todo a su alrededor.

No creo que esté deslumbrada, por lo que me ha contado, ha vivido antes en el lujo, pero su condición actual debe ser mucho más baja. Su vacilación podría deberse a que un lugar como éste le trae recuerdos del pasado, ¿quién sabe?

- Puedes quedarte aquí. El baño está allí -señalo la puerta lateral.

- Vale -dice simplemente, y yo debería dar media vuelta y marcharme, pero hay algo que me hace querer más de ella. Oír su voz, su risa. No es algo normal en mí. Me gusta estar solo y disfrutar del silencio.

- ¿Tienes hambre?

- No, no tengo hambre. - Ella niega con la cabeza varias veces, pero su estómago elige ese momento exacto para discrepar, lo que me hace ponerme la mano sobre los labios para ocultar mi sonrisa.

Sonríe, pero parece agotada, y no puedo evitar preguntarme qué estoy haciendo. He acogido a esta mujer en mi casa, en mi vida. ¿Por qué? ¿Porque estoy convencido de que es la persona adecuada para llevar a mi heredero o porque algo en ella... me conmueve?

Doy un paso atrás, dispuesto a marcharme.

- Dejaré que te instales. Date una ducha y reúnete conmigo en la cocina, prepararé algo de comer.

- No quiero darle más problemas.

- Necesito comer de todos modos, señorita.

- Olivia, por favor. Cada vez que dices "señorita" me dan ganas de mirar a mi alrededor para ver con quién estás hablando.

Incapaz de contener la risa, asiento brevemente a su petición y salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí con un leve chasquido.

Voy a mi habitación, me quito la parte de arriba del traje y me subo las mangas de la camisa. Me detengo frente a las puertas de cristal que van del suelo al techo del balcón y contemplo las brillantes luces de abajo. Se me escapa un suspiro y me paso los dedos por los mechones desordenados de mi pelo. El día de hoy no se parece a nada que haya vivido en mi vida adulta. Un caos total que me recuerda al pasado, donde todos los días eran así.

Odio las situaciones inesperadas, me descontrolan y no me gustan. He vuelto a ser impulsiva al traerla a casa, pero no puedo sentir que sea lo incorrecto.

Dejo escapar un fuerte suspiro y decido dejar de analizar la situación tan profundamente. Lo dejaré para mañana, después de una buena noche de sueño, mi cabeza volverá a alinearse.

Ahora tengo que prepararle algo de comer. Descalza, vuelvo por el pasillo, paso por delante de su habitación e ignoro el impulso de detenerme a escuchar si hay movimiento al otro lado de la puerta.

Me estoy volviendo loca, eso es todo.

Abro la nevera de la cocina y saco algunas cosas para hacer un plato rápido de pasta. Si hay algo en la vida que me relaja, es la cocina.

Pongo los fideos a cocer mientras corto el beicon y troceo la mozzarella de búfala. Hago la salsa blanca y los filetes de salmón.

- Huele de maravilla. - Levanto la vista y la veo con unos pantalones cortos hasta los muslos, una camiseta arrugada y el pelo mojado. *Preciosa*. Es la primera palabra que me viene a la mente. - ¿Puedo ayudar en algo?

Resoplo para aclararme la garganta y la mente y le doy la vuelta a un plato antes de volverme hacia ella.

- Puedes poner la mesa si quieres. Los platos están en el aparador.

Ella mira la mesa de doce plazas, de la que siempre uso solo la de la cabecera, y se dirige al mostrador de la isla.

- ¿Te importa si comemos aquí?

- No me importa. Pero estos taburetes no son muy cómodos para cenar. - Se encoge de hombros y va a por los platos. No tengo ni idea de cómo nos movemos por la cocina al mismo tiempo y en sincronía, pero sucede, termino la comida justo cuando ella termina de ordenar.

- Siéntate", le digo poniéndole un plato delante.

Ella se sienta y mira el plato como si fuera un festín.

- Vaya, tiene una pinta increíble.

- No es nada demasiado elaborado, espero que esté rico.

- No tengo ninguna duda. - Ella sonríe y utiliza el tenedor y la cuchara para enrollar el hojaldre, luego lo prueba. El sonido de aprobación que escapa de su boca me calienta el pecho y no tengo ni idea de por qué.

En realidad, sí la tengo. Es la primera vez que cocino para alguien en mucho tiempo. Me encanta cocinar, pero es una tarea que no debería hacerse sola.

- En serio, esto es genial. - Antes de sentarme, abro una copa de vino blanco suave y le hago una pregunta silenciosa. Ella desliza la copa un poco más cerca de mí y la llena. - ¿Cómo aprendiste a cocinar así? Déjame adivinar, contrataste a un chef de renombre para que te diera clases, así podrías encandilar a las mujeres que traes a este increíble ático y conquistarlas.

- No tengo ni idea de cómo te has creado esa imagen de mí, pero ni siquiera tengo tiempo para tomar clases como las que has dicho, y mucho menos para cocinar para mujeres.

- ¿Qué soy yo? - Odio que la gente me juzgue sin conocerme, pero curiosamente, incluso después del día de perros que he tenido, estoy lo suficientemente relajado como para disfrutar.

- Tú eres diferente. Serás la madre de mi hijo, te cuidaré. Y para responder a tu pregunta, aprendí a cocinar a una edad muy temprana. Mi padre no se quedaba en casa y mi madre trabajaba todo el día. Era eso o morir de hambre.

Se me queda mirando un momento, sorprendida, como si hubiera vislumbrado algo que nadie más ve.

- Imagino que no fue fácil", dice en voz baja.

- No lo fue", admito. - Murieron hace mucho tiempo. Igual que los tuyos.

Ella asiente y, por un momento, nos sentimos unidos por ese dolor compartido, aunque ninguno de los dos quiera admitirlo o hablar de ello.

- Hablemos del contrato", digo, cambiando de tema.

- Sí, claro. - Veo que su cuerpo se tensa, pero sigue comiendo y me alegro de que parezca haberle gustado tanto la comida. - ¿Qué esperas exactamente?

- Serás responsable de llevar a mi heredero. Aparte de eso, no habrá ningún vínculo entre nosotros. Todo estará documentado y claro.

Me observa, su expresión es indescifrable.

- ¿Y si algo sale mal?

- Ya he pensado en eso. En caso de emergencia, tú serás la tutora legal -digo, y lo único en lo que puedo pensar es en la mirada de desaprobación que me dirigirá Arnold cuando se entere de que he hablado.

Se atraganta y empieza a toser. Le doy un golpecito en la espalda y el contacto me calienta la palma de la mano.

- Gracias, pero quería decir que *me* pasa algo. Durante el embarazo.

- No pasará nada. Me ocuparé yo misma", le aseguro y ella asiente lentamente, como si estuviera eligiendo sus próximas palabras.

- Necesito un adelanto. Para encontrar un sitio donde quedarme.

- Puedes quedarte aquí -respondo, casi sin pensar.

- No quiero estorbarte.

- De hecho, me vas a ayudar, así que haremos que funcione.

Duda, pero asiente.

- Mañana leerás el contrato y lo firmarás si todo está bien. Te transferiré la cantidad inicial en el acto e iremos a la clínica para iniciar los trámites.

- ¿Cómo de rápido?

- Sí, lo antes posible. - Arrastro el asiento hacia atrás por miedo a quedarme aquí y acabar diciendo más de lo que debería. - Siéntete libre de comer más y coger lo que necesites, ahora también es tu casa. - Sus ojos se abren de par en par y mira desde mi plato prácticamente intacto hasta mi cara. - Me disculpo, pero tengo que hacer una llamada antes del baño. Buenas noches, Olivia.

- Buenas noches, Ethan. - Esboza una sonrisa y aparta la mirada.

Voy a mi habitación, cierro la puerta y apoyo la espalda en ella un momento, exhalando lentamente.

Ha sido una mala idea. Traerla aquí ha sido una mala idea. Tenerla a una puerta de distancia es una mala idea. ¡Maldita sea!

No puedo encariñarme con nadie. No ahora. Ni nunca. Porque, al final, nadie puede encariñarse conmigo.

Olivia



CAPÍTULO OCHO

Han pasado dos semanas desde que firmé los contratos, sí, en plural, porque además de *alquilar* mi cuerpo al heredero de Ethan Davis, el abogado también ha redactado un acuerdo de confidencialidad con cláusulas específicas sobre el pago que recibiré por el *trabajo de* ser la madre de su hijo, y todo lo que oiga en su piso sobre su vida y su empresa. El hecho de que estoy embarazada de su hijo no entró en el contrato, ya que no es un secreto para nadie, después de todo, la selección se hizo dentro de la propia empresa. Desde entonces, mi vida ha sido un huracán silencioso. Nada ha cambiado realmente y, al mismo tiempo, todo es diferente. Mi móvil emite un mensaje y termino de pintarme los labios de rosa claro antes de coger el aparato.

Amalia>> ¡Buena suerte hoy! Estoy aquí para lo que sea, pero sigo pensando que todo esto es un poco locura.

Dejo escapar un suspiro mientras tecleo una respuesta rápida, dándole las gracias y prometiéndole que la mantendré informada. Amalia es la única persona que sabe todo esto, pero le he rogado que lo mantenga en secreto, incluso para Octavio. No quiero que nadie lo sepa. Todavía no.

Veo que tienes otra sin responder y es de Taylor, la chica pelirroja del gimnasio que se ha convertido en algo parecido a una amiga.

"Entonces, ¿ya te has operado?"

Casi me parto de risa. Piensa que me voy a hacer una operación estética porque lo he mencionado vagamente. No tuve valor para decirle que me voy a quedar embarazada de un tío por dinero. Esta verdad es demasiado pesada para cualquier conversación casual en el refrigerador de agua o mientras ella se apoya en la cinta de correr para hablar conmigo.

No hay cláusula de confidencialidad en el contrato que firmé. Sólo tengo que mantener la boca cerrada sobre lo que veo u oigo acerca de la vida personal y profesional de Ethan. Lo cual no es un problema para mí porque, aparte de la reunión en la que firmamos los papeles, apenas le he visto desde entonces. Se va antes de que me despierte y vuelve tarde, después de que yo haya dormido. El piso es espacioso, pero está lleno de una soledad que nunca imaginé que sentiría tan profundamente.

Cuando llegan los fines de semana, me quedo encerrada en mi habitación. Si no quiere verme, le hago este favor para que al menos pueda moverse dentro de su piso.

Meto la documentación y el móvil en el bolso nuevo que me he comprado y suelto un suspiro porque me siento muy frustrada. Pensaba que sería más feliz ahora que tengo suficiente dinero en mi cuenta corriente para alquilar un piso propio y mantenerme a largo plazo, y eso que sólo era la primera de las tres partes acordadas. Como dijo la chica del ascensor aquel día, una pequeña fortuna. La segunda la recibiré después del tercer mes de embarazo y cuando todo vaya bien, y la última cuando nazca el bebé.

Me estremezco al pensar que voy a dar a luz una vida en mi vientre y luego no tener contacto con ella.

Si me pasa algo... Sacudo la cabeza recordando sus palabras y a día de hoy no consigo entenderlas, pero creo que fue el calor del momento, estábamos hablando de la muerte de nuestros padres, debió de desconcentrarse, porque releí el contrato varias veces antes de firmar y no había nada al respecto.

Mis zapatillas golpean el suelo del pasillo y el eco de este lugar enorme y vacío retumba dentro de mi corazón.

Apoyo mi bolso en la gran isla de la cocina y abro la nevera para coger una botella de agua antes de bajar las escaleras. Siempre me sorprendo cuando hago esto. La casa siempre está llena. Es como si surgiera un nuevo artículo con cada uno que saco. No tengo ni idea de por qué, pero creo que Ethan tiene un problema con la escasez.

Sacudo la cabeza para disipar estos pensamientos, al fin y al cabo, no necesito desentrañarlo, pensé que podríamos ser amigos después de cenar la primera noche, pero la distancia que impuso a partir del día siguiente deja meridianamente claro que las cosas no van a ser así.

Bajo por el ascensor privado y Henry ya me está esperando con la puerta del coche abierta. Puntual como siempre.

- Buenos días, Henry.

- Buenos días, señorita Moore, si me permite decirlo, está usted más radiante que nunca.

- Gracias", le digo con una sonrisa.

Cierra la puerta en cuanto me acomodo y se da la vuelta para ocupar su lugar frente al volante.

- ¿Estás preparada?

- Definitivamente no, pero tengo que hacerlo, ¿no? Ahora solo tengo que rezar para que salga bien. - Resoplo y le veo cerrar los

ojos para que no se ría de mí. - No era el procedimiento del que hablaba -murmuro-.

- Estoy aquí para escuchar cualquier cosa de la que quieras hablar.

- Lo siento, creo que me estoy volviendo demasiado necesitada. - Suelto una bocanada de aire. Llevo quince días de baja. No quiero perder mi trabajo, pero me hicieron una serie de pruebas para asegurarse de que todo estaba bien para el procedimiento de hoy. En otras palabras, mi jefe me ha despedido. Lo único que pude hacer fue ir al gimnasio y pedirle a Taylor que me preparara un entrenamiento ligero. Uno muy ligero. Sólo para no convertirme en una persona sedentaria que muere de un ataque al corazón a los treinta. Si voy a quedarme embarazada, quiero tener un embarazo sano.

- Siempre estoy dispuesto a escucharte.

- Gracias, Henry. Tu mujer es muy afortunada.

- ¿Puede repetirlo si lo grabo? - bromea mientras conduce hacia la clínica.

Entablamos una animada conversación sobre su familia y sus dos hijas, que ya están en la universidad. Descubro que Henry Cooper trabaja para Ethan desde hace casi una década, pero es la única información que consigo sacarle.

- Te espero aquí -dice entrando en el aparcamiento-, pero si necesitas algo, llámame.

- Gracias, Henry. - Salgo antes de que pueda dar la vuelta al coche y recibo una mirada de desaprobación mezclada con diversión.

Me atienden los mismos profesionales que hablaron conmigo los días anteriores y, mientras me cambio, noto que tengo las manos frías y me tiemblan.

- *Cálmate, Olivia. Todo saldrá bien*", me digo con los ojos cerrados y la respiración controlada.

Sigo con el dilema moral de prestar mi vientre por dinero, ¿eso me convierte en una inquilina o en una puta de vientre?

- ¿Va todo bien? - La voz suena desde el otro lado de la puerta y me sobresalto, lo que me hace tantear con la pernera del pantalón y caer de culo al suelo.

- Sí. Sí, no pasa nada, enseguida salgo", me apresuro a decir antes de que derriben la puerta.

Me froto el punto dolorido y termino de ponerme la camisa de tela.

Lo que Dios quiera. Medito, suelto un suspiro y me deshago de las dudas. Ya he firmado, ahora voy hasta el final.

- Estoy listo", digo en cuanto abro la puerta y me encuentro con la mujer al otro lado. Me dedica una sonrisa tranquilizadora y pienso que debe de estar acostumbrada a lidiar con los nervios por aquí.

Me tumbo en la mullida camilla y me preparo para esta nueva etapa de mi vida.

Ojalá todo salga bien.

Afortunadamente, el procedimiento de inseminación artificial es más sencillo de lo que esperaba, pero no por ello menos incómodo. Durante todo el proceso me siento tensa. La habitación está fría, el ambiente clínico y estéril, pero por suerte acaba pronto.

- ¿Se encuentra bien, Srta. Moore?

- Sí, estoy bien. - Intento sonreír, pero acabo haciendo una mueca. Mi estómago no coopera con mi mentira. Tengo náuseas y estoy muy incómoda, más emocional que físicamente.

- Te llevaremos a la habitación de al lado, donde podrás descansar.

- ¿No puedo irme a casa? - Hablo como un niño berrinchudo.

- Sólo serán unos minutos para garantizar el éxito del procedimiento. - Sonríe amablemente. - Le prometo que irá rápido.

- Todo irá bien. - Me rindo y mantengo los ojos cerrados mientras siento cómo se mueve la camilla. Puede que no haya dormido bien por la noche por los nervios, pero desconecto. Cuando me despierto, me estoy moviendo y no es en una camilla.

Mis ojos revolotean antes de abrirse y el olor se presenta ante mis ojos.

- ¿Ethan? - La voz aturdida denuncia mi lentitud.

- Hola, Ethan. - Su voz es grave, casi suave. - ¿Qué tal estás?

- Bien, supongo... un poco mareado. - Parpadeo y oigo la campanilla del ascensor.

- ¡Ethan! ¿Qué haces, Ethan? - le pregunto cuando entra en el piso y me sigue por el largo pasillo.

- Cuidar de ti.

La cabeza me da vueltas, y no es por el procedimiento. A cada paso, intento organizar mis pensamientos y entender lo que está pasando. Él sigue abrazándome como si fuera algo precioso y, por alguna razón que no puedo entender, se lo permito.

Cuando llegamos al dormitorio, me deposita suavemente en la cama. Intento incorporarme, pero me aprieta firmemente el hombro.

- ¿Por qué me pones aquí? - Miro a mi alrededor, asombrada. Ni siquiera cuando no estaba en casa entraba en su habitación. No cruzaría esa línea.

Sonríe, esa sonrisa diminuta, casi inexistente.

- Quiero vigilarte.

Entonces, inesperadamente, se inclina y me besa en la frente. Es un gesto sencillo, pero encierra una ternura que me desarma por completo.

- Gracias por hacer esto por mí, Olivia. Significa mucho para mí.

Antes de que pueda responder, sale de la habitación y cierra la puerta tras de sí.

Y sólo cuando estoy sola me doy cuenta de las lágrimas que caen por mi cara. Intento entender por qué lloro, pero quizá sea porque, por mucho que me haya dicho a mí misma que todo esto no es más que un trato, hay algo en el gesto de Ethan que hace que parezca mucho más.

Voy a tener un hijo suyo, y no sé cómo separar la razón de mi corazón.

Sí, estoy perdida.



CAPÍTULO NUEVE

Repaso los proyectos que ya están en las primeras fases del centro comercial, pero hoy mi concentración es pésima. Incluso trabajando desde casa durante los últimos quince días, he conseguido avanzar bastante, pero después de leer el mismo párrafo por cuarta vez, me doy cuenta de que hoy no voy a dar abasto.

Dejo la pantalla del portátil y me bajo del taburete de la isla de la cocina. No doy ni un paso antes de sentir su presencia.

Sí, estoy jodido a este nivel. Olivia lleva un mes viviendo conmigo y he sido capaz de memorizar cada una de sus manías y, lo que es peor, siento que todo se estremece dentro de mí cuando se acerca.

- Buenos días. - Me doy la vuelta lentamente y me encuentro con una camiseta larga y holgada, que solo deja ver el dobladillo de mis pantalones cortos.

- Buenos días. Deberías haberme llamado y te traería lo que quisieras.

Resopla tan fuerte que mis cejas se levantan.

- "No puedo seguir tumbada, Ethan", se queja y arrastra los pies hasta la tetera.

- "Puedo prepararte un té", le digo, pero la mirada feroz que me lanza me hace quedarme quieto.

- Por el amor de Dios, no aguanto más té.

Parece que alguien está de mal humor hoy. E inteligente como soy, me guardo esa observación para mí.

- Pero el médico...

- Al diablo con el doctor. - Explota y salpica el café de lado con la rapidez con que se da la vuelta.

- Sé que puede ser estresante, pero...

- No, no lo sabes. - Apoya la mano en la encimera y me mira con rabia, pero hay algo más ahí que me hace casi caer de rodillas, me duele, y me sobresalto al darme cuenta de que su sufrimiento me golpea con fuerza.

- ¿Quieres explicarme entonces? - le digo en voz baja, intentando que hable para poder ayudarla de alguna manera.

- Me tratas como si fuera de cristal. - Ella levanta las manos tras abandonar la taza. - Necesito espacio. Aire. De... no sé, poder coger mi propio vaso de agua sin que aparezcas de la nada con una bandeja.

- Sólo te estaba cuidando -me defiendo sin cambiar el tono.

- Lo sé y... Te lo agradezco de verdad, pero... ¡maldita sea! - Aprieto los ojos y aprieto la mandíbula al darme cuenta de lo que está pasando.

No sé cómo tratar a una mujer que llora. ¿Qué debo hacer?

- Te pido perdón por todo lo que te he hecho. No era mi intención.

- Solo estás empeorando las cosas -murmura, frotándose los ojos con el dobladillo de la camiseta, que deja ver un poco de su abdomen.

No sigas por ahí, Ethan.

- Vas a tener que ayudarme, Olivia. No sé qué hacer. No puedo ayudarte, pero tampoco puedo disculparme, tengo las manos atadas.

- No tenías que ser tan comprensivo. - Sniffle. - Estoy en tu casa, gritándote y tú sigues siendo amable. ¡Maldita sea! Es que... - Vuelve a moquear. Permanezco en silencio, esperando a que termine, sea lo que sea lo que esté pensando. - Hace mucho tiempo que no tengo a nadie que me cuide, ¿sabes? - Sus ojos se levantan para encontrarse con los míos y siento que los latidos de mi corazón se aceleran de una forma extraña. - Soy como una olla a presión, pero no entiendo por qué. Todo lo que has hecho es ayudarme y aparezco aquí como un perro furioso mordiéndote la espinilla. Te pido disculpas.

- No hace falta. - Ahora que me siento más segura de no ser atacada, me acerco y pongo mi mano sobre la tuya. - Han sido muchos cambios y hoy es un día estresante. Entiendo tu repentino cambio de humor.

Y no lo digo por decir. Incluso yo, que soy conocido por mi paciencia y autocontrol en situaciones empresariales de alto riesgo, estoy prácticamente contando los segundos. No debería implicarme tanto, al fin y al cabo, sólo será una niña la que herede mi legado, pero aquí estoy, trabajando desde casa durante quince días, algo que nunca he hecho antes, y cuidando de Olivia en todos los detalles posibles.

Y ella... bueno, no me doy cuenta de que Olivia no está precisamente *encantada* con mi dedicación, entre otras cosas porque yo no estaba seguro de cómo hacer lo que había que hacer. El médico le aconsejó que se tumbara el mayor tiempo posible y que no hiciera ningún esfuerzo. Sólo después del tercer día, cuando la

llevé en mi regazo para bañarla, tuve que dar un paso atrás y darme cuenta de que caminar no requería ningún esfuerzo.

Pero tal y como empezó aquella mañana, no me eché tan atrás.

- Sólo intentaba ser útil, pero ahora me doy cuenta de que me pasé de la raya", le explico tras un resoplido y me alejo del calor de su mano.

Tocar no estaba en el contrato.

- *¿Ayuda?* - Suelta una carcajada y gira el cuerpo, apoyando las caderas en la encimera antes de volver a coger la taza y llevársela a los labios. - Ethan, ayer me seguiste hasta la cocina para asegurarte de que no levantaba una botella de zumo.

- Era una botella pesada -me defiendo.

- ¡Tenía 500 ml! - Por suerte, ya no es una acusación, sólo una constatación. - Me sentía asfixiada, pero entiendo todo lo que está en juego para ti, así que prometo ser más comprensiva.

- ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres desayunar? - Cambio de tema mientras sigo en tensión.

- Ensalada de pasta. - Mi ceño se frunce mientras la miro fijamente. - ¿Qué te pasa?

- ¿Cómo que ensalada de macarrones?

- Ya sabes, pasta, nata, queso y pollo desmenuzado. Vaya, se me hace la boca agua.

- Estaba pensando en algo más ligero, la compañía vendrá pronto a sacarte sangre. No crees que...

- Olvídalo, no necesito comer nada. - Se vuelve a marchar y suelto un suspiro.

Hoy va a ser un día largo.

Antes de que pueda ir tras ella, suena el interfono. Miro el reloj y aún no es la hora, pero no me quejaré si la prueba se hace cuanto antes.

- ¿Sí?

- Señor, tengo el paquete de la Srta. Moore.

- Suba.

La curiosidad de Olivia la lleva de nuevo a la habitación.

- ¿Es esta la clínica?

- No, Henry. Dijo que tenía un pedido tuyo. - Arqueo una ceja y ella esboza una sonrisa amarilla.

- Yo... -la interrumpe el pitido del ascensor y su sonrisa aliviada deja claro que está tramando algo.

- Señor. - Henry da un paso al frente y me tiende una bolsa, pero un huracán pasa de largo y, antes de que pueda extender la mano, ella ya se ha infiltrado entre nosotros.

- Gracias, Henry, te debo una. - Tal como ha entrado, desaparece rápidamente.

Me devuelve el saludo, cortésmente, pero me lanza una mirada divertida antes de marcharse. *Traidor*.

Me paro en medio de la habitación y no sé si seguirla para preguntarle qué ha comprado o quedarme aquí.

- Deberías estar trabajando, Ethan -refunfuño, pasándome las manos por el pelo en un gesto de impaciencia.

- Ya está. Ahora vamos a esperar.

- ¿Qué? - Me doy la vuelta y ahí está ella, con una hermosa sonrisa en los labios y un bastón en la mano. - ¿Qué tenemos que esperar?

- Sé que nos van a hacer el análisis de sangre, pero estoy demasiado ansiosa como para esperar, así que si hoy es el día, podemos intentar que las cosas avancen -dice apresuradamente, gesticulando con las manos y metiéndose de lleno en el proceso.

- ¿Cómo que *avanzar*? - Con pasos lentos, coloca el bastoncillo sobre la mesa del comedor y me doy cuenta de que es un test de embarazo.

Mierda. El corazón me late tan fuerte que lo siento en los oídos.

- ¿No crees que es mejor esperar y...?

- Ahora ya está, en cinco minutos saldrá el resultado, pero si no quieres... -Se estira para cogerlo de nuevo, pero la detengo sujetándole la muñeca con un suave toque.

- Lo hago. - Estamos tan cerca que noto su aliento rozando mi brazo. - Esperemos y luego lo confirmaremos con el análisis de sangre.

- DE ACUERDO.

No la suelto y ella tampoco se aparta. Al contrario, me muevo un poco hacia abajo y entrelazo nuestros dedos. Ella los aprieta contra los míos como diciendo: estoy aquí contigo.

- ¿Qué significan dos riesgos? - pregunto, con la voz entrecortada.

- Exactamente lo que estás pensando, ha funcionado, nuestro... tu bebé está dentro de mí.

El mundo se detiene un segundo. Olivia deja escapar un sonido que es casi una risa nerviosa, y yo permanezco en silencio, absorbiendo la información. Un niño. Es real.

- ¿Ethan? - La voz de Olivia me trae de vuelta.

La miro y, por primera vez en años, siento una emoción tan fuerte que casi no puedo hablar.

- Lo hemos conseguido. - La voz me sale ronca, pero es lo único que consigo decir.

Ella sacude la cabeza, con los ojos llorosos.

- Ni siquiera sé qué decir.

Sonrío, le cojo las manos y la abrazo. Es incómodo, porque parece sorprendida, pero no me importa.

- Gracias, Olivia. Por hacer esto por mí.

Suelta una risita ahogada contra mi pecho.

- Gracias por elegirme. Sé que sólo soy una parte de tu plan, pero estoy feliz de formar parte de él.

- También estoy feliz de ser tú. - La miro fijamente y bajo los ojos hasta sus labios, sintiendo unas ganas locas de besarla. Ella se da cuenta y, tras parpadear un par de veces, sale de su trance.

Da un paso atrás y se seca una lágrima.

- Tengo hambre", dice, y los dos nos reímos, porque es la forma perfecta de romper el ambiente.

- Voy a preparar algo especial para celebrarlo. - Me dirijo a la cocina, pensando ya en la receta de la ensalada de macarrones que tanto desea. Alargo la mano para abrir la nevera y noto que está temblando.

Sé que aún hace falta un análisis de sangre para confirmarlo, pero ya *lo not*o, si es que eso es posible.

La risa que se me escapa es nerviosa y aliviada al mismo tiempo. El calor en mi pecho es algo que nunca había sentido antes. Por primera vez, no me siento sola.

Voy a tener un hijo. Voy a tener un hijo.

Y aunque sólo sea un año, puedo irme feliz, sabiendo que por fin he hecho algo bueno con mi vida.

Olivia



CAPÍTULO DIEZ

Es mi primer día de trabajo desde que hace quince días supimos que la inseminación había ido bien. El análisis de sangre fue igual que el de la farmacia y confieso que esa noche lloré escondida en el baño. Sin embargo, ya se me ha pasado el susto inicial y debería estar rebosante de alegría, tal vez incluso tarareando mientras pongo la cafetera a funcionar. Pero no. Estoy concentrada en no derramar el café caliente sobre los ejecutivos de la empresa ni tropezarme con mis propios pies con la bandeja en las manos.

En casa me volvía loca, pero ahora que he vuelto, me siento fuera de lugar y no sé por qué.

Llevo un mes en total sin trabajar y ya me estaba volviendo loca. En RRHH me han adelantado las vacaciones y me han ingresado algo más de dinero en la cuenta, gracias a Dios. Hasta me llamó el director del banco, el pobre nunca había visto tanto cero en ella desde que la abrí.

Pero, por fin, Ethan estaba tranquilo con la aprobación de la doctora que iba a ocuparse de mis cuidados prenatales, así que pude volver a mi rutina normal. Incluso me dio permiso para ir al gimnasio, lo que hizo que a Ethan casi le diera un infarto, seguro, pero le prometí que sólo haría ejercicio ligero para ayudar a mi estado, después de todo, pronto llevaré un peso extra dentro de mí.

En un gesto inconsciente, me pongo la mano en el estómago y esto me lleva de nuevo a la pregunta que me hago todos los días desde entonces: ¿cómo voy a conseguir no encariñarme emocionalmente con un ser que se va a desarrollar alimentándose de mi cuerpo?

Comienza un murmullo y frunzo el ceño. A estas horas, el silencio es casi absoluto, y aún no todo el mundo está despierto.

Levanto la vista y me doy cuenta.

Ethan Davis.

Ahí está, en el primer piso, donde *nunca* aparece. Podría confundirse con un espejismo si no fuera por su traje impecable, su reloj de lujo y ese aura de alguien que, con sólo respirar, puede decidir el destino de toda una habitación.

Los ojos de todos están puestos en él. Pero poco a poco, esos ojos empiezan a volverse hacia mí, porque esa es la dirección en la que camina y el silencio cae con fuerza, y sé que es porque quieren oír los cotilleos.

- Olivia -me llama, su voz atraviesa el silencio como un cuchillo caliente la mantequilla.

Me quedo paralizada. Y sinceramente, me planteo fingir que no soy Olivia. Quizá me cambie el nombre por Sarah. Sarah parece una buena opción en este momento.

- ¿Sí, Sr. Davis? - Mi voz sale más aguda de lo habitual porque, claro, mi dignidad nunca sale cuando la necesito. - ¿Le traigo un café? - Sonrío alegremente y comienzo a extender una taza en su dirección.

- Después del desastre de la última vez que nos juntamos a tomar un café, creo que será mejor que baje esa arma letal -dice en voz baja y veo un cuello que se acerca.

- Estamos llamando la atención", susurro y él gira el cuello hacia atrás, cogiendo a todos por sorpresa.

El lugar donde preparo mis cafés no es cerrado, sólo un mostrador en la esquina del primer piso, frente a las diversas bahías y paredes de cristal de los jefes de ese sector. En este momento, todo el mundo, literalmente todo el mundo, nos presta atención.

- Venid conmigo", dice con voz más alta.

¡Maldita sea!

Ahora todos los ojos están puestos en mí. Siento que si alguien estornuda, media planta se desmayará de tensión. Me doy la vuelta en el mostrador, me limpio las manos en el delantal y empiezo a seguirle.

- ¿Adónde va? - oigo susurrar a alguien.

- ¿Va a echarla él mismo? - murmura otro.

- Creo que sí, el café estaba realmente horrible.

- Creo que tiene una aventura con él", dice otro.

Perfecto, pienso. Hoy seré el centro de los cotilleos de la empresa.

Entramos en el ascensor privado y el silencio es sofocante. No puedo aguantarlo mucho tiempo.

- Creía que no querías que me vieran contigo -me apoyo en la fría pared y mantengo la mirada al frente, sin establecer contacto visual con él.

Siento su mirada clavada en mí y veo a través de mi visión periférica que sonríe un poco.

- No me importa lo que piensen los demás. Ahora que está confirmado, ya no tenemos ningún motivo para que te quedes en casa.

¿Adónde me lleváis?

No obtengo respuesta y suelto una bocanada de aire de protesta, que él ignora de inmediato. El ascensor se detiene y su mano indicándome que vaya delante me enfurece.

¿Por qué tiene que ser tan considerado y caballeroso cuando estoy enfadada? Como aquel día en el piso, cuando me desperté con los sentimientos a flor de piel y me desahogué con él. En ningún momento recibí un insulto, al contrario, esperó a que me desahogara e incluso se disculpó.

Estoy en grave peligro, lo sé.

- Hola, señorita Moore. - Beth se para detrás de su escritorio y toda la ira se disipa, sonrío ampliamente y camino hacia ella.

- Olivia, Beth. Puedes llamarme Olivia. ¿Cómo se encuentra? ¿Han mejorado tus dolores de espalda?

- Oh, sí, estoy mucho mejor. Fui al pilates que me recomendó tu amiga, me está haciendo milagros. ¡Muchas gracias!

- Estoy muy contenta. - La aprieto en un abrazo.

- ¿Por qué no me dijiste que te dolía algo, Beth? - pregunta Ethan, de pie frente a la puerta con los brazos cruzados y observando nuestra interacción.

- Cualquiera diría que te preocupo. - Ignora el comentario con un gesto.

- Deberías. Sabes que me preocupo por ti. - Me muerdo el labio inferior para darme algo en lo que pensar que no sea Ethan Davis atento a su ayudante.

Suena el teléfono de su mesa y el tema se cierra rápidamente.

- ¿Vamos? - llama con la mano en el pomo de su puerta. Asiento con la cabeza y me acerco. Me detengo y veo expectación en sus ojos, algo que nunca imaginé ver, ya que, por las conversaciones que siempre había oído sobre este hombre, estaba hecho de mármol. - Espero que le guste.

Entra y pasa a mi lado enseguida. Miro alrededor de la enorme sala en la que estuve aquel día y no veo nada diferente, hasta que me doy la vuelta y frunzo el ceño al ver una mesa de madera clara en la esquina a la izquierda de la suya que es tres veces más grande que esta.

- ¿Qué es? - pregunto señalándola.

- Tu mesa.

Suelto una carcajada incrédula.

- ¿Mi qué?

Se cruza de brazos, satisfecho de sí mismo.

- A partir de ahora, trabajas aquí.

- No, no trabajo aquí. - Mi respuesta es instantánea.

- Sí.

- Ethan, no. No quiero privilegios.

- Y no los tendrás. Trabajarás como cualquier otro empleado, pero se te dará una oportunidad.

- ¿Y cómo se supone que voy a hacer café sentado en un escritorio? - Arqueo una ceja, burlándome de él. Entiendo lo que dice, pero no puedo aceptarlo.

Antes de que pueda replicar, la puerta del despacho se abre y Sandra, jefa del equipo de comunicación, entra con la gracia de un vendaval.

- "Ethan, siento haberte hecho esperar", empieza, con la voz llena de falsa dulzura.

Beth se detiene justo detrás con el ceño fruncido.

- Lo siento, señor, no me dio tiempo a avisarle.

La mujer abre la boca para hablar, pero sus ojos se detienen en mí y sus labios se tuercen como si ni siquiera mereciera su atención.

- La próxima vez, espere a que Beth le autorice a entrar, señora Sandra.

- Pensé que, como teníamos una cita, no habría problema.

- No le pagan por encontrar nada. - Se mete las manos en los bolsillos y se vuelve hacia la señora. - Gracias, Beth, ya me encargo yo. - Ella asiente y cierra la puerta.

- ¿Dónde está la persona cualificada para el trabajo que me pediste?

- No recuerdo haberte pedido nada, solo te di una orden.

- Sí, sí, eso es lo que he dicho. - Suelta una sonora carcajada y da unos pasos hacia mí, escrutándome de pies a cabeza. Me paso la mano por el pantalón negro y la blusa negra abotonada. Debería haberme vestido más adecuadamente.

- Te presento a Olivia Moore, licenciada en Comunicación por el Hunter College y candidata al puesto de analista de comunicación interna.

Pongo los ojos en blanco y mantengo la mandíbula apretada para que no me caiga encima.

¿Me está poniendo a trabajar *en mi* campo?

- La gente no se gradúa y salta directamente a un puesto de analista, señor Davis. Necesitan experiencia. Cuando dijo que tenía a alguien para el trabajo, pensé que sería alguien más... cualificado. Especialmente para usted que tiene un nivel tan alto.

Abro la boca para responder, pero Ethan es más rápido.

- Sandra. - Su voz es firme, cortante. - Cuida tu tono. Olivia está aquí porque yo la elegí. Y si quisiera, podría dimitir ahora mismo.

Se le cae la mandíbula. Es casi cómico, pero estoy demasiado ocupado intentando no explotar.

- Lo comprendo.

- De acuerdo. Pásate por RRHH para ultimar el traslado de Olivia y pide al equipo informático que genere un correo electrónico para ella.

- Ese no es mi trabajo.

- Lo es ahora. - Esboza una sonrisa malvada y me doy cuenta de por qué Ethan Davis es conocido como despiadado en el mundo empresarial. - Envía el trabajo de Olivia.

- Tendré que ver qué mesa ocupará y...

- Trabajará conmigo -señala la nueva mesa, justo detrás de la mía-. - Hemos terminado aquí. Gracias.

Mientras se marcha, cierro los ojos, intentando controlar la respiración.

- Si ibas a tomar tú todas las decisiones, ¿por qué la has llamado?

- Pensé que sería necesario, pero acabo de replantearme si mereces seguir trabajando para mi empresa. - Se da la vuelta y retira su propia silla.

- No tenías por qué decir eso -digo finalmente, con la voz baja, aún procesando lo que siento.

Me mira fijamente, y la intensidad de sus ojos me pilla desprevenida.

- No toleraré que nadie te falte al respeto. - Su voz también es baja, pero completamente decidida.

Debería seguir enfadada. Querría estarlo. Pero nunca nadie me había defendido así.

- Gracias -murmuro, con un ligero calor en el pecho. Pero me recuerdo a mí misma: lo hace por el contrato, nada más.

Aun así, mientras giro sobre mis propios pies y me acomodo detrás de mi nuevo escritorio, no puedo evitar la pequeña sonrisa que aparece en la comisura de mis labios. Tal vez, sólo tal vez, no sea tan malo.



CAPÍTULO ONCE

Me hormiguea la nuca mientras intento concentrarme en la conversación que tiene lugar alrededor de la gran mesa de la sala de reuniones. Me froto las sienes intentando que desaparezca el dolor de cabeza, o al menos disminuirlo, pero ni siquiera la medicación lo está consiguiendo hoy.

- ¿Qué le parece? - me pregunta el jefe de operaciones de construcción del centro comercial, y paso mis rápidos ojos por el expediente que se está debatiendo en la pantalla plana situada a un lado de la sala.

- Los temas son congruentes, pero siento curiosidad por el hecho de que el calendario de obras vaya con retraso. ¿Hay algo que deba saber, señorita Carter? - Entrelazo los dedos y me inclino hacia delante.

En momentos como éste me doy cuenta de que nací para eso. Mi sangre late mientras analizo cada detalle. Y aunque mi

campo es la tecnología, no se me escapa ni un detalle cuando hago una inversión inmobiliaria, sobre todo una tan grande como esta.

Otra imagen se proyecta en la pantalla y, mientras paso los ojos por el informe, mi dolor de cabeza se intensifica.

¡Joder!

- ¿Me estás diciendo que la construcción se retrasa porque subestimaste el impacto de las condiciones del suelo? - Levanto las dos cejas, la ira aflorando a la superficie.

- Por desgracia, sí, señor Davis. El suelo del emplazamiento es más inestable de lo que indicaban los estudios iniciales. Tenemos que reforzar la base, lo que podría llevar al menos otras tres semanas y costar un quince por ciento más. Pero ya hemos empezado a trabajar y vamos a solucionar este problema lo antes posible.

- Me alegraría más si este problema no existiera porque habéis hecho bien vuestro maldito trabajo desde el principio. ¿Dónde está el plan de contingencias?

- Nuestro plan de contingencia preveía un margen de retraso, pero no esperábamos que la zona necesitara refuerzos tan grandes. Podríamos acelerar el trabajo contratando a un equipo especializado, pero eso aumentaría los costes un veinte por ciento.

- ¿Más costes? - mi voz suena más aguda de lo que pretendía. Respiro hondo e intento contener mi frustración. - Señorita Carter, este no es un trabajo cualquiera. Este centro comercial no es sólo un proyecto; es un escaparate de lo que representa Davis Co. Ventures. Innovación, eficiencia, excelencia. No podemos darnos el lujo de parecer aficionados.

Ella aparta la mirada, claramente incómoda, pero antes de que pueda ir más lejos, mi móvil vibra y cuando miro, hay un mensaje de mi chófer.

Henry> He traído a la señorita Moore al hospital. Pensé que le gustaría saberlo.

¿Al hospital? Un escalofrío me recorre la espalda y, sin pensármelo dos veces, me levanto bruscamente.

- Se levanta la sesión. Tiene hasta el fin de semana para mostrarme soluciones en lugar de problemas. Este centro comercial abrirá dentro de siete meses y no quiero despedir a ninguno de ustedes por no cumplir mi plazo. Haced vuestro trabajo.

El silencio es ensordecedor y las miradas incrédulas me siguen mientras cruzo la habitación para llegar a la puerta de mi despacho. Joder, nunca he hecho esto antes, no me importa lo que piensen los demás. Antes vivía para trabajar y nunca lo ocultaba, pero desde que Olivia Moore entró en mi vida, he descubierto que tengo otra razón para vivir. Al menos por el tiempo que me queda.

Fuera, ya estoy llamando a Olivia. No contesta, así que paso al siguiente contacto. - ¿Henry?

- Señor - contesta al primer timbrazo.

- ¿Se encuentra bien? - pregunto, temeroso de su respuesta.

- No lo sé. Me pidió que esperara en el coche, pero no me dijo qué iba a hacer cuando se lo pregunté.

- Ya me enteraré. Lo averiguaré. Lo averiguaré. Gracias. - Termino la llamada aún más frustrado. Llamo a su número de marcación rápida y, por suerte para ella y para la vena de mi frente que parece a punto de estallar, no tarda en coger el teléfono.

- ¿Ethan?

- ¿En qué hospital estás? ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

Se ríe. La mujer tiene el descaro de reírse mientras mi corazón está a punto de explotar.

- Henry es un exagerado. Sólo he venido a hacerme un análisis de sangre que me ha pedido el médico y a reservar la ecografía para mañana. Estoy bien, tranquila. - Su tono de voz es tan ligero que hace que mis hombros se relajen al instante.

- ¿Mañana? - Mi voz es una mezcla de alivio y confusión.

- Sí, mañana será la primera vez que veamos a nuestro bebé.

La alegría que veo en su voz es contagiosa, pero también me pilla desprevenida. *Nuestro bebé.* Estas palabras se arremolinan en mi mente mientras intento recomponerme.

La Ethan de hace unas semanas le habría recordado la cláusula del contrato que estipula que no tiene ningún vínculo con el niño que lleva en su vientre, pero mi *yo de* ahora solo puede sentir un cosquilleo en el pecho al oír la palabra *nuestro.*

- De acuerdo", respondo, intentando parecer tranquila, pero mi mente ya está en otra parte, ansiosa como nunca por el día de mañana.

Paso el resto del día en piloto automático. Olivia y el bebé son lo único en lo que pienso. En mañana. Voy a ver a mi hijo o hija por primera vez. La realidad de esto me golpea más fuerte que cualquier reunión o decisión de negocios.

Cuando llego a casa, un olor extraño invade mis fosas nasales. No es malo... pero tampoco es bueno. Entro en la cocina y me encuentro a Olivia, con un delantal mucho más grande que ella, una expresión concentrada y una cuchara en la mano.

- ¿Estás cocinando? - pregunto, dejando el maletín sobre la isla e intentando ocultar mi sonrisa mientras me quito la parte de arriba del traje.

- Lo intento. - responde ella, ofreciéndome la cuchara. - Lo he hecho para ti, creo que está delicioso. - Me acerco a ella y me remango la camisa.

Me inclino y pruebo algo marrón en la cuchara, pero no puedo detectar lo que es. Inmediatamente, me lloran los ojos, pero mantengo la compostura.

- Está... - *Demasiado salado*. - Delicioso.

Ella entrecierra los ojos, dándose cuenta de la mentira, y se lleva la cuchara a la boca, luego la escupe.

- Dios mío, ¿cómo he podido equivocarme tanto con la sal?

- Pues sí. Pero no es para tanto -le digo, esperando que no me crea-. Tendremos que cenar con dos litros de agua cada uno para poder comer esto.

- Mientes fatal, Ethan. Tiremos esto antes de que nos haga daño.

Riéndonos, nos dirigimos juntos al fregadero. Olivia intenta sujetar el plato y la sartén al mismo tiempo, lo coloca sobre la piedra de mármol, pero resbala en un charco de agua.

- ¡Olivia! - La agarro antes de que caiga y la acerco.

Nuestros rostros quedan a escasos centímetros y, por un momento, todo se detiene. Como si el mundo fuera sólo nuestro. Mis ojos se posan en sus labios rojos, carnosos y apetecibles. Sin pensar en las consecuencias, hago lo que quería hacer desde que la vi en el salón de mi casa.

La beso.

Saboreo su sabor con calma, como si nada en el mundo importara más allá de este momento. Retiro las manos de sus brazos y las coloco en la base de su columna, estrechándola contra mí, y con la otra enredo los mechones de su pelo hasta sujetar su nuca y giro la posición de su cabeza para poder profundizar aún más el contacto.

Es un beso suave pero intenso. Sus labios son exactamente como los había imaginado, cálidos, suaves y deliciosos, y por un momento siento una plenitud que nunca antes había experimentado.

Pero entonces la realidad me golpea como una ola helada. Me alejo rápidamente, con la respiración agitada.

No puedes hacerle esto.

- Lo siento, no sé qué me ha pasado. - Me paso la mano por el pelo, tirando de los mechones, intentando apartar la atención del dolor que me desgarra el corazón.

- Yo... -Intenta hablar, pero la interrumpo.

- Ha sido un error. - Mi voz es baja pero firme.

Su expresión pasa de la sorpresa a algo que no puedo identificar.

- Ethan...

- No. - Levanto la mano, interrumpiéndola. - Lo siento, Ethan. Esto no puede volver a ocurrir. - Recojo mi maletín y mi traje y me alejo antes de que pueda decir nada más.

No miro atrás y la dejo sola. Corro como un maldito cobarde hasta que estoy en la protección de mi habitación.

Me apoyo en la pared y respiro hondo, intentando contener la tormenta que llevo dentro. No puedo encariñarme. No puedo darle esperanzas. Olivia se merece un futuro brillante, y todo lo que puedo ofrecerle es un adiós inminente.

Se merece a alguien mejor que una bomba de relojería como yo.

Olivia



CAPÍTULO DOCE

Me muerdo la cutícula del pulgar, mirando el paisaje borroso del exterior del coche. Ni siquiera el día de la intervención estaba así de nerviosa. Se mueve en el asiento de al lado y me recuerda por qué no podía dormir por las noches.

Su mano me sujeta, sus suaves labios se mueven contra los míos, su lengua baila dentro de mi boca.

- Olivia, ¿va todo bien? - Ensancho los ojos y giro la cabeza hacia ella.

- Sí, ¿por qué?

- Has jadeado, creía que te dolía algo.

Aprieto los labios y sus iris se iluminan como si comprendiera lo que está pasando dentro de mí.

- Estoy bien, gracias.

Vuelvo a apartar la mirada, sabiendo que no puedo mirarle mucho tiempo sin saltar a su regazo y pedirle más.

Dios, qué patética soy.

Ha dicho que no. Dijo que era un error. Y aún así sigo aquí jadeando por él. ¿Qué clase de masoquista soy?

Sacudo la cabeza para despejarla del ayer y centrarme en el presente. Me pongo las dos manos en la barriga y pienso en lo bueno que está por venir. Hoy veremos al bebé y estoy tan emocionada como si fuera mío...

Sacudo la cabeza para que mi mente no siga por ese camino. No puedo tratar al niño que llevo en el vientre como si fuera una pieza de equipo. Sé que el contrato dice que no puedo encariñarme, pero ya me ocuparé de ello cuando llegue el momento. Mientras el bebé esté dentro de mí, es mío y al diablo con toda esa letra pequeña.

El movimiento a mi lado me llama la atención y giro la cabeza para ver cómo se quita la corbata tras un largo suspiro.

- ¿Estás nerviosa?

- No voy a mentir, estoy más ansiosa que nunca en mi vida. - Gira el cuello hasta que nuestras miradas se cruzan y trago saliva cuando vuelvo a sentir el impulso de besarlo.

¿Por qué se ha apartado? No soy el tipo de mujer que piensa que cada beso es una promesa, pero ese... parecía serlo. ¿Y ahora? Ahora se comporta como si nada hubiera pasado.

Sé que es lo correcto, después de todo, aparte del hecho de que me contrataron para dar a luz a su hijo, es mi jefe. Estos argumentos son más que suficientes para alejar las mariposas que bailan en mi estómago desde que me tocó, pero ¿quién dice que soy racional?

- Todo va a salir bien. - Alargo la mano y aprieto sus dedos, que están apoyados en el banco que nos separa.

Su sonrisa no llega a sus ojos y sé que es mi señal para distanciarme. Finalmente, Henry aparca en uno de los espacios cercanos a la entrada de la clínica y yo abro la puerta sin esperar a que nadie lo haga, lo que hace que los dos hombres resoplen.

- No soy una doncella del siglo XIX, asúmelo. - Me encojo de hombros, agarro la correa del pequeño bolso donde llevo el móvil y me dirijo a recepción, sintiendo la presencia de Ethan justo detrás de mí.

Es como si mi cuerpo lo reconociera, lo cual es una locura porque, aparte del beso de ayer, nunca hemos tenido más que conversaciones al azar. Necesito un novio, eso es todo. Soy extremadamente necesitada y vivir con un hombre tan guapo no me ayuda en absoluto.

Entramos juntos y la recepcionista nos dirige a la sala de espera. Todo parece pasar a cámara lenta mientras espero a que digan mi nombre. Ethan está a mi lado, pero no dice nada. Tiene las manos cruzadas sobre el regazo y sus hombros rígidos denotan el nerviosismo del que hablaba antes.

Por fin aparece una enfermera y nos llama. Cuando entramos en la sala de reconocimiento, me invade una mezcla de ansiedad y excitación. Me tumbo en la camilla y el médico sonríe amablemente. - Vamos a ver al bebé, mamá. ¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio para contener las emociones que amenazan con desbordarse.

Después de perder a mis padres, no tuve tiempo de planear una familia; de hecho, esa parte de mi futuro estaba guardada en una cajita. Me dolía pensar en estar embarazada y no tener a mi madre para compartir el momento.

Se sentiría decepcionada. Parpadeo para ahuyentar las lágrimas y, por suerte, la pantalla situada junto a la camilla cobra vida, robándome la atención. La luz de la habitación se apaga casi por completo y el gran televisor de la pared frente a mí refleja la

misma imagen que el ordenador. Un borrón negro casi imperceptible a la vista, pero mi corazón parece ver el contorno perfecto del bebé.

- Es tan pequeño", susurro con los ojos vidriosos.

- ¿Cómo puedes ver algo ahí? - me dice Ethan en voz baja cerca del oído, como si se avergonzara del médico por no ver a su propio hijo.

- Es el principio del embarazo, así que es normal no tener una visión completa -explica el médico, moviendo el cursor y colocándolo junto al puntito negro que está creciendo dentro de mí-. - Pero aquí está, y aquí...

El sonido de un latido llena la habitación. Es rápido y constante, casi como un tambor. Se me aprieta el corazón mientras miro fijamente la pantalla, como si la viera entera.

- Esto es... - La voz de Ethan se entrecorta y, cuando tarda en continuar, giro el cuello para encontrarme con sus ojos. Abro la mano que tengo junto al cuerpo en una invitación que él acepta de buen grado.

- Este es su corazoncito -le explico ante el médico.

- É... increíble. - Se lleva la mano libre a la cara y noto que está llorando, aunque se esfuerza por no hacerlo.

El doctor hace unas capturas de pantalla, le pide a su ayudante que anote algunas medidas y se levanta.

- Les voy a dar un minuto para que disfruten de este sonido y volveré pronto para terminar.

Ni siquiera miramos en su dirección. Me mira fijamente, de forma intensa y concentrada, y yo frunzo el ceño.

- ¿Va todo bien? - pregunto en voz baja, preocupada.

- Estoy bien -dice simplemente y me doy cuenta de que se está acercando.

- No quiero que te alejes -le digo y lo veo dudar.

- Olivia, ayer...

- No hace falta que hablemos de lo que pasó. Solo quiero que nuestra relación sea buena, sin que nos evitemos. Sé que no soy rival para ti en cuanto a estatus social ni nada de eso, pero...

- No tiene nada que ver con el dinero - se queja y se levanta. - Es sólo que una relación entre nosotros es imposible.

- Eso ya lo sé. - Trago saliva e intento cambiar el enfoque. - ¿Estás contenta de escuchar al bebé?

- Muy contento. - Su sonrisa se ensancha - Gracias, Olivia. Por hacer esto por mí y por... por todo.

Me coge la mano suavemente y me besa el dorso. Es un gesto sencillo, pero tiene tanto significado que casi me hace llorar a mí también, pero respiro hondo y sonrío.

- Estoy feliz de participar contigo en esta realización. Este bebé tiene mucha suerte de tenerte como padre.

- Y yo tengo suerte de tenerte a ti.

Las palabras "*tenerte*" remueven algo muy dentro de mí. Nunca he querido pertenecer a nadie, pero me encuentro queriendo formar parte de esta familia, de la manera más elocuente.

- Yo... -No puedo terminar la frase, inclina su cuerpo sobre el mío y nuestros labios se entrelazan lentamente. Este beso es diferente al de ayer. No es impulsivo ni está lleno de deseo. Es tranquilo, profundo y con una gratitud que me parte por la mitad.

No quiero sentir lástima por él, lo quiero. Quiero amor. Y darme cuenta de que no lo tendré me destroza.

Cuando se aleja, siento un nudo en la garganta.

- "Ethan...", digo en voz baja, casi inaudible.

- Lo siento", dice rápidamente, con una expresión más vulnerable que nunca.

Esta vez soy yo quien se echa hacia atrás. Le pongo la mano en el pecho y lo alejo, intentando ordenar mis pensamientos y mis emociones. No puedo permitir que esto vuelva a ocurrir. No puedo

permitirme sentir nada por él más allá de lo ya acordado, porque sé que la disculpa siempre estará ahí.

- "Llama al doctor y dile que estamos listos para terminar el examen", le digo, forzando una sonrisa.

- Olivia...

- Sólo... hazlo, por favor -le pido con la última pizca de control que tengo y él asiente, dándose cuenta de que estoy nerviosa.

Sale de la habitación en silencio y yo cierro los ojos, aún escuchando el sonido más increíble del mundo.

¿Cómo puedo proteger mi corazón durante los próximos meses? Y lo peor, ¿qué haré después, cuando ya no pueda formar parte de sus vidas?

Te has metido en un buen lío, Olivia.



CAPÍTULO TRES

La oigo pasar detrás de mí por cuarta vez antes de que deje de pasearse y arrastre el taburete para sentarse.

- ¿Quieres decirme por qué estás tan alterada? - pregunto, aún de espaldas, fregando la ensalada en el fregadero.

- Hace siglos que no veo a Amalia. Y a Otávio no le caigo muy bien, así que no sé si fue buena idea invitarla aquí. Y si...

- No eres alguien que piense mucho en los "y si" de la vida. - Me lavo las manos y me giro hacia él. - Mucho menos un pesimista. Al contrario, incluso con todo lo que has pasado en la vida, siempre tienes esa esperanza en los ojos, viendo el vaso medio lleno en todos los sentidos. - Le tiendo la mano, me inclino hacia él y le miro profundamente a los ojos. - No seas pesimista, todo saldrá bien. Sólo el hecho de que no seas tú quien cocine ya es una victoria.

- Qué tonto eres. - Pone los ojos en blanco, pero consigo mi objetivo, porque en lugar de las finas arrugas de sus labios, una gran sonrisa se extiende por ellos. - Tengo que hacer algo o me voy a volver loca.

- De acuerdo. - Sacudo la cabeza, pensando en otra cosa que no sea la cocina. En todo el tiempo que llevamos viviendo juntos, ha quedado claro que Olivia no nació para cocinar. - Asegúrate de que todo está en orden en la mesa.

Vuelve la vista hacia la enorme mesa de comedor puesta para cuatro y arruga la nariz.

- Eso ya lo has hecho.

- Pero lo he hecho a la carrera, así que sal ahí fuera y añade tu toque femenino que ha estado marcando la diferencia en esta casa -le digo con total sinceridad.

Se le ilumina la cara y salta del taburete, lo que casi me provoca un infarto.

- Tranquilo, Ethan, ya te he dicho que aquí está muy segura. - Suelta una carcajada al verme la cara.

Desliza la mano por su redonda barriga de cuatro meses y mi corazón se infla, como cada vez que la miro. Y también mis ganas de besarla.

Joder, es como si me fuera a consumir por no estar con ella. Sin embargo, esta vez ha sido la propia Olivia la que ha subido la barrera. Después del beso en la sala de ecografías, ella cambió. No de la forma estúpida en que yo actué después de nuestro beso, fue un cambio sutil, pero sucedió.

Creamos un vínculo de amistad que nunca antes había tenido. Estoy deseando llegar a casa, cocinar para los dos y ver una serie de televisión. Ella siempre elige, claro, pero se ha convertido en mi parte favorita del día. Aunque siempre me apetece, nunca he cruzado la línea invisible que ella ha marcado. Y no puedo culparla. Fui yo quien la besó dos veces y se disculpó después. Merezco el castigo que experimento cada día.

Sobre todo hoy, que lleva un vestido ajustado que le llega hasta la mitad de la espinilla. Su cuerpo es aún más curvilíneo, y si antes me parecía guapa y sexy, ahora Olivia Moore me mata.

Cambio la función del horno y pongo el temporizador en treinta minutos, dejando que las paletas de cordero se doren. Si son puntuales, será el tiempo justo para comer los entrantes que he preparado y montar el plato principal.

Oigo un ruido metálico y alzo los ojos, luego los cierro de golpe.

- ¿Qué haces?

- Comprobando los cubiertos.

- ¿Comprobando los tenedores? - repito, conteniendo la risa porque tiene dos tenedores en la mano y los mira fijamente. - ¿Qué hay que comprobar exactamente? Son puntiagudos y metálicos. Misión cumplida.

Se detiene y suelta un suspiro dramático.

- No entiendes, Ethan. Otavio nota estas cosas. Si un tenedor está desalineado o, no sé, tiene una huella dactilar, lo comentará.

- Entonces escondamos los tenedores y sirvamos la comida con cucharas de madera.

Olivia me mira como si hubiera perdido la cordura.

- No voy a servir la comida con una cuchara de madera, Ethan.

- Por supuesto. Porque sería la mayor tragedia de la noche.

Pone los ojos en blanco, pero consigo arrancarle una carcajada, lo que considero una victoria.

- Me estás molestando a propósito. Y puedes dejarlo. Hacerte el gracioso no va contigo.

- Intento evitar que tengas un ataque de nervios por los cubiertos. Y, no estoy de acuerdo, creo que la diversión me sienta muy bien, sí. - Ella vuelve a poner los ojos en blanco, obviamente no

está de acuerdo, pero se olvida de la tarea de los cubiertos y vuelve a la encimera de la isla, pero dos segundos después está de nuevo fuera del taburete, volviendo a la mesa.

- Olivia, para.

- No puedo. Aún tengo que comprobar que el mantel está recto y...

- Ya basta. - Me quito el delantal y me acerco a ella, sujetándola por los hombros. - No van a medir su toalla con una regla ni a escanear sus tenedores. Van a comer, hablar e irse. Ya está.

Ella suspira, pero no discute.

- Tiene razón.

- ¿Quieres contarme cómo os conocisteis? - La levanto con cuidado, haciendo que se siente. Cojo dos vasos del armario, lleno el mío de vino tinto y otro de zumo de uva para ella.

- Fuimos al mismo colegio. Era la hija de uno de mis profesores. Todo el mundo la excluía porque estaba becada, pero a mí me caía muy bien y nunca me importó la opinión de los demás. Cuando mi vida se vino abajo, ella fue la única que estuvo a mi lado.

- ¿Y por qué ya no estáis tan unidas? - Levanto una ceja. - Lo digo porque en todos estos meses no la has mencionado más de dos veces. Oigo hablar más de la Taylor que conociste hace poco que de ella.

- Su marido me odia.

- Es imposible que alguien te odie -digo lo obvio, pero ella aparta la mirada como si no me creyera.

- Tiene dinero y empezó a odiarme cuando mi situación económica se volvió, cómo decirlo, difícil -ella fuerza una sonrisa-.

- Así que es más gilipollas de lo que pensaba.

En ese momento suena el timbre.

- De acuerdo, si hace algún comentario, ignóralo.

- Prometo mantener la calma, pero no puedo prometer dejarle la cara intacta si eso ocurre.

- ¡Ethan! - se queja, dirigiéndose a la puerta.

Amalia entra en la habitación sonriendo genuinamente, mientras Otávio mira cada rincón de forma crítica, lo que me irrita al instante.

- Estás preciosa, Olivia -comenta Amalia y siento la verdad en sus palabras, los hombros de Olivia están relajados, hasta que el idiota abre la boca.

- Para ser alguien que mendigaba refugio en mi sofá hace unos días, tu vida ha avanzado mucho, Olivia. Es como si te hubiera tocado la lotería -se burla y me tiende una mano-. - Déjame adivinar, tu apellido es lotería, ¿me equivoco?

- No, mi apellido es educación, y por eso te voy a advertir antes, si le faltas al respeto a mi mujer, te vas a llevar un buen puñetazo en la cara.

- Está bromeando. - Olivia interfiere y yo le enarco las dos cejas, que esboza una sonrisa forzada, sin el pavoneo de hace unos minutos. - Bienvenida. Sentémonos y la cena estará lista.

- Sí, espero que os guste el cordero -digo y vuelvo a la cocina mientras Olivia los acomoda y sirve las copas de vino. Cojo la tabla de embutidos con el queso brie y el antipasto de berenjena, lo dejo sobre la mesa y escucho a Amalia preguntar por el bebé.

Como los platos ya estaban medio listos, pongo la carne sobre el puré de calabaza, lo rocío con la salsa de champiñones y lo adorno con romero.

Perfecto.

Con lo bonito que es el plato, sólo lo hice para Olivia, que lo devoró en minutos la primera vez que se lo preparé.

Lo pongo delante de todos y me siento frente a Olivia.

- ¿Lo has cocinado tú? - Olivia rompe a llorar por mi comida y veo la rabia con que el hombre la mira.

- Cualquier cosa con tal de hacerla feliz. - Le beso la mano y se atraganta.

- No tienes que fingir por los dos. Sabemos que todo es una farsa y que sólo le estás dando dinero para que lleve a tu hijo.

La ira me invade como un tsunami.

- ¡Otávio! - regaña su mujer. - Lo siento, Olivia -le digo-, porque no guardamos secretos, pero no hay razón para que nos incomoden así. - Se vuelve hacia su marido. - No tenemos nada que ver con su vida.

- Sí, Otavio, no es ningún secreto que pagué a Olivia para que diera a luz a mi hijo, pero no vive conmigo por eso. Podría tenerla en cualquier piso. Ella está aquí ahora en esta mesa, dándote la bienvenida a este piso, porque es la mujer más increíble que he conocido en mi vida. Ella ha iluminado no sólo mi vida, sino también mi casa. Así que sí, tenemos un acuerdo, pero era sólo una forma de conocerla. Mi relación personal con ella no tiene nada que ver con el dinero.

La tensión no se disuelve, ni siquiera cuando las dos cambian de tema y hablan de la vida. Amália dice que sigue intentando quedarse embarazada, pero que Dios sabe cuándo será el momento adecuado. Espero a que Otavio haga algo gracioso para echarlo del piso, pero desgraciadamente no lo hace.

Ni siquiera sirvo el postre. Amalia dice que tienen que irse y los hombros de Olivia sólo se relajan cuando el ascensor se cierra, llevándoselos. Se desploma en el sofá, dejando escapar un largo suspiro.

- Siento todo lo de hoy, sobre todo haberte hecho mentir.

- No mentí", le digo y me siento a su lado. - Eres increíble, Olivia. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario. Todo lo que he dicho es real. Puede que tengamos un contrato, pero nuestra relación no tiene nada que ver.

- Ojalá pudiera creerlo. - Separa nuestras manos sin mirarme a los ojos. - Buenas noches, Ethan.

Debería ir tras ella. Besarla y decirle lo que siento, pero no puedo.

Oigo el portazo de su habitación y dejo que mi cabeza descanse en el respaldo del sofá.

Es mejor así.



CAPÍTULO XIV

Entro en la habitación con el corazón encogido y cierro la puerta tras de mí. El silencio me envuelve como una manta fría, y por un momento me quedo mirando la cama perfectamente ordenada que había dejado sin hacer antes. Incluso Ethan se las arregla para acercarse sigilosamente a mí. Somos opuestos hasta en eso. Me pongo una sudadera cómoda y me acerco a la ventana, intentando calmar el desorden de mi cabeza.

La ciudad brilla en el exterior, indiferente a las turbulencias de mi mundo. Apoyo la frente en el cristal, el frío contra mi piel caliente me reconforta un poco, y mi mano se desliza automáticamente hacia abajo para acariciarme el vientre.

- Hola, cariño", susurro en voz baja. - Parece que a tu madre se le da bien complicar las cosas, ¿verdad?

¿Mami?" Mi corazón se rompe aún más por no haber oído nunca esa palabra de la boquita del bebé.

Estoy hecha un lío de sentimientos, pero la confusión es la ganadora en este momento. Estos últimos meses han sido una montaña rusa. Antes, sólo quería sobrevivir, encontrar la manera de mantenerme. Ahora... ahora, todo es diferente. Me envía mensajes contradictorios todo el tiempo como si yo le gustara, pero las palabras de hace meses, cuando dijo que había sido un error y que no volvería a ocurrir, siempre gritan más fuerte que mis dulces ilusiones.

El sonido de un suave golpe en la puerta me hace girarme.

- Olivia, ¿puedo pasar? - la voz de Ethan suena desde el otro lado, vacilante pero firme.

Me gustaría poder decir que no, pero no puedo.

- Por supuesto.

Entra, más vulnerable que nunca. Tiene las manos metidas en los bolsillos y los hombros tensos, como si cargara con el peso del mundo.

- No puedo dejarte dormir sin antes decirte algo -comienza , deteniéndose en medio de la habitación. - Odio saber que fui yo quien puso ese dolor en tus ojos.

- Puedes dormir tranquila, no fuiste tú.

He sido yo.

Deja escapar un pesado suspiro y se pasa una mano por el pelo, el gesto desestructurado lo hace aún más humano que el imponente e implacable hombre de negocios que veo todos los días en la oficina.

- Se me da fatal abrirme a la gente, Olivia. Siempre lo he sido. Crecí sin saber cómo confiar, cómo conectar de verdad. Pero... contigo, es diferente.

Mi respiración se detiene por un momento y siento una opresión en el pecho.

No preguntes. No preguntes. No...

- ¿Por qué es diferente?

Se acerca un paso, sus ojos se clavan en los míos, la intensidad arde entre nosotros.

- Como si fueras la única persona que puede ver más allá de la fachada, más allá de lo que quiero que los demás vean. Lo que he ocultado al mundo durante todos estos años.

Tengo la garganta seca, pero consigo susurrar:

- Ethan, sólo quiero que seas sincero conmigo. ¿Por qué estás aquí?

Duda un segundo antes de acortar la distancia que nos separa.

- Me gustas, Olivia. Más de lo que debería, porque desde el principio te dije que entre nosotros no podía pasar nada. Y eso es lo que me hace estar tan... tan perdido.

- ¿Es por el contrato?

- Es mucho más complejo de lo que crees. Yo soy el problema, no tú.

- ¿En serio? ¿Vas a usar un cliché como ese conmigo? Esperaba más de ti. - Chasqueo la lengua en tu dirección.

- No es una excusa, Olivia. No me van las relaciones.

- Escucha - doy un paso hacia ti. - No te pido una promesa, ni siquiera un futuro, sé que no lo habría entre nosotros, pero me gustas. Sólo quería disfrutar del momento. Cuando nazca el bebé, cada uno seguirá su camino. - Intento parecer indiferente, pero decir estas palabras es como recibir una puñalada en el pecho.

- Te mereces más. - Las palabras salen de él llenas de dolor.

- Ya soy una mujer adulta, debo saber lo que merezco. - Me enfado y estoy a punto de soltar más insultos cuando me atrae hacia sus brazos y me besa.

Mi mundo se detiene literalmente.

Esta vez no hay agradecimiento. Es intenso, pero lento y delicioso.

Apoyo las manos en sus hombros y me inclino para que profundice aún más el beso.

No quiero que termine, porque sé lo que va a pasar después, pero se me acaba el aliento sin que pueda prolongarlo más. Nos separamos completamente sin aliento.

- Ahora es cuando te disculpas y te vas -susurro con los ojos cerrados, a punto de caer.

- No me voy. Si en realidad no buscas un compromiso serio, yo también lo quiero.

- ¿Ah, sí? - Abro mucho los ojos y lo miro sorprendida.

Se extiende una sonrisa tímida que nunca antes había visto en él y me doy cuenta de que incluso puedo intentar engañarle, pero es inútil mentirme a mí misma. Estoy enamorada de Ethan Davis. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

- Creo que es mejor que te lo enseñe en vez de decírtelo. - Desliza las manos por mi espalda y, cuando llega a mis muslos, me empuja. Rodeo sus caderas con las piernas y busco de nuevo su boca. Sigo esperando la suave sábana a mi espalda, pero me sorprende saliendo al pasillo.

- Creía que íbamos...

- Vámonos. - Algo brilla en sus ojos y mi interior se retuerce. - Pero te quiero en mi cama.

- Sí, señor -me burlo, sonriendo.

Al contrario de lo que pensaba, Ethan no puede mantener el control durante mucho tiempo. En cuanto me quita el vestido, se zambulle directamente en mí. Su lengua se apodera de mi boca, sus manos se apoderan de mi cuerpo y su miembro me roza el muslo.

- Por favor, Ethan, te necesito -suplico, cogiendo aire con dificultad después de que su dedo encuentre mi clítoris.

- Quiero disfrutar de cada segundo, Olivia. Lo... necesito.

Su tono es tan desesperado como el mío. Arqueo la espalda, sintiendo su cálido aliento en el punto más palpitante de mi cuerpo.

- ¿Estás segura de que no le harás daño al bebé? - Sus cejas juntas mientras mira fijamente mi vientre prominente hacen que mi corazón se desplome un poco más por él. Si es que eso es posible.

- Le pregunté a la doctora y me aseguró que el bebé está muy bien protegido y no sabrá lo que estamos haciendo.

- Aun así, es mejor asegurarse. - Se estira un poco más y acerca su boca a mi ombligo como si fuera un portal para hablar con su hijo. - *Hola, mi amorcito, vas a sentir algunos temblores, pero quiero que te tapes los oídos y duermas un rato. Es sólo una pequeña broma entre papá y mamá. Puede que no sea tan corta, pero sé que te quedarás ahí hasta que acabemos.*

- Qué tonto eres, Ethan. - Sonrío, intentando ocultar mis ojos llorosos por lo tierno del momento y, sobre todo, por la forma en que me has llamado y, sinceramente, creo que ni siquiera te has dado cuenta cuando he dicho mamá y papá.

- Voy a ponerme muy seria ahora, entonces. - Promételo todo y cumple el doble.

Jadeo ante su lengua que me lame lentamente. Sus dedos se juntan para volverme loca mientras sigue saboreándome, como si yo fuera la cosa más deliciosa del mundo. No tardo en caer en el abismo por primera vez, lo cual no es sorprendente, ya que hace más de un año que no tengo relaciones sexuales.

- Ahora... puedes... venir aquí y...

- Tus deseos son órdenes. - Me besa la punta de la nariz después de subirse encima de mí y me sujeta las rodillas a la cama mientras empuja centímetro a centímetro dentro de mí.

- ¡Joder! Me aprietas demasiado", murmura entre jadeos.

- ¿Es eso un problema?

- Al contrario, es como entrar en el paraíso, pequeña. - La idea es hacer una broma sobre el bonito apodo que me acaba de poner, pero no tengo tiempo, ha terminado de entrar, abriendo todas las paredes, físicas y las que aún quedan de mi corazón.

- Hazme tuya.

No necesito pedírselo más de una vez. Él acelera y yo me entrego por completo, arañando su espalda y gimiendo con cada nuevo encuentro de nuestros cuerpos.

Cuando llegamos al clímax, sólo estoy segura de una cosa: mi vida nunca volverá a ser la misma.



CAPÍTULO QUINCE

- ¿Y si no le gusto?

- Ya lo he dicho, pero lo repetiré: es imposible que no le gustes a alguien. Si eso ocurre, es la persona la que tiene problemas, no tú. - Cojo la mano que tamborilea sin parar sobre mis muslos y la levanto, dándole un suave beso en el dorso.

Aparto la mirada de su sonrisa y devuelvo mi atención a la carretera. He despedido a Henry y hoy solo estamos ella y yo.

- Tú lo has dicho, tía, pero ¿es por parte materna o paterna? - Es una pregunta inocente, pero me estremezco igualmente.

Después de lo que compartimos ayer, no tiene sentido ocultar información sobre mi pasado.

- Era hermana de mi madre, pero la diferencia de edad era grande, porque cuando nació mi madre, la tía Mabel ya tenía casi veinte años.

- Menuda diferencia", dice pensativa. - "Y ella fue la que te crió después de..." Traga saliva.

- "No. - Me inclino suavemente y respiro hondo. - Trabajaba en Londres, venía a visitarnos en Navidad y mi madre fingía que éramos una familia perfecta. Cuando murieron, falsifiqué su firma en el contrato de alquiler para quedarme en el piso de mis padres y para el funeral, trabajé lavando coches en el barrio y, cuando cumplí dieciséis años, fui a la oficina de Arnold a pedir ayuda para emanciparme. Mi tía no se enteró hasta años después, cuando se jubiló y volvió a Nueva York.

- Creía que mi adolescencia había sido difícil, pero me doy cuenta de que no fue así. Lo siento. - Me aprieta los dedos y se gira en su asiento para acariciarme la mejilla con la mano libre.

- No pasa nada. Creo que las dificultades nos hacen más fuertes. Cuando murieron los dos, sentí mucha rabia contra el mundo, pero la canalicé y estudié como una loca. Todo lo que tengo hoy lo construí por mi cuenta. Al final, sirvió para algo.

- Ethan... has logrado cosas increíbles. Incluso con todo en tu contra. Deberías estar muy orgulloso de ti mismo. Tienes un futuro que muchos envidiarían.

Te queda un año de vida.

Estas palabras vuelven a atormentarme, y me niego a hacer cuentas y averiguar cuántos meses me quedan desde el día en que fueron pronunciadas.

- ¿Por eso tienes aversión a los sentimientos? - me pregunta, y me quedo helado. Podría echarle la culpa a la bomba de relojería que tengo en la cabeza, pero la verdad es que Olivia tiene razón. Incluso antes de saber lo del tumor, me cerré en banda. Nunca tuve novia. Eran sólo aventuras y terminaron cuando me di cuenta de que estaba cruzando una línea.

- Creo que sí. Mi madre era estupenda, pero la adicción al juego de mi padre la deterioró. Tenía dos trabajos y, cuando volvía a casa, ni siquiera tenía fuerzas para sonreírme y preguntarme si todo

iba bien. Así que me apartaba de su camino para no empeorar las cosas. Crecí totalmente sola. Me acostumbré a estar así. - Levanto el hombro y, por increíble que parezca, hablar de ello es mucho menos doloroso de lo que imaginaba.

- Ya casi hemos llegado", advierto y el momento se desvanece. Olivia se sobresalta y me doy cuenta de que ha vuelto su nerviosismo por conocer a mi tía.

No tarda en cruzar la enorme verja de hierro y conducir por el camino de piedra bordeado de jardines de flores y muchos árboles.

- Esto es precioso.

- Es mi único consuelo. Mi tía tiene vértigo grave y, después de caerse por tercera vez, incluso con la cuidadora que yo había contratado, decidió venir a vivir aquí. Insistí en que viviera conmigo, pero ya la conocerás y entenderás de qué hablo.

- Parece simpática.

- Es la mejor. - Sonrío al entrar en el aparcamiento.

Me doy la vuelta, le abro la puerta y entrelazo los dedos para guiarla hasta la entrada de la residencia.

- No sé ni qué decir", susurra mirando a su alrededor.

- No tendrás que decir nada. Ya dirá bastante por todos nosotros", bromeo, lo que la hace reír.

No hemos llegado a la recepción cuando oímos su voz. Se acerca a nosotros desde el balcón, golpeando el suelo con su bastón y con su habitual pintalabios rojo.

- Ethan, querido. - Me estrecha en un fuerte abrazo antes de volverse hacia Olivia. - Y tú debes de ser Olivia. Por fin alguien que cuida de este sobrino testarudo.

Olivia se ríe, un sonido nervioso pero genuino, y yo dejo que mi propia sonrisa se extienda. Ver juntas a las únicas mujeres que me importan en mi vida hace que una oleada de sentimientos me golpee.

- Es un placer conocerla, señora Mabel.

- ¿Señora Mabel? ¡Dame un respiro, cariño! Llámame tía. ¡Después de todo, ahora somos familia! Vamos, mi amiga ha preparado un lote de deliciosas galletas para que tomemos el té.

- Volvió de Londres hace años, pero no ha abandonado esta costumbre -le susurro a Olivia, pero no parece tan bajo, porque mi tía se ríe.

- Lo que es bueno, hay que mantenerlo, querida.

Su bastón golpea el suelo mientras nos guía hasta su habitación. La habitación es espaciosa, con una antesala con televisión y un cómodo sillón. Pasamos junto a ella y a la espaciosa cama hasta llegar al balcón, donde una mesa de madera de cuatro plazas ya está impecablemente puesta con su vajilla inglesa.

- Qué sitio tan bonito", dice Olivia, absorta en los detalles que la rodean, y yo hago lo mismo. La vista es realmente espectacular. Arbolada y con muchas flores, lo que contrasta con Nueva York.

- Al principio, Ethan no se tomó muy bien mi decisión de mudarme aquí, pero estoy segura de que es el mejor lugar del mundo. Aquí tengo amigos, mi intimidad y gente que cuida de mí todo el tiempo. Incluso puedo tener citas si quiero.

- ¡Tía! - Levanto las cejas y los dos se ríen de mí.

- Ya basta de hablar de mí. - Sus ojos se dirigen a la barriga de Olivia. - Un bebé. Eso sí que es un milagro para mi vida. Creí que moriría sin sentir la sensación de tener un hijo en mis brazos, cariño. Qué bendición. ¿Sabes si es niña o niño?

- Aún no", responde Olivia. Por desgracia, el peso de no contarle lo que está pasando en mi vida me mantiene la garganta cerrada. - El médico está bastante seguro de que es una niña, pero no lo confirmará hasta la próxima cita. Sin embargo, ya podemos intuir que es una niña preciosa, ¿verdad, Ethan? - Sus ojos se iluminan y me obligo a sonreír y a asentir.

- Ya puedo oler sus piececitos regordetes y sentir las risitas que soltará cuando se duerma. Un hijo es la bendición más hermosa que Dios puede darnos. Por desgracia, yo no la recibí, porque estaba

demasiado ocupada trabajando y pensé que este niño seguiría el mismo camino. Nunca me había alegrado tanto de estar equivocada", me palmea el hombro con orgullo y mi pecho se aprieta aún más.

Permanezco en silencio mientras se van conociendo con animada conversación. Sonrío, asiento y respondo cuando me preguntan, eso es todo.

- Oh, no -dice mi tía con la mano en el pecho, mirando fijamente a la mesa.

- ¿Qué te pasa?

- Se me ha olvidado la mermelada de albaricoque que quería que probaras. Es divina.

- No hay problema -se encoge de hombros Olivia.

- Sí que lo es. ¿Podrías hacerme el favor de ir a la cocina y pedirle a Osvaldo la olla que aparté, por favor?

- Por supuesto, por favor. - Olivia se levanta, se alisa el vestido y, tras indicarle el camino, sale de la habitación.

- Siempre sutil. - Pongo los ojos en blanco.

- No tenemos mucho tiempo, así que puedes abrir tu bonita boquita y contarme la verdadera historia de este embarazo. ¿No usaste condón en una cita cualquiera y ella se quedó embarazada por accidente?

- ¡Tía! - Pongo los ojos en blanco. Escuchar esas palabras salir de tu boca no es interesante. - Y no, la historia es más compleja de lo que crees.

- Ya lo sabía. Olivia es un encanto y has hecho bien en elegirla, pero nunca serías capaz de ganarte a una chica dulce como ella con el ceño fruncido. Vamos, estoy esperando.

- Tengo un tumor en la cabeza -digo de golpe, sabiendo que debería haber llamado a una enfermera antes de hablar o algo así, pero este secreto me estaba comiendo por dentro y si hay una persona que escuchará sin flipar es la tía Mabel.

- ¿Y decidiste engañar a una chica, dejándola embarazada porque estabas triste? - Su voz se mantiene firme, pero puedo ver la tristeza en sus ojos.

- Hice un contrato para que diera a luz a mi hijo -le digo y miro hacia la entrada, asegurándome de que Olivia no oye esta conversación.

- ¿Cuál es el tratamiento?

- No hay. El médico me ha dado un año y espero que eso sea todo, al menos tendré unos meses para tener a mi hijo en brazos antes de...

- ¿Has oído hablar de los milagros, hijo mío? - Extiende su mano arrugada y cubre la mía con cariño. - Sí que he oído. Tú fuiste uno de ellos cuando lograste sobrevivir de niño, sin nadie que te ayudara. Así que no dejes de creer ahora. Quizá si esta noticia no te hubiera llegado, nunca habrías conocido a Olivia. Nada en la vida es casualidad.

- Sólo quiero asegurarme de que ambos estéis bien cuando yo ya no esté aquí.

- Tienes que dejar de pensar tanto en el final, Ethan. Vive el ahora, un día a la vez. Disfruta cada segundo que tengas con ella y con este niño. Puede que sea un contrato, pero después de veros a ti y a Olivia juntos, he sentido que hay algo especial entre vosotros, algo que ni siquiera la muerte puede borrar.

- Es difícil no pensar en el final cuando tienes una fecha fijada, tía.

- ¿Un deseo? - Me sostienes la cara con las manos y no me dejas apartar la mirada de tus ojos.

- Que tuviera más tiempo. Nunca soñé con tener una familia, pero ahora, con Olivia, es lo único que deseaba.

- Ya has empezado a vivir ese sueño, Ethan. Y eso, querida, es lo que importa ahora. - Su dulce sonrisa y sus ojos llorosos me conmueven.

Antes de que pueda replicar, Olivia vuelve con un bote de mermelada en la mano y una sonrisa dubitativa en la cara, al ver el estado emocional de ambos. Sus ojos nos analizan, pero no dice nada, cosa que agradezco internamente.

El mero hecho de que esté ahí me reconforta como hacía años que no sentía. Y tal vez, *sólo tal vez,* pueda vivir este sueño, aunque sea por poco tiempo.



CAPÍTULO DIECISÉIS

- ¿Estás bien? Creía que habías estado callada todo el rato.

- Sí, es sólo mi migraña. - Va a la cocina, llena un vaso de agua y se lo bebe de un trago. Me cruzo de brazos y le observo, intentando entender qué está pasando.

Pensé que estaría encantado con la noticia que acabamos de recibir. Vamos a tener una niña preciosa. Sonríe, me besa la barriga y vuelve a darme las gracias por hacer esto por él. Sin embargo, es como si Ethan estuviera a un millón de kilómetros de distancia.

Y empezó ayer, cuando se encerró en su habitación después del trabajo. Ni siquiera cenamos juntos porque me dijo que tenía que ocuparse de un importante asunto de trabajo.

Algo está pasando y no tengo ni idea de qué es.

- ¿Vas a ir hoy a la empresa? - le pregunto antes de que llegue al pasillo que conduce a las habitaciones.

- No. Trabajo desde casa. Pero Henry está a tu disposición. - Su voz es tan áspera como nunca la he visto. Se marcha sin darme la oportunidad de decir nada.

Saco el zapatito rosa que compré para regalarle. El azul era para estar segura, pero estaba segura de que era una niña.

Pensé que sería un buen día. Recuerdo la felicidad de la primera ecografía y creí fielmente que sería igual, pero me equivoqué.

- Sí, cariño, parece que aún nos queda mucho camino por recorrer antes de conocer todos los matices de tu padre -digo suavemente, acariciándome la barriga y guardando todo en la habitación de invitados en la que solía quedarme hasta que hicimos el trato de estar juntos sin ataduras. Sin embargo, por el humor que ha demostrado hasta ahora, creo que esta noche volveré con él.

Me ruge el estómago y me dirijo a la cocina para alimentar a esta niña hambrienta que me hace comer todo el día. Y eso que el médico dice que no tengo sobrepeso, lo cual es estupendo. También está en el peso y las medidas normales para el sexto mes de embarazo, lo que me ha hecho estallar de orgullo por estar cuidando tan bien a la princesita.

Taylor>> Entonces, ¿ha decidido este travieso bebé mostrar si es niño o niña?

Suelto una carcajada y apoyo el móvil en la encimera, llamándola por el altavoz.

- Si me llama a mí, ya lo sabe. Es una niña, ¿verdad? Sólo tienes que decirlo.

- Si respira, me doy cuenta", le digo y el corazón me da un pequeño vuelco cuando veo que lo ha dejado todo por un bocadillo.

Me he levantado tarde y no me ha dado tiempo a desayunar. Creo que él lo hizo temprano. Cojo todo lo que puedo y cierro de golpe la puerta de la nevera con el pie.

- ¡Habla! - grita y me asomo al pasillo, temiendo molestarle en su trabajo.

- Sí, es una niña.

- La preciosidad de la tía. Lo sabía. Estoy deseando que nazca para mimar a esta preciosidad. - Me trago el pastel que se me asienta en la garganta.

Taylor se ha convertido en una presencia en mi vida, incluso la llamaría amiga. Pero no le conté lo del contrato.

- ¡Oh, mierda!

- ¿Qué te pasa? - pregunto, preocupada por su tono.

- A un alumno se le ha caído una pesa en el pie. Tengo que irme, nos vemos esta noche para el entrenamiento.

- DE ACUERDO. Un beso. - Guardo el móvil y monto mi bocadillo de pechuga de pavo con mucha ensalada.

Casi gimo al primer bocado. Tengo más hambre de lo que pensaba. Me lo acabo rápidamente y me obligo a no dar un segundo bocado. Si no me cuido, estaré hecha una bola antes de que salga esta princesa.

Me limpio rápidamente y me dirijo a las escaleras que hay detrás de la lavandería. Ethan básicamente nunca usa este lugar, lo cual es un desperdicio. Tiene un jacuzzi, una piscina climatizada y una increíble zona gourmet.

He montado una estación de trabajo para no invadir su despacho aquí tampoco, así que puedo darle paz siempre que lo necesite, como es el caso de hoy.

Abro el portátil y me muerdo la comisura de los labios, pensando en su mal genio. ¿Será porque llego tarde? Sé que es metódico con sus horarios y su organización, pero no estoy segura de que eso sea realmente lo que ha causado este efecto cascada en su estado de ánimo.

Ayer, después de hacer el amor, me dormí en sus brazos y todo fue bien. Los últimos meses han sido mágicos, ¿por qué todo

se ha venido abajo de repente?

Abro el portátil y veo que hay un correo electrónico de mi jefe sobre la campaña interna de incentivos para los empleados y todo lo que sigue.

Golpeo con los dedos el tablero de hierro de la mesa mientras leo los mensajes.

El equipo de operaciones sugirió un vídeo motivacional, pero el equipo de producción tiene problemas para cuadrar los horarios de los participantes y se desata el caos. Envía una sugerencia intentando ayudar.

"Vamos a sustituir los testimonios por mensajes cortos grabados en casa por los empleados, utilizando el mismo estilo relajado que en las redes sociales. Esto ahorrará tiempo de producción y hará que el contenido sea más auténtico e interactivo."

Mientras espero una respuesta, miro el reloj y me doy cuenta de que llego tarde a la cita con Amalia. Guardo todo y bajo las escaleras lo más rápido que puedo, que es como una tortuga por su barriga.

El piso está en completo silencio. Luego me dirijo a la oficina para decirles que me voy, pero Ethan no está.

Frunzo el ceño, pensando en las posibilidades. Camino por el pasillo intentando mantener los oídos atentos para ver si la ducha está encendida, pero no oigo nada. Aunque me resulta extraño tener que hacer esto en un lugar en el que he dormido durante tantos meses, prefiero levantar la mano y llamar, porque si la puerta está cerrada, es una clara barrera que él quería imponer.

- Adelante", responde, con la voz apagada y ronca.

Abro la puerta vacilante y lo veo tumbado, con las cortinas echadas y una expresión de pura incomodidad. Tiene la mano apretada contra la frente fruncida, como si luchara contra algo invisible.

- ¿Se encuentra bien? - pregunto acercándome.

- Es solo la migraña, que es más fuerte. Me encuentro bien. Solo necesito tumbarme y quedarme a oscuras un rato -responde, con los ojos cerrados.

- Mucho más fuerte, ¿eh? - Ya me había dicho que la sufría, pero nunca lo había visto tan decaído. - ¿Te traigo algo?

- Hay un medicamento con una etiqueta roja en la mesilla de noche. ¿Puede traérmela, por favor?

- Claro, por favor. - Vuelvo a la cocina y lleno una jarra de agua. Será bueno dejársela en la habitación para que se hidrate.

Vuelvo, le entrego el vaso y me agacho para abrir el cajón que me ha indicado. Mis ojos se abren de golpe. Hay tantos frascos diferentes que, por un momento, me quedo paralizada. Algunos son medicamentos comunes, pero otros tienen nombres complicados que no tengo ni idea de para qué sirven.

- Ethan... ¿estás tomando todo esto? - La voz se me quiebra al final.

Suspira pesadamente como si quisiera escapar a la pregunta.

- No es para tanto, solo cojo lo que necesito. Haz lo que te pido, Olivia -su tono es cortante y capto el mensaje.

Intento soltar el aire que retengo y me muerdo la lengua para no entrometerme más en su vida.

Le entrego la pastilla y él me da las gracias tras cogerla sin mirarme.

- No pasa nada. Puedes irte a trabajar o a hacer tus cosas - dice, ahora con voz más suave, pero aún distante.

- No me iré hasta que me recupere -respondo, cruzándome de brazos.

- Olivia, en serio. No necesito una niñera. De hecho, prefiero estar sola. - Permanezco en silencio, sin saber cómo tratar con él en este estado de ánimo. - Cierra la puerta al salir y, a ser posible, no hace ruido. - Me da la espalda y oigo cómo se me parte el corazón.

Está bien. Sólo necesita descansar. Sólo necesita descansar.

Antes de echarme a llorar, salgo de la habitación, cojo mi bolso y me meto rápidamente en el ascensor. Henry parece darse cuenta de mi estado de ánimo, ya que también permanece en silencio.

- Preferiría que te fueras a casa", le digo en cuanto aparca cerca de la entrada del restaurante.

- Pero, señorita...

- Ethan no está bien. Me sentiré más tranquila si usted está allí y tiene que, no sé, ayudarle.

- Si promete llamarme cuando termine, iré a recogerla.

- Entendido. - Fuerzo una sonrisa y me alegro de que sea así de leal.

Amalia ya está en la mesa y bebe vino, algo que no suele hacer.

- ¡Olivia! - Se pone en pie de un salto y me abraza con fuerza. - Estás enorme. Tu barriga ha crecido mucho desde aquella noche.

- Cada mes parece doblar su tamaño. ¿Qué tal estás? - No le pregunto por Otávio, pero lo dice de todos modos.

Pedimos y sigo oyendo hablar de lo maravilloso e increíble que es su marido en el trabajo. Llega la comida y sigo oyendo hablar de él, lo que me hace perder el apetito.

Pensé que esta invitación nos ayudaría a reavivar el vínculo de nuestra amistad, pero no sé cómo ha sucedido, algo se ha perdido y no sé cómo encontrarlo.

- ¿Cómo será cuando nazca el bebé? ¿Se lo darás en el hospital y te irás?

- ¿Qué? - Parpadeo, intentando comprender cómo ha surgido el tema.

- Estábamos hablando de eso el otro día y Otávio sugirió que, si no puedo quedarme embarazada yo, podríamos contratarte a ti para hacerlo. ¿Qué te parece? - Sus labios se curvan en una sonrisa, pero sus ojos están apagados y sin vida.

- Te quedarás embarazada, amiga mía. - Alargo la mano y se la acaricio. - No te precipites. Me va a encantar verte desfilar con tu enorme barriga.

- Pero, ¿y si...?

- No existe tal posibilidad, Amalia. Puede parecer una locura, pero quiero algo más que ser la mujer que dio a luz a este niño. Y creo que Ethan también.

- Oh, no. ¿Te enamoraste de él? - Me mira con total lástima. - Octavio dijo que podría pasar.

- Creo que es mejor que Octavio se ocupe de su propia vida - digo, sin importarme si estoy siendo dura-.

- Él sólo quiere tu bien, igual que yo.

- ¿Es eso cierto? ¿Y qué sería eso?

- No puedes enamorarte de Ethan Davis. Es un tiburón que mastica pececillos como tú. Cuando quiere algo, lo consigue, lo que significa que sólo quiere al niño que está dentro de ti. Una vez que nazca, te descartará. No cometas ese error.

Miro fijamente a la persona que ha sido mi única amiga durante toda mi vida y sus palabras no sólo me hieren, sino que me desgarran el corazón, porque existe una gran posibilidad de que su predicción no esté equivocada.

Pero no puedo hacer nada. Es demasiado tarde. Ya estoy perdidamente enamorada de Ethan Davis.



CAPÍTULO DIECISIETE

El susurro de las hojas secas bajo mis pies acompaña el sonido grave de mi respiración mientras cruzo el aparcamiento hacia la consulta del médico. Otro medicamento más fuerte, más pruebas que hacer. Más tiempo perdido luchando contra algo que sé que voy a perder.

Al menos sigues aquí. Mi subconsciente casi me da una patada. El médico dice que está sorprendido de que la enfermedad no haya progresado y comprometido mis habilidades motoras. Por lo visto, debería estar celebrándolo, no arrastrando los pies como si mi vida no fuera a acabar en cualquier momento.

Henry está de pie junto al coche, como de costumbre. Cuando entro, no hace ninguna pregunta. Nunca lo hace, pero hoy siento que necesito hablar. Podría ir a ver a la tía Mabel, pero no creo que sea prudente echárselo en cara.

- Tengo un tumor, Henry", le digo sin rodeos mientras me pongo el cinturón de seguridad.

Me mira por el retrovisor, con una expresión de sorpresa y preocupación visible incluso bajo su semblante profesional.

- Señor...

- No quiero compasión. No quiero miradas largas ni palabras ensayadas, ya he tenido bastante ahí dentro -señalo con el pulgar por encima del hombro en dirección a la clínica. - Solo necesitaba decirlo en voz alta y hacer una petición.

- Considéralo hecho.

- Necesito que cuides de Olivia cuando... me vaya. - Trago saliva y miro por la ventana.

- Sí, señor.

- No mostraré debilidad. No quiero que Olivia sepa cuánto me consume esto. Ella se merece alegría, Henry. Quiero que sonría, que brille. Y cuando nazca nuestra hija... quiero disfrutar cada momento.

- Si me permite... - Asiento para que continúes. - Con tumor o sin él, la vida pasa muy deprisa. No recuerdo muy bien el embarazo de mi mujer, porque estaba muy ocupado haciendo otras cosas. Y esos momentos simplemente no vuelven. Así que si te sirve de consejo este viejo que ha pasado por muchas cosas, aprovecha al máximo cada segundo que pases con ella, y luego con el bebé. Nunca dejes que el miedo al mañana te robe el hoy. El precio es demasiado alto.

- Gracias, Henry -digo sinceramente, y sus palabras siguen resonando en mi cabeza.

He mantenido alejada a Olivia toda la semana. Sobre todo cuando sentí el miedo en su voz después de ver el cajón lleno de medicinas. No puedo evitar sentir miedo, pero Henry tiene razón, no vivir hoy porque voy a morir no tiene ningún sentido.

- Necesito un favor. - Asiente, entornando los ojos para mirarme por el retrovisor. - En cuanto lleguemos a la empresa,

quiero que lleves a Olivia y a Beth a una peluquería. Le daré mi tarjeta a mi ayudante para que le compre a Olivia un vestido bonito. Quiero que se sienta especial. Luego lleva a Beth a casa y al restaurante de Vennon. Le llamaré para organizarlo todo.

- Estoy segura de que será una velada encantadora. - Su tono es profesional, pero sé que le complace que siga su consejo.

Yo también acabo sonriendo. Sólo espero que no me haya abandonado. Suelto un suspiro, armándome de valor para disculparme.

Subo al ascensor privado y la encuentro en el escritorio de Beth con una taza de café en la mano.

Mi ayudante se levanta de un salto.

- Buenas tardes, señor Davis.

Olivia salta hacia ella y derrama el café sobre su ropa.

- Joder -dice intentando apartar la tela de su cuerpo, como el día que nos conocimos.

- Quítate la ropa -digo preocupado-.

- Deberías invitarme a una copa antes de decir algo así - bromea y Beth esconde una carcajada. - Tranquilo, Ethan, casi hacía frío, pero ahora necesito cambiarme.

- Tengo una idea. - Agradezco al universo su ayuda. - Aquí tienes mi tarjeta. Por qué no te tomas la tarde libre, vas a un salón de belleza y haces esas cosas que les gustan a las mujeres, luego te compras un vestido nuevo y Henry pasará a recogerte para llevarte a un restaurante que he reservado para cenar.

- ¿Todo esto porque me hiciste volcar el café?

- ¿Por mi culpa? - Frunzo el ceño.

- Claro que ha sido culpa mía. Llevas una semana sin venir a la oficina. Claro que nos íbamos a asustar. - Bromea, sonríe, pero sus ojos no se cruzan con los míos. Y conociéndola como la conozco, sé que está dolida. - Pero con culpa o sin ella, es imposible rechazar

esta oferta, ¿verdad, Beth? Voy a por mi bolso. - Camino despacio hacia mi despacho y me acerco a mi ayudante para susurrarle.

- Haz que se compre un vestido bonito y caro para esta noche. Consigue también que haga lo que quieras en el salón. Se lo merece. Y tú también.

- Sí, señor. - Asiento con una sonrisa que me hace estar aún más seguro de que las mujeres son una combinación peligrosa. - ¿Se encuentra bien, señor?

- Sí, mucho mejor. Gracias, señor.

Espero a que se vayan y me frustra que Olivia no se haya enfrentado a mí, pero no puedo culparla, yo cavé mi propia tumba al rechazarla.

Ni siquiera podía asegurarme de que comiera bien. Fui a mi escritorio y me quité la parte superior del traje, antes de sentarme y encender el portátil.

El dolor era tan intenso que pensé que esta vez no sobreviviría. Afortunadamente, se me pasó. Así que si me han dado una oportunidad más, no voy a desperdiciarla.

No puedo concentrarme ni diez minutos en el proyecto del centro comercial que por fin está en marcha cuando llaman a la puerta.

Lo malo de mandar a pasear a tu asistente ejecutiva y no saber quién hay al otro lado.

- Pase.

- Señor. - Arnold empuja la madera y la cierra tras de sí. - Lo tengo todo preparado.

- Todo listo. Tome asiento. - Alargo la mano para coger el documento que me tiende.

- ¿Lo has hecho tal como te envié el boceto? - Paso los ojos por los términos legales que allí se describen.

- Sí. Tu tía, Beth, el bebé y Olivia aparecen mencionados en el testamento. Así como a mí y a Bianca, lo que vuelvo a recalcar...

- Que no tienes nada que ver con esto -lo corté para no dar pie a este asunto. - Asegúrate de que Olivia tenga algo más. No sólo lo suficiente para vivir, sino algo que la haga independiente. Y averigua toda la información que puedas sobre su tío y la empresa de sus padres que el muy cabrón llevó a la quiebra. Quiero conocer todos los detalles. - Asiente, pero veo que no está contento. - ¿Qué le pasa?

- Ethan, no necesito estar en tu testamento. I...

- Escucha -le pregunto con la palma de la mano hacia él para que deje de hablar y me escuche-, me tendiste la mano cuando no tenía absolutamente nada.

- Y ya me has devuelto en vida eso y mucho más. La casa en la que vivimos fue un regalo tuyo, ¿lo has olvidado?

- Construí este imperio porque creíste en mi potencial. Me prestaste libros y me llevaste a la universidad.

- Nunca lo hice con ningún tipo de retorno financiero en mente, lo sabes. Trabajar contigo todos estos años ha sido una recompensa más que satisfactoria.

- Sé que no tenemos una relación de padre e hijo, porque no sabía cómo podía ser sin la parte mala, pero quiero que sepas que siempre te he querido como a uno.

- No me puedo creer que me vayas a hacer llorar, mocoso. - Suelta una carcajada ronca y me froto los ojos. Me acerco a la mesa y lo abrazo, algo que nunca imaginé que haría, pero que me da una paz momentánea.

***

El restaurante está vacío cuando llego, tal y como pedí. Necesito exclusividad, un lugar donde pueda respirar y hablar con ella sin interrupciones. Cuando Olivia entra, con un vestido azul largo que resalta su vientre de una forma tan hermosa, casi se me para el corazón.

- Estás preciosa", le digo antes de que pueda decir nada.

- ¿Por qué no hay nadie, Ethan? - pregunta, claramente sorprendida.

- Es una disculpa íntima.

Ella levanta las cejas, sorprendida.

- ¿Y cuál es el motivo de esta disculpa? Si es por el café...

Suelto una carcajada y le acerco una silla para que se siente. La luz es escasa y sólo las velas iluminan nuestros rostros.

- No he estado bien en los últimos días y, en lugar de dejar que me cuidaras como querías, me limité a alejarte. Te eché de menos cada maldito momento que estuve sola en esa habitación.

- ¿Y por qué te encerraste entonces? Estaba tan cerca. - Extendí la mano y rápidamente superé la distancia para aferrarme a ella. - Pero al mismo tiempo, tan lejos.

- No es una excusa, pero no sé depender de una sola persona. Tuve que aprender a arreglármelas muy pronto. Odio sentirme incapaz, sobre todo a los ojos de la persona a la que quiero proteger de todo el mal del mundo. Seré un padre de mierda, lo sé, pero no puedo bajar mis barreras y dejar que mis vulnerabilidades se muestren. Esa es la peor parte de mí, y no quiero que lleves la carga de lidiar con mis problemas.

Me mira fijamente, sus ojos brillan con algo que me desarma.

- Ethan, cuando amas a alguien, amas todas sus partes. Lo bueno y lo malo. No hay necesidad de disculparse por ser humano. Sé exactamente lo que es estar solo en el mundo. Necesitamos aferrarnos sólo a nuestra seguridad, pero yo te dejé entrar, quería que tú hicieras lo mismo.

Su sinceridad me destroza y, antes de que pueda pensar demasiado, me levanto, pongo una mano en cada mejilla y me inclino para besarla. El roce de nuestros labios no es sólo calor. Es necesidad, conexión, una promesa silenciosa que no puedo ignorar.

Me aparto y le dedico una sonrisa emocionada.

- Esperanza.

- Esperanza.

- Quiero que nuestra hija se llame Hope. Significa esperanza. Y eso es lo que tú y ella me traéis.

- Esperanza. Eso me gusta.

Olivia sonríe y, por primera vez en mucho tiempo, siento que la pesadez de mi pecho se disuelve un poco. Ella es mi esperanza. Las dos lo son. Y voy a luchar por su felicidad, incluso cuando ya no esté aquí.

Olivia



CAPÍTULO DIECIOCHO

- Lo he conseguido. - Me levanto de un salto y me dirijo al salón.

- No soy una inválida, Ethan -gruño y apoyo las manos en los cojines que tengo al lado, pero no puedo levantarme sola. - No te rías -digo aún más enfadada y oigo su risa, que me enfurece.

- Me encanta mi vida, cariño. Vamos, te ayudaré. - Me tiende la mano y, aunque me resisto, tengo que cogerla.

- Necesitamos un sofá menos mullido", me quejo y él se ríe un poco más.

- Ya estaba en mis planes cambiarlos por dos tablones de madera.

- Definitivamente, no has nacido para la comedia. - resoplo.

- Creo que cada día estoy mejor -pongo los ojos en blanco y atravieso despacio la puerta que separa las habitaciones. Llego justo

cuando se abren las puertas del ascensor, pasando junto a la alegre señora de la maleta de colores y la sonrisa radiante que siempre me da buena energía.

- Vengo a alegrar este piso y a cuidar de mi futura sobrina nieta", anuncia, entrando como un huracán.

No puedo dejar de sonreír. Mabel tiene esa capacidad de convertir cualquier momento en algo ligero y divertido.

- Bienvenida al caos", le digo, abrazándola lo más fuerte que puedo con su enorme barriga entre las dos.

Me acaricia la barriga y se le ilumina la cara.

- Estoy deseando ver a esta niña. Seguro que será tan guapa como su madre.

- Y testaruda como su padre", bromeo.

Mabel se ríe a carcajadas. No sé si sabe lo de mi acuerdo con su sobrino, pero nunca lo ha dicho. Sigue tratándome como a la novia de Ethan y con mucho amor y cariño.

Una tía que nunca tuve, ya que la mujer de mi tío odiaba a los niños y no soportaba estar cerca de mí más de dos minutos.

- Voy a cocinar para ti", dice Ethan emocionado, y yo gimo de desesperación.

- ¿Cuál es el menú del día, chef? - pregunta Mabel, mirando por encima de su hombro.

- Nada del otro mundo. Algo nutritivo para Olivia y sabroso para ti.

Mabel me lanza una mirada cómplice.

- Nutritivo para ti significa soso, Liv. Pidamos pizza en secreto más tarde.

Suelto una carcajada y Ethan pone los ojos en blanco, fingiendo irritación.

- Ya lo he oído, tía Mabel.

- Deberías haberlo oído -replica, arrebatando un trozo de zanahoria de la tabla de cortar.

No es ningún secreto que Ethan es un magnífico cocinero, pero desde nuestra última cita, en la que el médico dijo que tengo un poco de sobrepeso y que eso podría poner en peligro el parto normal que quiero para el bebé, se ha vuelto literalmente loco.

Me voy a convertir en un conejo comiendo sólo matorrales. Por suerte, Taylor se ha convertido en mi contrabandista y siempre que se lo pido viene con algo sabroso para que no me vuelva loca.

Ya he tenido que dejar de trabajar y de ir al gimnasio por mi falta de movilidad. Sólo faltan cuatro semanas para que el bebé venga al mundo y espero que todo vaya bien, sobre todo el posparto.

Ethan y yo no hablamos de ello; al contrario, estamos en una auténtica luna de miel. El ambiente entre nosotros es encantador, excepto cuando quiere llevarme al baño a hacer pipí.

- Voy a prepararte salmón salteado con arroz y brócoli, Liv. ¿Te parece bien? - Me guiña un ojo y me derrito sobre él.

- Se me hace la boca agua -bromeo, y él sabe que no me refiero a la comida.

Mi móvil emite un pitido y veo que Milla, una chica de mi equipo que está haciendo mi trabajo, ha enviado un mensaje preguntando por la hoja de cálculo de las campañas internas.

¡Joder!

- Tengo que enviar un correo electrónico y vuelvo enseguida.

- ¿Te traigo el portátil?

- ¿Quieres escribirme también? Lo siento, pero mi jefe es un poco verdugo y eso no le gusta.

Mabel suelta una carcajada, pero no se entromete. Me alegro. Estará aquí con nosotros todo el mes, pero creo que será tranquilo.

Me doy la vuelta y subo. Me alegro de que Ethan no haya preguntado dónde está el portátil. Si me ve subiendo estas

escaleras, me va a dar un sermón gigantesco.

Llego al último con la respiración acelerada, adjunto el documento al mensaje y lo envío rápidamente. Vuelvo despacio, pero cuando sólo quedan unos pasos, me siento ligeramente mareada. Respiro hondo, esperando que se me pase, pero el mareo no hace más que empeorar.

Intento agarrarme a la barandilla, pero mis rodillas ceden antes de que pueda.

- Dios, por favor, no dejes que le pase nada a nuestro bebé", susurro, mientras todo a mi alrededor da vueltas y luego se oscurece.

Lo último que siento es el impacto de mi cabeza contra algo duro antes de perder el conocimiento.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Sé que todos me miran por parecer un loco deambulando por ahí, pero a la mierda el mundo. No puedo quedarme quieto, no cuando siento que me han arrancado el corazón del pecho desde el momento en que la vi desplomada y desmayada al pie de la escalera.

Me froto la cara intentando olvidarme de la escena, de la sangre en su cara, de su brazo medio torcido. Suelto una bocanada de aire y camino alrededor de la sala de espera.

- Tienes que mantener la calma, querida -dice la tía Mabel, y sé que solo quiere ayudar-. - Necesitará que te ocupes de todo mientras ella descansa.

- ¿Qué es todo? - Abro mucho los ojos. ¿Será que ha nacido mi hija y no me han llamado? No puede ser.

- Mantén la calma, ¿vale?

- No puedo, tía, yo...

- ¿La cita de Olivia Moore? - Giro mi cuerpo hacia el médico que está de pie junto a la puerta.

- Soy yo. ¿Cómo está, doctor?

- Tiene una contusión y dos puntos en la frente, pero está bien.

- ¿Y el bebé?

- También está estable. Con la caída, la Srta. Moore tuvo algunas contracciones prematuras.

- ¿Eso significa que nacerá pronto?

- Hemos optado por mantener a la Srta. Moore hospitalizada y en estricto reposo en cama, para que podamos controlar el final prematuro del embarazo, así como la conmoción cerebral.

- ¿Puedo verla? - pregunto con la voz más calmada, pero aún preocupada.

- La están trayendo de las pruebas, puede esperar en la habitación, no tardará en llegar.

Le doy las gracias y me vuelvo para ayudar a mi tía a levantarse, pero ya está detrás de mí.

- Estoy muy orgullosa de ti.

- ¿Por qué? - Frunzo el ceño y tiro de su mano para entrelazarla con la mía.

- Si solo fuera un contrato sin importancia, Ethan, lo primero que le habrías preguntado al médico es si el bebé está bien, pero no, le has preguntado por Olivia. Se preocupa por ella. La quiere. He soñado con ver latir ese corazón por alguien. Estoy feliz de estar vivo para presenciarlo. Y no tiene sentido negarlo, estás enamorado.

- No voy a negarlo, por primera vez en mi vida me he enamorado. Pero eso no cambiará nada. Mi relación con Olivia no tiene futuro. Yo no tengo futuro.

Su tirón hace que me detenga frente a la puerta del dormitorio y el semblante serio de mi tía me hace incluso enderezar la postura. Sé que se avecina una regañina.

- Deja de quejarte y mira el lado positivo. Ese no es el hombre que salió de un agujero para llegar a la cima. Cuida de tu mujer y de tu hija, y deja el resto a Dios. Él lo sabe todo.

Asiento y, antes de entrar, la camilla con Olivia aparece en el pasillo empujada por una enfermera.

Sus ojos se cruzan con los míos y aparece una leve sonrisa. Está pálida y parece muy frágil.

- "Hola", digo en voz baja y espero a que la coloquen en la cama para inclinarme y besarle la frente. - Te pondrás bien, Liv -le digo con la voz entrecortada-. - Te prometo que cuidaré de ti y de nuestra hija.

Intenta sonreír, pero veo el cansancio en sus ojos.

- Ethan, lo siento... - empieza, pero le pongo un dedo sobre los labios.

- No. Ahora descansa. No quiero oír ninguna excusa, ninguna cabezonería. Vas a hacer todo lo que te diga el médico y yo me aseguraré de que tengas todo lo que necesites.

Ella suspira, pero no discute. Intercambia unas palabras con Mabel, pero sus ojos parecen pesados y pronto se cierran.

- Voy a por un café, o quizás algo más fuerte. - Suelto una pequeña carcajada para mi tía y suelto un suspiro en cuanto se cierra la puerta y me quedo a solas con Olivia.

Me siento a su lado, cogiéndole la mano. Observo cada detalle de su rostro, cada curva, cada línea.

Yo, que siempre había sido bueno evitando los vínculos, manteniendo las distancias, y creía que el amor era demasiado peligroso, sobre todo para alguien con una bomba de relojería en el cerebro.

Y ahora aquí estoy, completamente enamorado de ella.

Olivia no es sólo la madre de mi hija. Ella es luz. Fuerza. Vida. Ella llegó a mi existencia como un huracán, desordenando todo lo que creía saber, y sin embargo, de alguna manera, haciéndolo todo más claro.

Si algo he aprendido en estos meses es que el amor no pide permiso. Simplemente sucede, incluso cuando crees que no lo mereces después de haber pasado toda tu vida sin recibirlo.

No sé cuánto tiempo me queda. No sé qué nos depara el futuro. Pero mirándola ahora, con su pequeña y cálida mano en la mía, sé que lucharé por cada segundo con ella y con nuestra hija.

Olivia y Hope. Mis razones para seguir creyendo. Y eso es lo que voy a hacer.



CAPÍTULO VEINTE

- Hostia puta, eso es lo que yo llamo la habitación de un rico. Es más grande que mi piso.

Suelto una carcajada mientras como las galletas de mantequilla que me ha traído Taylor. Ya no puedo comer comida de hospital. Por muy sabrosa que sea, siempre es la misma cosa sana y Ethan no ayuda en absoluto.

- Realmente es enorme -concedo con la boca llena. Nunca imaginé que hubiera sitios así en los hospitales. Llevo cinco días en el hospital y lo peor es sólo levantarme de la cama para ir al baño, porque además de la enorme habitación en la que estoy, totalmente equipada con nevera, sillones y hasta un armario, también hay una puerta que da a una sala de estar con un sofá y otra televisión. Ethan ha instalado allí su despacho, aunque siempre trae su portátil para trabajar en el sillón que está a mi lado.

- ¿Dónde está tu hombre guapo?

- Le pedí que diera un paseo mientras estabas aquí. No se va de mi lado por nada del mundo. Pronto se pondrá enfermo.

- Ese hombre rezuma salud, querida, preocúpate de ti y de nada más.

Dos golpes en la puerta y le tiendo el paquete de galletas para que lo esconda rápidamente.

- Adelante. - La autorizo, pasándome la mano por la boca para eliminar cualquier rastro.

- ¿La señora Davis? - Una mujer bien vestida a la que nunca había visto antes mete la cabeza dentro.

- I...

- Es ella. - Taylor se entromete y yo tomo nota mental de retorcerle el cuello después.

- Soy Lena Grayson, de la tienda Pink World. ¿Tienes un minuto para vernos?

- Por supuesto -digo, aún más intrigada. Abre el resto de la puerta y deja pasar a alguien cargado con un perchero de ropa infantil.

Mis ojos se abren de par en par cuando entran otros dos iguales y tres personas cargadas con maletas con ruedas.

- Creo que ha habido un error -digo con voz temblorosa-.

- Su marido, el señor Davis, le ha explicado su situación de no poder levantarse de la cama, así que hemos traído todo lo que necesita para el ajuar de su bebé para que elija aquí.

- Y todavía dicen que el dinero no da la felicidad. - Taylor silba, tan asombrado como yo. - Tengo que irme, colega, disfruta de tus compras. - Me besa en la mejilla y sale por la puerta al mismo tiempo que entra Ethan.

- ¿Estáis listos? Voy a empezar enseñándote los modelos de la primera ropa postparto. Son los más llamativos y especiales -dice Lena y yo palmeo la cama para que Ethan se siente a mi lado.

Empieza a mostrar las prendas, cada una más mona que la anterior. Vestiditos con volantes, monos de algodón, zapatitos con detalles bordados. Todo es tan perfecto que apenas puedo decidirme.

- Es... demasiado. Totalmente innecesario, Ethan.

- Nada es demasiado para mis chicas. Ahora, elige lo que quieras. - Me pasa el brazo por los hombros y me acurruco en su pecho.

- Ethan, ¡mira esto! - Tengo en la mano un vestido blanco con detalles rosas. - ¿No es lo más bonito que has visto nunca?

Se inclina y sonríe.

- Hará juego con sus ojos.

Vuelvo a poner los ojos en blanco, pero la verdad es que me encanta. Está tan emocionado como yo, y ver el entusiasmo en su cara hace que todo parezca aún más especial.

Al cabo de un rato, las mujeres empiezan a guardar lo que no se ha elegido. Cuando se van, la habitación parece una sala de exposición de bebés, y me siento agotada pero feliz.

- Gracias, Ethan. Eso... ha significado mucho para mí.

- Solo quiero que sepas que, incluso aquí, mereces vivir todos los momentos felices de ser mamá.

Se me estruja el corazón, pero de la mejor manera. Por un momento, me olvido del hospital, del cansancio y de todo lo que nos rodea. Sólo pienso en lo feliz que intenta hacerme y en lo mucho que eso significa para mí.

Estiro el cuello para alcanzar sus labios y siento una extraña punzada en el estómago.

- ¿Puedes ayudarme a ir al baño, por favor? Hoy he bebido mucha agua y llevo mucho rato en la misma postura.

- Con cuidado. - Con las manos en la cintura, me ayuda a bajar con cuidado y prácticamente me lleva a cuestas por la habitación, pero en cuanto llegamos a la puerta, vuelve el dolor, solo

que esta vez es más fuerte. Me apoyo en el marco de la puerta y suelto un largo gemido.

- ¿Qué sientes?

- Creo... Creo... - Aprieto los dientes cuando una nueva oleada me golpea y me doy cuenta de que ha llegado el momento. Algo caliente me recorre las piernas e intento sonreír para hacerle saber que la bolsa ha reventado, pero el pánico que veo en la cara de Ethan me paraliza.

Al segundo siguiente estoy sobre su regazo y de nuevo en la cama.

- Respira hondo, todo va a salir bien. - Pulsa el timbre varias veces y luego abre la puerta gritando pidiendo ayuda.

- No tienes por qué poner esa cara, es solo la bolsa... - Miro hacia abajo y mi mundo se detiene. Mi camiseta no está mojada de líquido amniótico. Es sangre.

El dolor aumenta y el miedo es abrumador. Ahora no. Todavía no. Hope necesita más tiempo.

Las enfermeras entran corriendo, seguidas de un médico. Empiezan a examinarme, con caras serias.

- Vamos a llevarte a la sala de partos, Olivia.

Todo está borroso. Oigo la voz de Ethan, pero no entiendo lo que dice. Ya estoy en la camilla que me llevan por los fríos pasillos y parpadeo, intentando ponerme en sintonía conmigo misma, pero la cabeza me va a mil por hora y no puedo ser racional con el dolor que me está destrozando.

¿Y si le pasa algo a Hope? Y si...

- Preparen el quirófano. - Alguien grita.

- "Pero habíamos dispuesto que fuera un parto normal, doctor", argumenta Ethan.

- El cordón está enrollado alrededor del cuello del bebé, tenemos que actuar rápido.

- Ethan... - Se me quiebra la voz y su mano busca la mía. Tiene tanto frío como yo.

- Estoy aquí, Liv. No voy a ir a ninguna parte.

Las lágrimas empiezan a caer. El dolor es intenso y cada segundo parece una eternidad.

- Tengo miedo.

Me aprieta la mano con más fuerza.

- Eres la mujer más fuerte que conozco, Olivia. Hope y tú estaréis bien. Te lo prometo.

Asiento y grito al segundo siguiente, cuando aparece una nueva contracción. Me siento débil hasta para gritar.

Dios, dame fuerzas. Tengo que traer a Hope al mundo.

El quirófano está frío y lleno de luces cegadoras. Los médicos y las enfermeras se mueven con rapidez, hablando en términos que apenas entiendo. Ethan permanece a mi lado, cogiéndome la mano y murmurando palabras de consuelo. Recibo una inyección en la espalda que me hace ver estrellas, pero el dolor no tarda en desaparecer, es como si flotara.

- Avísanos de cualquier molestia, Olivia. Sacaremos a tu bebé en un minuto. - Veo los ojos de mi médico y me alegro de que haya llegado a tiempo.

- Estoy muy orgullosa de ti. - Ethan, también vestido con ropa de hospital, se inclina y me besa en la frente. - Cuando te conocí, tus maneras de niña me cogieron por sorpresa. Torpe, desordenada y dispuesta a decir cualquier cosa. Creo que me enamoré de ti en ese mismo instante, incluso antes de que el café se derramara sobre los dos. - Se me escapa una débil sonrisa, me siento blanda pero feliz ante el recuerdo. - Pero en los meses que he tenido el placer de compartir la vida contigo, he descubierto a una mujer fuerte, intrépida y con un corazón enorme. Siempre estás dispuesta a ayudar a alguien, a sonreír y alegrar el día a todos los que te rodean y, sobre todo, a traer paz y felicidad a mi vida. Gracias, Olivia, es un

honor para mí haber seguido tan de cerca este embarazo. Y de que lo hayas hecho por mí.

Es como decir adiós, mi mayor miedo materializado. Ahora es el momento de dar a luz, se llevará a su hija y me despedirá, como ya estaba previsto. Abro la boca para preguntar, pero no puedo, siento una fuerte presión, casi insoportable, y mi cuerpo se siente agotado, como si se rindiera. Entonces llega el sonido que lo rompe todo: un grito.

La cabeza me da vueltas, pero lo oigo. Hope está llorando. Ha nacido, está viva.

Miro a Ethan y veo lágrimas cayendo por su cara.

- Está bien, Liv. Hope está bien.

Mi corazón se relaja, una sensación de alivio absoluto me invade.

- Cuida de ella, Ethan... - susurro, la voz me flaquea.

Mi visión empieza a oscurecerse y siento que mi cuerpo cede. Me arrastran a un lugar quieto y silencioso, pero no tengo miedo.

Si este es mi último recuerdo, ha merecido la pena. Al menos he dejado algo bueno en el mundo.

Y entonces todo desaparece.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Mi mente parece atrapada en una pesadilla mientras observo a los médicos corriendo alrededor de Olivia. El sonido de los monitores pitando, las voces urgentes, el olor estéril del hospital. Nada tiene sentido.

No tengo recuerdos de la muerte de mis padres. Dos policías se presentaron en casa para dar la noticia. Murieron en el acto, así que no hubo que esperar en el hospital. Y para alguien que tenía miedo de morir, no podía imaginar sentir esta opresión aplastante en el pecho.

- Sr. Davis, necesitamos que se vaya.

- No. ¡No me voy a ninguna parte! - grito, intentando pasar a la enfermera que me bloquea.

Intercambia una mirada firme con un guardia de seguridad y, antes de que pueda reaccionar, siento unas manos que me empujan

fuera de la habitación.

- ¡Olivia! - grito, mi voz resuena en el pasillo.

Mi cuerpo tiembla de frustración, desesperación y miedo. Una parte de mí quiere luchar contra todos, pero la otra sabe que no puedo hacer otra cosa que esperar. Tengo que centrarme en ella. Sólo en ella.

Espero lo que parece una eternidad hasta que veo salir a una enfermera con Hope, envuelta en una manta tan pequeña que casi desaparece entre sus brazos.

- ¿Cómo está? - pregunto tras un resuello, porque no confío en mi voz.

- Hope está bien, señor Davis. La llevamos a pediatría para hacerle unas pruebas rutinarias.

Me da una pequeña placa y me indica la dirección. Mis pies se mueven antes de que mi mente pueda procesarlo, y en cuestión de segundos estoy delante de la ventanilla de pediatría.

Allí está ella. Mi pequeña Hope.

¿Pequeña? No. Parece... enorme. Los números de su ficha lo confirman. Tres kilos y cuatrocientos gramos. Sabía que Olivia era fuerte, pero no tenía idea de que nuestra hija también heredaría esa fuerza tan pronto.

- Es preciosa, ¿verdad? - dice una voz suave detrás de mí.

Tía Mabel.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar, mientras sigo mirando a Hope, los ligeros movimientos de sus manitas, la calma en su carita.

- Olivia. Necesito a Olivia", susurro en voz baja.

Mabel me pone la mano en el hombro.

- Se pondrá bien, Ethan. Tienes que creer.

- Yo no tengo una fe tan inquebrantable como tú, tía. - Me froto los ojos, intentando ahuyentar las lágrimas que quieren salir. -

Nunca pensé que encontraría el amor, tía, pero lo encontré. Cuando lo encontré, pensé que me sacaría de la ecuación antes de tiempo y te haría sufrir, así que luché contra ello, pero era inevitable.

- Me alegro de que encontraras el amor, hijo mío. Merecías sentirlo.

- ¿Pero qué sentido tiene, tía? Voy a morir y ella está ahí dentro ahora y...

- ¿Sr. Davis? - Me doy la vuelta y veo a una enfermera empujando un pequeño catre. - Voy a llevarla a su habitación, ¿puede venir con nosotros?

- Pero... ¿no tendrá que estar en observación o algo así, ya que nació prematura?

- El pediatra vendrá a hablar con usted, pero esta niña está bien. Tiene buen peso, la talla adecuada y los análisis han salido bien. Es fuerte como una roca. - Sonrío suavemente y al menos una parte de mi corazón se calma.

- Venga, vamos. Yo te acompaño. - La tía Mabel toma la delantera y camina despacio con ella. Me tomo mi tiempo antes de seguirlas.

Entro en la habitación, que aún huele a Olivia. Miro el suelo y veo que ya lo han limpiado, la enfermera habla en voz baja con la tía Mabel y yo voy al baño a lavarme las manos. Cuando vuelvo, veo que el paquetito rosa se mueve y se me acelera el corazón.

Voy a conocer a mi hija.

- ¿Quiere que se la ponga en el regazo? - pregunta la enfermera.

- Lo hace. - Responde la tía Mabel y yo le doy las gracias con la cabeza, ya que parezco incapaz de hablar. La saca de la cuna y me la pone en los brazos.

La sostengo con cuidado, como si fuera de cristal. Mi corazón late tan fuerte que todos en la habitación deben de estar

escuchando. Es imposible no sentir el peso de la responsabilidad, pero también... el amor. Un amor tan grande que da miedo.

- Hola, princesa -susurro, besándole la frente-. - Este es tu padre. - Respiro hondo para tragarme las lágrimas. - Tu madre llegará pronto. Se pondrá bien. Es fuerte y volverá con nosotros.

Mabel me mira, con una sonrisa emocionada en la cara.

- Tiene suerte de tenerte, Ethan.

- No, nosotros tenemos suerte de tenerla a ella -respondo, incapaz de apartar los ojos de mi princesita.

Antes de que pueda decir nada más, una enfermera entra corriendo en la habitación.

- ¿Señor Davis? El médico le llama.

Mi corazón parece detenerse por un segundo.

- ¿Olivia está bien?

- No lo sé. Tiene que hablar con él.

La enfermera vuelve a cogerla, aunque dudo en separarme de ella.

- Yo la cuidaré.

Salgo y sigo a la enfermera que me está esperando. Me froto las manos en el costado del pantalón e intento controlar mi nerviosismo. Una punzada de dolor me golpea un lado de la cabeza y me aprieto el lugar con el dorso de la mano.

Ahora no.

Recuerdo que hoy no me he tomado la medicación.

Ahora no.

Dentro de la habitación, el médico de Olivia, el doctor Miller, y otro médico que no conozco están de pie en medio de la habitación y me tienden la mano para saludarme.

- Sr. Davis, en primer lugar, felicidades por el nacimiento de Hope. - Empieza, pero noto que hay algo más en sus ojos.

- Gracias, doctor. ¿Cómo está Olivia? - pregunto, intentando ocultar el temblor de mi voz.

- Este es el doctor Harrison, el neurólogo. Ha mirado las pruebas que le hicimos a Olivia y no detectamos ningún problema neurológico.

Gracias a Dios.

- ¿Ya está despierta?

- Todavía no. Ha perdido mucha sangre, ahora necesita descansar.

- ¿Pero aún está en riesgo? - Sólo de preguntarlo se me revuelve el estómago.

- La estamos vigilando, pero todo indica que se pondrá bien, pero tenemos que esperar.

Asiento con la cabeza, doy las gracias a los dos médicos y me vuelvo con mi princesa. No tengo ni idea de cómo cuidar a una niña, pero lo haré, por mí y por Olivia.

Estará orgullosa de mí en cuanto se despierte. Y estoy deseando que eso ocurra.

Olivia



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Me despierto despacio, como si saliera de una larga inmersión en las profundidades del océano más oscuro que existe. Tengo la boca seca y me pesan todos los músculos del cuerpo, pero hay algo... algo nuevo. De hecho, es como si faltara algo.

Un suave grito corta el silencio y, de repente, siento movimiento a mi alrededor. Mis ojos revolotean como si tuvieran una masa pegada a ellos, pero me obligo a abrirlos.

Parpadeo varias veces para aclarar la vista y veo a una enfermera acunando a mi niña. Me invade una oleada de amor que no puedo explicar.

Ha nacido.

Me llevo la mano al vientre, que sigue un poco hinchado, pero mucho más vacío de lo que me gustaría.

Me alegro de que Hope esté bien, pero ahora ya no me pertenece. Y se siente... extraño. Sobre todo porque no tengo ningún poder legal sobre ella.

Me trago la emoción. No puedo pensar en eso ahora.

-Quiero... conocerla -digo con una voz tan baja y ronca que ni siquiera la reconozco como mía.

- Mira, mamá está despierta -dice la mujer de blanco en voz baja, acercándose a mí con una suave sonrisa en los labios. Pulsa el botón que hay junto a mi cama y se endereza de nuevo.

- Déjeme verla", le pido, estirando el cuello, pero una punzada en el estómago me hace estremecerme.

- El médico vendrá y pronto tendrás a esta princesa en tus brazos", me asegura.

Asiento con la cabeza e intento tragar saliva, es como tener papel de lija en la garganta.

- ¿No tenía que quedarse en la incubadora? - Hago fuerza para pronunciar cada palabra.

- No. Nació muy bien. Y se ha desarrollado bien en los últimos días.

- ¿Días? - Ensancho los ojos. - ¿Cuántos días?

- Tres. - Su respuesta me sorprende, pero no tengo más tiempo para preguntar. Llega un médico acompañado de dos enfermeras y todo se vuelve frenético. Exámenes, preguntas, pequeños sorbos de agua. Al cabo de un rato me traen un tentempié para que me reponga. Voy al baño, camino un poco y doy gracias a Dios porque el médico me asegura que estoy bien.

He perdido mucha sangre y mi cuerpo ha entrado en shock. Esa es la única razón por la que estuve dormida tanto tiempo. Me alivia saber que no es nada grave. Y decepcionado también. Pensaba que Ethan estaría aquí, pero me doy cuenta de que su vida no puede detenerse por mi culpa, sobre todo sin saber a ciencia cierta cuándo despertaré.

Tres días despierto. Parece una locura, sobre todo para mí, que nunca solía ponerme enferma.

- ¿Estás lista para sostenerla, Olivia?

Mi corazón se detiene un segundo. Asiento con la cabeza apresuradamente y extiendo los brazos. La enfermera tiene cuidado de colocármela encima. La envuelve con mis manos y creo que está dormida, pero sus ojos inteligentes están abiertos y me miran con curiosidad. Tan pequeña. Tan perfecta. El calor se extiende por mi pecho y estoy segura de que nunca sentiré algo tan pleno y poderoso en mi vida.

Las lágrimas caen antes de que pueda detenerlas.

- Es... preciosa -digo con la voz entrecortada.

- Sí, lo es. Una luchadora, como tú.

- Hola, pequeña -susurro-. - Soy tu mamá.

Mi voz despierta algo en ella, porque se mueve y meto el dedo en su manita y la suya se aferra a él con agilidad. El agarre es fuerte para su tamaño y capto el mensaje.

- Estoy aquí, mi pequeña belleza. Aquí contigo.

Sonrío entre lágrimas y, cuando sus ojos empiezan a cerrarse, aparto mi atención de ella y miro a la enfermera que nos ha dado intimidad, pero que me presta atención.

- ¿Ha venido Ethan?

- Ah, sí. - Mueve la cabeza varias veces. - Ha estado aquí todo el tiempo. Es una lucha cuando tengo que llevar a Hope a la ducha. - Sonrío suavemente y me da un vuelco el corazón al saber que será esa clase de padre. - Pero ha tenido que marcharse unas horas para llevar a Mabel a casa. Se enfadará mucho al saber que se ha despertado justo cuando no debía.

- ¿Mabel está bien?

- Sólo fue un pequeño problema de presión. Nada grave, pero el médico que vino a verla le recomendó que descansara un tiempo en casa.

- Ya veo. Gracias por la información.

- Imagínese. Pregúntame todo lo que necesites saber.

- Bueno... - Ya que me deja, continuaré. - ¿Es normal que aún tenga sueño después de estar inconsciente tantos días?

- Sí, es normal. Tu cuerpo aún está en estado de protección y ahorrando energía. No te preocupes.

- ¿Y si duermo con ella en brazos?

- Pronto estaré aquí. No te preocupes.

Me inclino un poco, le beso ligeramente la frente y dejo que la plenitud me inunde.

La acuno suavemente y el suave sonido que emite me llena el corazón. Siento una oleada de amor tan poderosa que casi me abruma.

Sigo acariciándola hasta que el cansancio vuelve a invadirme, sé que me han quitado a Hope de los brazos y siento que bajan ligeramente la cama, pero no puedo abrir los ojos, es como si hubiera pegamento.

Vuelvo a sumirme en la oscuridad, pero esta vez sueño con algo dulce y surrealista que me hace sonreír incluso en sueños. Un vestido blanco. Un altar. Ethan esperándome al otro lado. Hope en el regazo de Mabel, con un vestidito de tul. Me besa en la frente y parece tan real.

Es como si todos mis deseos se hubieran hecho realidad. Una familia. Es todo lo que siempre he querido en secreto.

Pero el sueño se interrumpe. Una voz firme, llena de tensión, invade mi mente.

Abro los ojos lentamente y veo a Ethan, de pie en el arco que da a la habitación anexa al dormitorio. Está hablando por teléfono y tiene los hombros tensos.

- Sí, se ha despertado y yo no estaba aquí. Se ha vuelto a dormir. - Suelta un suspiro cansado y escucha un poco más mientras se pasa la mano por el pelo. Miro a mi izquierda y Hope duerme

plácidamente en su cuna de hospital. - No me pidas que mantenga la calma, Arnold, la situación es bastante sencilla. Sólo tienes que cumplir el contrato. Las cláusulas eran muy específicas desde el principio, y ella conocía el plazo. Le pagué una fortuna para que cumpliera el acuerdo. Ahora, el tiempo se ha acabado.

Se me estruja el corazón. ¿Contrato? Habla de forma tan impersonal, tan fría, que siento que algo se rompe dentro de mí.

¿Se trata de mí? ¿Sigue viéndome sólo como parte de un acuerdo?

- ¡No puedo dejarlos otra vez e ir a solucionarlo! - Un poco más de silencio mientras se dirige a la ventana. - Maldita sea. Estaré allí en diez minutos, pero firmaré el acuerdo y volveré aquí.

Contengo las lágrimas y vuelvo a cerrar los ojos, haciéndome la dormida. Termina la llamada con un suspiro irritado.

- Henry, prepárate, tenemos que ir a la empresa y volver cuanto antes.

Oigo el sonido de sus pasos acercándose a mí, controlo mi respiración y mantengo los ojos cerrados.

- No tardaré en volver. - Me besa en la frente y oigo cómo se cierra la puerta de la habitación.

- No llores todavía -susurro, enderezándome para sentarme, aunque me duele el corte de la cesárea.

Reúno la dignidad que me queda, subo los pies a la cama y pruebo el equilibrio. No tengo mucho tiempo.

Tengo el móvil en la mesilla, así que llamo a la única persona que sé que puede ayudarme en este momento.

- Hola, colega. Ethan me ha dicho que estabas despierto, así que voy a verte.

- Taylor, ayúdame.

-¿Qué ha pasado? - Su voz cambia al instante.

- Trae una gorra y una chaqueta grande, por favor.

- Pero...

- Sólo hazlo. Te lo explicaré todo más tarde. Por favor, date prisa.

- Estaré allí en unos minutos.

Pulso el timbre junto a la cama y, con lágrimas en los ojos, saco a Hope de su cuna, abrazándola con fuerza por última vez.

- Puede que no sea tu verdadera madre, pero te quise cada segundo que estuviste dentro de mí, y te querré el resto de mi vida, pero tengo que respetar los deseos de tu padre. Perdóname. - Le beso la frente, sintiendo cómo las lágrimas mojan la manta. - Mamá te quiere, mi pequeña. Más que a nada y para siempre.

Dejo a Hope en su cuna con el corazón hecho pedazos.

- ¿Señora Davis? - La enfermera entra mirándome con desconfianza. - ¿Siente algo?

- ¿Podría llevarla a bañar, por favor? Quiero estar lista con ella cuando vuelva Ethan.

Por suerte, ella le dedica una amplia sonrisa sin sospechar nada.

- Por supuesto. ¿Necesitas ayuda con el baño?

- No. Estoy bien. Estoy bien. Gracias.

Ella asiente y empuja el catre hacia la puerta, llevándose parte de mí con él.

- Por favor, Dios, cuida de ella -susurro, sin ocultar ya las lágrimas.

Y con eso, me dispongo a dejarlo todo atrás. Aunque me duela más que nada de lo que he sentido nunca.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

- ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

- No lo sabemos con seguridad, señor -dice la enfermera jefe, retorciéndose los dedos con aparente nerviosismo. - "Usted le pidió a nuestra enfermera que llevara al bebé a bañarse y cuando volvió, la habitación estaba vacía.

- ¿Me está diciendo que nadie vio salir a un paciente? - Gruño y, al ver la mirada sorprendida de la mujer, me estremezco. Me doy la vuelta y me pellizco el puente de la nariz. - Quiero ver las cámaras de seguridad, por favor.

- Aquí hay una nota. - dice una de las enfermeras mientras va a quitar las sábanas de la cama.

Alargo la mano para coger el papel con dedos temblorosos. Me duele la cabeza, pero lo ignoro.

"Espero haber hecho bien mi parte. Os llevaré a Hope y a ti en mi corazón el resto de mi vida. Cuídala bien y ten una vida feliz, Ethan, te lo mereces. Adiós, Olivia".

Si creía que alguna vez me habían roto el corazón, me equivocaba. No tenía ni idea de lo intenso que era el dolor.

- Me gustaría estar solo para... - *respirar* - empacar las cosas de Hope y llevársela.

Se van sin decir una palabra y me llevo la mano al pecho intentando coger aire, pero es una tarea muy difícil. Olivia se ha ido, no sólo llevándose con ella una parte de mi corazón, es como si se hubiera llevado todo el oxígeno que necesito para respirar. Ella es mi aire. Ella es el sentido de mi vida. ¿Por qué se fue? ¿Por qué me dejó?

Era el trato desde el principio.

Mi lado lógico lo piensa, pero no puedo creerlo. No era sólo por el dinero. Teníamos algo más. *Lo sé*. *Lo sentí*.

El murmullo de Hope se convierte rápidamente en llanto y la cojo en brazos, pequeña, frágil y con el corazón roto, igual que yo.

Tu madre nos ha dejado.

- Todo irá bien, pequeña, te encontraré y te traeré de vuelta con nosotros", le aseguro, sintiendo que se me hace un nudo en la garganta.

La amamanto hasta que se le cierran los ojos y vuelve a dormirse. La acuesto en su cuna y me dirijo al armario. Olivia no se ha llevado nada que fuera suyo. La ropa que trajo está aquí sin tocar. Sólo se ha llevado el bolso y el móvil. Cojo la maleta de ruedas del rincón y empiezo a guardar con cuidado cada prenda que ha elegido. Recuerdo el brillo de sus ojos y el cuchillo que se me ha clavado se hunde un poco más.

- ¿Qué ha pasado?

- ¿Qué haces aquí, tía? - Frunzo el ceño cuando la veo jadear en la puerta del dormitorio. - Deberías estar descansando.

- Me lo ha dicho Henry. ¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

- No ha desaparecido, ha dejado una nota y se ha ido. - Hago fuerza para que salgan las palabras, aunque tengo la garganta cerrada.

- No es posible. Esa chica os quería a Hope y a ti. ¿La has llamado?

- Sí. No contestó. - No te diré que lo hice casi cien veces después de que me llamaran del hospital. - Es su elección, no puedo obligarla.

- Deja de comportarte como un idiota, Ethan. - Me regaña y yo levanto la vista, sobresaltado por su arrebato. - Ve a luchar por tu chica.

- ¿Por qué, tía? En unos meses...

- Deja de usar este tumor como un freno de mano para tu felicidad. Al contrario, úsalo como un recordatorio para vivir, amar y disfrutar cada segundo como si fuera el último. El victimismo no va con un hombre como tú. - Me da un ligero golpecito con su bastón en el hombro y se acerca. - Déjame ayudarte a llevar a esta princesa a casa.

Trabajamos en silencio y dejo que sus palabras calen hondo en mí.

Necesito saber dónde está.

El camino hasta el piso es incómodo. Echo de menos su presencia a mi lado y Hope parece sentir lo mismo, pues está agitada. Una de las razones por las que mantuve a mi bebé en el hospital incluso después de que le dieran el alta fue que sólo el olor de Olivia la calmaba. ¿Qué voy a hacer sin ella? ¿Qué vamos a hacer?

El silencio del piso me golpea como un mazazo. Dejo a Hope en el catre portátil que hemos montado en el salón. Pensé que después de tantos días en la cama, Olivia no querría quedarse sola

en su habitación demasiado tiempo, así que moví todo el piso para que nuestro bebé pudiera quedarse con nosotros y hacerle la vida más fácil.

Nuestro bebé.

¡Maldita sea! Empiezo a pasearme de un lado a otro, intentando juntar las piezas de algo que ni siquiera sé cómo empezó a romperse

- ¿Por qué me has hecho esto, Olivia? - murmuro para mis adentros.

- ¿Has considerado la posibilidad de que pensara que la apartarías porque el contrato había llegado a su fin?

- Después de todo lo que hemos vivido en los últimos meses, ese contrato ya no vale nada.

- ¿Se lo dijiste?

- No. Era obvio.

- ¿A quién? - Ella arquea una ceja.

- No tiene sentido.

- ¿Hablaste con ella después de que se despertara?

- No. Volví en cuanto me avisaron, pero cuando llegué se había vuelto a quedar dormida.

- ¿Y tuviste que salir de nuevo?

- Sí. Tuve un problema con el arquitecto del proyecto del centro comercial. Intenté resolverlo con una llamada telefónica mientras estaba allí, pero no pude. Pensé que tardaría un poco en despertarse de nuevo y me fui, pero fue rápido.

- ¿Crees que ha oído algo que no debía? - pregunta Mabel, con un brillo de sospecha en los ojos.

- No. No tiene sentido. Estaba dormida, pero lo único que dije mientras estaba allí...

Las palabras mueren en mis labios mientras un fragmento del día se cuela en mi mente. La llamada telefónica. Mi tono áspero. El

contrato.

- "Dios mío", murmuro, levantándome bruscamente.

- ¿Qué le pasa?

- Quizá... quizá me ha oído. Estaba hablando por teléfono sobre ese contrato, y... había que resolverlo porque se había pasado el plazo. ¡Maldita sea!

Mabel me mira con lástima, pero también con esa forma tan directa que tiene.

- ¿Y si lo ha oído? Ya sabes cómo se siente la gente cuando cree que sólo forma parte de un plan.

- Pero no lo es, Mabel. No después de que la traje a mi casa y descubrí que se sentía diferente.

- Así que, querida, será mejor que lo dejes claro.

Cojo el móvil y llamo a Amalia, por desgracia no tiene ni idea de dónde puede estar Olivia. Cosa que ya me esperaba. Su amistad se ha enfriado mucho. Taylor no contesta y puede que Olivia esté con ella, pero no sé dónde vive.

- Es hora del biberón de nuestra pequeña. Creo que te vendrá bien darle de comer y dormirla. Haz lo mismo y mañana, con la cabeza bien puesta, ve a ver a Olivia y acláralo todo. No tengo ninguna duda de que habéis nacido para estar juntos.

- Gracias, tía. - Le quito el biberón de la mano y me acerco a la cuna. La cojo en brazos y me dirijo a la habitación que con tanto cariño hemos organizado. Aquí cada detalle es de Olivia. Me siento en el sillón de lactancia y le pongo la tetina en la boquita. Succiona rápidamente, pero en lugar de dormir, como siempre que tiene la barriguita llena, llora. La levanto para hacerla eructar, pero está muy incómoda. Le reviso el pañal y no consigo calmarla.

Más tarde, estoy en la habitación de Hope, intentando que se duerma. Pero llora como si sintiera la ausencia de su madre.

- No pasa nada, mi pequeña", le digo, meciéndola.

Pero no está bien. Ni siquiera se acerca. Las lágrimas de Hope sólo hacen que afloren las mías.

- Voy a encontrar a tu madre, Hope", le susurro, con la voz quebrada, y ella parece entender que yo tampoco estoy bien, porque deja de llorar. - Voy a traerla de vuelta.

Echo la cabeza hacia atrás y, por un momento, siento el peso aplastante de todo.

- Sin ella, mi vida no tiene sentido. No tiene ningún sentido.

No importa cuánto tiempo me quede de vida, pero quiero pasarlo con ella.

Hope murmura suavemente y le beso la frente.

- La necesitamos, niña. Y haré lo que sea necesario para recuperarla. Te lo prometo.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

- ¿No crees que va a ser peor, Liv?

- ¿Peor de lo que es? Es imposible. - Resoplo y cierro el nuevo bote. - Nunca había sentido tanto dolor. Pensé que mejoraría con el paso de los días, pero no ha sido así. Así que, sí, voy a ceder e iré allí. No puedo soportar más este anhelo.

- ¿Tú también vas a verlo?

- No. Mabel dijo que tiene una reunión temprano. - El sacaleches deja de funcionar en mi pecho derecho y lo saco sintiendo un alivio instantáneo. Desgraciadamente es sólo lo físico, lo emocional sigue hecho jirones.

Tuve que llamar a mi médico y decirle que tenía tanta leche que me estaba causando mucho dolor. Me aconsejó que donara al banco de leche, o incluso que le diera el biberón a mi hija, ya que mentí y dije que Hope no había tomado el pecho.

Algo me dice que ella sabía que algo iba mal, lo cual no es sorprendente. Todos en ese hospital deben saber que abandoné a mi hija.

Se me escapan dos lágrimas y me las seco rápidamente. Creía que ya se me habían acabado.

El dolor en el pecho es insoportable. Es como si me oprimieran todo el corazón y me doliera a cada latido.

- Todo va a salir bien, amigo mío.

- Creo que no te lo he agradecido lo suficiente -digo levantándome para organizar la bolsa de la nevera-. Primero voy al hospital a dejar unos envases y luego me dirijo al piso de Ethan. Solo de pensarlo se me acelera el corazón.

- Y no lo necesitas. No te voy a mentir, ojalá hubieras confiado en mí antes. Creo que todos los problemas que tuviste durante el embarazo fueron porque te oculté este secreto. Es una carga pesada, Olivia.

- Sé que lo es. Y me arrepiento, pero pensé que si no hablaba de ello, el problema desaparecería. Nacería la esperanza y viviríamos felices para siempre. - Resoplo, secándome más lágrimas obstinadas. - Qué idiota he sido. Se limitó a jugar conmigo mientras yo estaba completamente implicada.

- Sé que vas a querer pegarme, pero ¿estás segura de que le oíste decir lo de tu contrato?

- Sí. Fue muy claro con el abogado. - Dejo escapar un fuerte suspiro y cojo mi bolso. - Sabes que me ha encantado tenerte aquí conmigo estos días, pero si quieres volver a tu piso, lo entenderé. Tu vida no puede detenerse por mi culpa.

- Me quedaré todo el tiempo que me necesites. - Me coge de las manos y yo sonrío en señal de agradecimiento. Sabía que la mensualidad que pagué en el gimnasio antes de que me atracaran no era casualidad. - Aprovecharé que sales para comprar algo de ropa. Luego nos vemos aquí.

Asiento y bajamos al hall del hotel. Ojalá hubiera buscado ya un piso y me hubiera instalado, pero cuando salí del hospital con la ayuda de Taylor, solo pensaba en encontrar una cama en la que llorar. Reservé en el primer hotel que encontré y aquí estoy desde entonces.

El trayecto hasta el ático de Ethan es rápido, incluso con las paradas que hay por el camino. Doy las gracias al taxista y me bajo. Creo que voy a tener que solicitar la entrada, pero el reconocimiento facial me autoriza rápidamente.

Yo>> Estoy subiendo.

Mabel>> Te estamos esperando, cariño.

Las puertas del ascensor se abren y ella me recibe con una cálida sonrisa y un fuerte abrazo, pero también puedo ver la preocupación en sus ojos.

- ¿Cómo estás, cariño?

- Sobreviviendo. - Me fuerzo a sonreír.

Los gruñidos procedentes del salón hacen que se me pare el corazón.

- Puedes ir con ella.

Hay una cuna portátil junto al sofá y sus brazos se mueven. Ni siquiera parece una recién nacida. Dejo la bolsa en el suelo y me agacho a recogerla. Tan hermosa, tan delicada, tan pequeña y, sin embargo, tan perfecta.

- Hola, mi amor -susurro con voz quebrada, estrechándola contra mí-. - Mamá está aquí.

Refunfuña un poco, pero enseguida se relaja en mi regazo. Le acaricio la carita y le beso la frente, sintiendo que el peso de la nostalgia se derrumba sobre mí.

Oigo pasos detrás de mí y, por alguna razón, sé que no es Mabel.

- Es Olivia.

Me quedo helada al oír su voz. Ethan está en la puerta y la intensidad de sus ojos me acelera el corazón.

- Espero que no te importe que haya venido a verte. I...

Se acerca un paso y se pasa la mano por el pelo, como si intentara contener su propia confusión.

- ¿Por qué has huido de mí? ¿De nosotros?

- No he huido -le digo, con la voz más a la defensiva de lo que me gustaría. - Era lo que había que hacer.

Se ríe, pero no es una risa alegre. Es un sonido lleno de frustración.

- ¿Por qué? ¿Por quién? Casi me vuelvo loco cuando te fuiste. Y Hope...

- No hables como si yo tuviera la culpa. - El bebé se retuerce en mi regazo, sintiendo mi cambio de opinión, y respiro hondo para calmarme.

- DE ACUERDO. No nos peleemos, pero estoy segura de una cosa: tenemos que hablar para aclararlo todo. ¿Estás de acuerdo?

- No creo que haya nada que aclarar.

- Por favor", me pide y me fijo en su cara. Las profundas ojeras y su rostro delgado dejan claro que está sufriendo tanto como yo.

Nos merecemos un cierre mirándonos a los ojos.

- Muy bien, tengamos esta conversación.

Acepto, sintiendo ya las lágrimas punzantes. Y estrecho aún más a Hope entre mis brazos. Sólo espero que no me impida verla. Nunca lo aceptaré.



CAPÍTULO VEINTICINCO

- ¿Quieres poner a Hope en su cuna? Puedo prepararnos algo de comer.

- No tengo hambre, gracias. Y si no es un problema, me gustaría quedarme con ella.

Asiente y señala los sofás. Se sienta en uno frente a mí y apoya los codos en las rodillas, mirando un rato hacia abajo.

En cuanto pongo su cuerpecito en mi regazo, parece oler la leche, mientras se frota la boca contra mi blusa. Lo más loco es que, aunque lo vacié antes de salir, ya noto el pecho lleno otra vez.

Miro y veo que el termo ya no está.

- Tiene hambre", digo, triste por tener que separarme de ella tan pronto.

- Creo que te quiere a ti -señala con la cabeza-. - Ha tomado el pecho hace poco.

- Pero...

- Ponla al pecho, lo desea tanto como tú. Te echamos de menos -confiesa, la voz quebrándosele al final.

Me trago las lágrimas y me abro la blusa, bajándome el sujetador y la protección que compré ayer en la farmacia.

Hope parece un pececito buscando mi pezón y pronto lo encuentra, chupando con avidez.

- ¿Le duele? - Creo que lo pregunta por mi mueca de dolor.

- Es que me molesta. Pero es... increíble -confieso, contemplando su carita apacible mientras mueve la boca-.

- Olivia... ¿por qué te fuiste? - Aprieto los labios y me preparo para una confrontación.

- Te oí hablar por teléfono -admito, acercando a Hope a mí. - Sabía que cuando ella naciera se acabaría el contrato, así que antes de que apareciera el abogado para echarme, quería...

- Olivia, nunca fue por ti. Nunca. - Me interrumpe, la incredulidad en su voz casi palpable.

- ¿Cómo no iba a serlo? Dijiste que seguía dormida y que pagaste una fortuna y que sabíamos lo de las cláusulas desde el principio y...

- ¡No!" Se levanta y se acerca a mí. - Arnold pidió hablar contigo y volvimos al tema por el que me había llamado. Era sobre el arquitecto del centro comercial. Ya se le ha pasado el plazo y, sin embargo, sigue dando largas a su parte del proyecto. Se acercaba la fecha de inauguración y yo estaba cabreada. Pero no dije nada sobre ti. Créeme, yo...

- I...

- Toma. - Saca un papel del bolsillo y lo parte por la mitad. - No me sirve de nada. Lo nuestro va mucho más allá de un trato comercial, espero que lo sepas.

- ¿Tú... rompiste el contrato? - Ensancho los ojos.

- Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida en mucho tiempo. Y Hope... ella es la prueba de que algo aún puede funcionar.

Mis lágrimas empiezan a caer de nuevo y, antes de que me dé cuenta, está justo delante de mí, con sus manos tocándome la cara.

- No soy perfecto. No soy ni la mitad del hombre que te mereces. Pero te quiero.

Sus palabras me golpean como una avalancha y siento que mi corazón se abre, incluso contra mi voluntad.

- ¿Me quieres?

- Sí, te quiero, pero antes de pedirte que me aceptes en tu vida, tengo que decirte algo muy serio. Sólo después de tu respuesta podremos seguir adelante.

Aprieto los ojos hacia ti y miro a Hope, que está dormida y tiene mi pico asomando por la boca.

- Voy a meterla en su habitación.

- No", dice rápidamente. - "Déjala aquí en la cuna. Luego la llevaremos allí.

Asiento con la cabeza y la acuesto con cuidado, colocando la manta a su alrededor.

- Puedes hablar -digo, sentándome de nuevo-.

- Tengo un tumor en la cabeza. - Se me corta la respiración y la miro fijamente a los ojos.

- Por eso tú... - No puedo terminar.

- Sí. Antes de recibir esta noticia, nunca había pensado en formar una familia. Creía que no era para mí por mi experiencia vital. Confieso que tenía miedo de irme sin alguien para dejar todo lo que había construido. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de la selección para encontrar una mamá para mi bebé.

- Ah, Ethan. - Me duele tanto el pecho que no puedo decir mucho más que eso. Alargo la mano y te cojo, intentando darte todo

el consuelo que puedo. - ¿Así que por eso la medicación y los dolores de cabeza?

- Sí.

- ¿Cómo es el tratamiento? ¿Te van a operar?

- Desafortunadamente no hay cura. El médico dice que está demasiado avanzado para moverlo.

- ¿Conseguiste una segunda opinión?

- Es el mejor del país.

- Entonces...

- Así que me quedan unos meses de vida. Por eso era tan reacia a entregarme a ti. - Se seca una lágrima. - Pero no tenía ninguna posibilidad contra esos preciosos ojos -Suelta un largo suspiro y cambia la posición de las manos, estrecha la mía entre las suyas y nuestros ojos se encuentran con gran intensidad-. - Olivia, lo entenderé si prefieres...

- No termina. - Me levanto y me detengo delante de él. Él hace lo mismo y yo levanto la cabeza para seguir mirándole. - No importa si vamos a estar juntos un año o cien, quiero estar contigo, Ethan. Te quiero y quiero pasar cada día haciéndote feliz.

- Tú ya lo haces. - Me levanta la barbilla con los dedos, acariciándola suavemente. - No sabía lo que significaba esa palabra hasta que llegaste a mi vida, pero ahora sí. Y aunque sé que no es justo para ti, soy demasiado egoísta para dejarte marchar. Así que, si estás de acuerdo, me gustaría besarte ahora. - Le doy el permiso que necesita con un leve movimiento de cabeza y al instante siguiente su boca está sobre la mía. Lenta y tortuosamente, su lengua busca la mía y nos rendimos en este momento con todo el amor que irradia entre nosotros.

¿Me entristece que tenga un problema de salud tan grave? Por supuesto. Voy a luchar para que busque tratamiento y viva más tiempo a mi lado, pero desgraciadamente, si no puedo cambiarlo,

me aseguraré de que el tiempo que le queda sea pleno y lleno de momentos increíbles.

- Ahora quiero llevarte a la cama.

- Sigo de parto, Ethan -digo, casi gimoteando-.

- Besarte y abrazarte será suficiente para mí. - Apoya la frente contra la mía. - He vivido un infierno estos últimos días, primero con el miedo a perderte cuando estaba inconsciente, y después de que te fueras, el dolor de haberte perdido de verdad. Deja que me quede contigo.

Le dedico una dulce sonrisa.

Creo que ha conquistado mostrar su vulnerabilidad para siempre. Es una victoria.

- ¿Y Hope?

- La dejaremos en su habitación y nos llevaremos el vigilabebés.

Me gusta el plan. Recojo a mi princesa con cuidado y camino por el pasillo, sintiendo cómo mi corazón se pega pedazo a pedazo. El miedo a no volver aquí nunca más, a no volver a verlos, era tan asfixiante.

Ahora tengo una familia. Por fin. Y lo daré todo por ella.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando veo la habitación lista y oliendo a bebé. Me inclino para acostarla y es entonces cuando se me para el corazón.

Atado al zapatito rosa que compré cuando supimos el sexo y que nunca llegué a enseñar a Ethan hay un solitario con un diamante redondo sujeto por cuatro garras. Es sencillo e increíblemente hermoso.

Termino de tumbarme, Hope coge el anillo y, cuando me doy la vuelta, tiene una rodilla en el suelo.

- Ethan...

- No soy el hombre perfecto para ti, Olivia. Te mereces a alguien sin una bomba de relojería en la cabeza, pero no soy lo bastante fuerte para mantenerme alejado, así que, Olivia Moore, ¿me harías el honor de llevar mi apellido y quedarte conmigo hasta los últimos días de mi vida?

- No hay nada que desee más en mi vida, Ethan.

Le entrego el anillo y lloro mientras él desliza la joya en mi dedo anular.

La emoción que siento es tan intensa. Es como si una parte de mí hubiera faltado toda mi vida y ahora... está completa.

- ¿Lista para vivir todo lo que pueda conmigo y con nuestra pequeña?

- Guau.

- Sí, nuestra. Siempre ha sido nuestra. - Ella se agarra a mi cintura y yo apoyo mi mano con el anillo en su pecho. - Nuestra familia. Prometo ser el hombre más dedicado a ti que jamás haya existido.

- Ya lo eres. - Me pongo de puntillas para besarle y saborear ese maravilloso sabor.

Ya me ocuparé de los problemas cuando lleguen, ahora mismo solo quiero disfrutar de mi felices para siempre con ellos. Mientras dure.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

- ¿Estás preparada?

- Sí, estoy preparada. - Sonrío un poco temblorosa, pero la mano de Henry sosteniéndome es todo lo que necesito. Sé que podría entrar sola, pero este hombre ha sido tan importante durante los meses que he estado con Ethan y sé que tiene el mismo peso para mi futuro marido, que me espera al final del pasillo.

Taylor me entrega el ramo de lirios amarillos y yo le doy las gracias asintiendo con la cabeza. Comienza la música y ella encabeza la marcha como mi dama de honor. Arnold será el padrino de Ethan y suelto un último suspiro antes de colocarme al lado de la sala donde tendrá lugar la ceremonia.

Alquilamos este lugar precisamente por las vistas. El Lighthouse at Chelsea Piers está situado junto al río Hudson y, en cuanto llegamos a la alfombra, veo caer el sol exactamente como habíamos planeado.

Camino despacio. He elegido un vestido con tirantes finos adornados con diminutos cristales y un escote en V discreto por delante y más pronunciado por detrás. Eso es lo que me enamoró a primera vista. Pequeños botones de encaje se unen a la falda en forma de A con una ligera cola, y el tejido de crepé de seda es ligero y fluido, moviéndose con gracia. Exactamente lo que quería, sencillo pero elegante.

Llevo el pelo recogido en un moño bajo con un sencillo velo de tul debajo.

Nada demasiado pesado ni llamativo. Elegí a mano algo con lo que pudiera disfrutar de mi fiesta en paz con un bebé de tres meses que observa todo a su alrededor con la mano sobre la boca, sosteniendo a su padre en su regazo al final de la alfombra roja.

Esperanza. Nuestra princesa está preciosa con un vestido de tul blanco con detalles amarillos, y mirarlos me hace estar aún más segura de que hice bien en pedir una ceremonia pequeña e íntima, rodeada sólo de las personas que de verdad me importan, para sellar nuestro compromiso de vida eterna.

Después de todo, la fiesta de inauguración del centro comercial fue tan grande y llamativa que valió por varias fiestas en toda mi vida. La urbanización fue un éxito y Ethan estaba muy orgulloso de ella. Yo también lo estaba, por supuesto. Un chico que perdió a sus padres y consiguió darle la vuelta a la situación y crear tantos puestos de trabajo es para ovacionarlo.

Sonrío a la gente que me rodea con el corazón lleno de amor. Hoy es uno de esos días en los que desearía poder congelar el tiempo para revivirlo una y mil veces.

Henry y su mujer; Arnold y Bianca, Beth y Linael, su marido, la tía Mabel acompañada de una amiga de la residencia de ancianos, Hugo, el novio gato de Taylor e incluso Amalia y Otávio, que aceptaron la invitación con una dosis extra de sorpresa, estaban todos allí, celebrándolo con nosotros.

Ya no tengo amistad con Amália, pero quise invitarla por respeto a la amistad que una vez tuvimos. Pero creo que será el cierre. Si algo he aprendido desde que firmé aquel contrato, es que nada ocurre por casualidad, y que tenemos tantas cosas por las que vivir y preocuparnos, que si nos atamos a lo que no es necesario, nuestras vidas se estancarán.

- Gracias, Henry.

- Gracias por el honor. - Me besa la frente con los ojos llorosos y se vuelve hacia Ethan. - Cuida bien de ellos.

- Los cuidaré.

Todos ríen mientras Hope me alcanza el vestido y yo le entrego el ramo a Taylor para que coja a mi hija en brazos un rato.

El cura comienza la ceremonia y nuestra princesa parece atenta a todo. Acaricio su mejilla y pienso en todos los acontecimientos desde que acepté dar a luz a este ser de luz. Yo era una persona que sólo sobrevivía día a día. Temía apegarme a las personas o a las cosas por miedo a perderlas. Hoy siento que he madurado tanto que he sido capaz de entregar no sólo mi corazón sino también mi alma al hombre que tal vez mañana ya no esté aquí.

Eso es confianza. Eso es fe. Ya no sufro por el pasado ni temo el futuro, vivo el hoy sin reservas, porque eso es exactamente lo que tenemos seguro.

- Ahora escucharemos los votos de la pareja. ¿Olivia?

El cielo es naranja detrás de nosotros y el escenario no podría ser más perfecto.

- Ethan. Siempre he sido bueno con las palabras, de hecho, a veces las uso en exceso. - Oigo las risas de nuestros amigos. - Sin embargo, cuando se trata de ti, nunca parecen suficientes. - Respiro hondo para tragarme las lágrimas. Quiero llegar hasta el final. - Llegaste a mi vida cuando menos lo esperaba. No como un cuento de hadas, sino como un huracán, desordenándolo todo, desafiando mis certezas y haciéndome ver el mundo fuera de mi burbuja

privada. Me has enseñado lo que significa ser fuerte, incluso en los momentos más difíciles. Me has demostrado que, por oscuro que parezca el camino, siempre hay un hilo de luz que merece la pena seguir. - He perdido la batalla, caen dos lágrimas y por suerte mi maquillaje es resistente al agua. - Contigo descubrí que la felicidad no está en las cosas perfectas, sino en los pequeños momentos. En las risas de un día normal, en la comida sofisticada que te desvives para hacer incluso en días normales. En el brigadeiro que preparas cuando estoy irritado. En el calor de un abrazo inesperado, en la mirada que lo dice todo sin necesidad de palabras. En hablar con nuestra hija cuando crees que no te escucho. - Levanta una ceja y yo sonrío. - Hoy, delante de ti, prometo no sólo estar a tu lado en los días fáciles, sino también en los difíciles. Prometo cogerte de la mano cuando las cosas se pongan difíciles y caminar a tu lado incluso cuando los pasos sean pesados. Prometo recordarte cada día que se te quiere, exactamente como eres: con tus rarezas, tus silencios e incluso tu terquedad. Porque cada parte de ti es preciosa para mí. Ethan, no sólo cambiaste mi vida, sino que me diste un propósito. Me diste a nuestra Hope, que lleva en su nombre todo lo que siento por nosotros. Esperanza. Hoy, te elijo a ti. Mañana, te elegiré a ti. Y cada día después de eso, mientras mi corazón lata, seguiré eligiéndote. Te amo, Ethan Davis. Para siempre. Y más allá.

Su mano tira de mi nuca y me besa justo antes de que el cura dé permiso. Los aplausos estallan a nuestro alrededor.

- Su turno, Sr. Davis -su voz no es nada alegre.

- ¿Cómo puedo superar un discurso así? - bromea, haciéndome sonreír. - Juegas sucio, Liv. - Me encojo de hombros. - Lo que tengo que decir es sencillo, es la verdad. Hope y tú sois lo más valioso que tengo. Llegasteis a mi vida cuando todo parecía a punto de desmoronarse y, de alguna manera, convertisteis el caos en esperanza. Contigo aprendí que el amor no consiste en la perfección, sino en elegir, cada día, estar al lado de la persona que hace que la vida tenga sentido. Me diste más de lo que jamás podría haber soñado: la oportunidad de ser un hombre mejor, un padre y, sobre todo, tu pareja. Hoy, delante de todos, te prometo que

mientras haya aire en mis pulmones, cada momento mío lo dedicaré a quererte a ti y a nuestra familia. Porque tú, Olivia, eres mi milagro, mi fuerza y la mejor parte de mí. Te quiero, ayer, hoy y siempre".

Sentí que mi corazón se derretía mientras las lágrimas caían silenciosamente por mi rostro. Apreté su mano con fuerza, devolviéndole cada palabra con una mirada llena de promesa.

Hope, como si comprendiera la grandeza del momento, extendió una pequeña mano hacia nosotros, arrancando las risas de todos.

Somos un lazo de amor.

La ceremonia terminó, y el momento de felicidad nos siguió hasta la recepción. El jardín estaba bellamente decorado con luces que colgaban de los árboles, que ahora empezaban a brillar contra el cielo del atardecer. Todo parecía perfecto.

Ethan, sin embargo, estaba inquieto, lo que me hizo fruncir el ceño en su dirección.

- ¿Va todo bien?

- ¿Taylor? - Nuestro amigo se volvió hacia él. - ¿Puedes quedarte con Hope un rato? ¿Tengo que darle a Olivia su regalo de bodas?

- ¿No vas a esperar a la luna de miel? Qué travieso eres - bromea, pero ya está tendiendo los brazos a nuestra pequeña, que está somnolienta-. Hoy se te ha trastocado la rutina. - Ven con dinda, mi amor.

Me fijo en su forma cariñosa de tratar a Hope. Ethan eligió a Henry como padrino y a mi amiga como madrina. La mejor elección de mi vida, estoy segura.

- ¿Quieres robarme así delante de todos? - pregunto cuando me coge de la mano y tira de mí hacia un rincón alejado de la fiesta.

- Me encantaría, pero no es eso. - Nos detenemos junto a un banco de madera donde reposa un sobre blanco. - Te quiero, ¿lo

sabes? - Desliza suavemente sus dedos por mi mejilla y me pierdo en su mirada.

- Yo también te quiero.

- He decidido hacerte un regalo muy importante para ti. - Coge el sobre y me lo entrega.

-No es justo. No sabía que íbamos a intercambiar regalos. No he preparado nada.

- Tú eres mi regalo. Ahora ábrelo.

Saco el papel sin entender lo que significa hasta que veo...

- Ethan... esto es lo que... ¡Dios mío!

- Sí, mi amor. La empresa que era de tus padres vuelve a ser tuya. Me las arreglé para rastrear el nombre del dueño y comprarla de nuevo. Por suerte, ni siquiera el nombre fue cambiado. Quiero que hagas lo que quieras con ella. Reconstruye lo que se perdió. Hazlo grande a tu manera. Haz realidad tu sueño de mantener vivo su legado.

- No... no puedo creerlo. - El llanto que había estado atrapado durante tantos años se libera y salto al cuello de mi marido. - ¿Hiciste esto por mí?

- Haría cualquier cosa por ti, Olivia. Cualquier cosa.

Me aferro a él aún más fuerte y cuando siento que sus brazos se aflojan, creo que me he perdido en el tiempo. Doy un paso atrás, esperando no parecer un panda, y me doy cuenta de que algo va mal.

- Ethan... ¿qué te pasa?

Tiene la piel pálida, casi translúcida, y una gota de sudor le recorre la frente.

- I... - Le falla la voz y al instante siguiente su cuerpo se desploma en el suelo.

- No. No. ¡NO! ¿Ethan? ¿Ethan? - Le sujeto la cara y no se ha desmayado, pero su cuerpo está demasiado débil. - Quédate

conmigo, mi amor. Quédate conmigo. - Ayúdame. - grito, rezando para que alguien me escuche. - Alguien llama a una ambulancia.

Oigo pasos corriendo hacia nosotros, pero no puedo levantar la vista para ver quién es. El pánico se apodera de mi pecho.

No puedo perderle. Todavía no. Por favor, Dios.

- Lo siento -murmura con los ojos ya cerrados-. - Te quiero. Para siempre. - Su cuerpo se queda flácido y el mío también.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Miro fijamente la lápida, todavía anestesiada. Se me escapa una lágrima y deduzco que el suministro de este líquido debe de ser ilimitado, porque he llorado tanto que he perdido la cuenta.

- Siempre me dijiste que fuera fuerte. Lo seré, te lo prometo. - Respiro con fuerza para que no me salgan las palabras. - El dolor que siento es insoportable, pero Hope me necesita, así que lo haré lo mejor que pueda. - Me apoyo en el mármol helado. - Ojalá estuvieras aquí para darme consejos, para decirme qué hacer, pero sé que todo ocurre por alguna razón. Te echo de menos cada día. Y te echaré de menos el resto de mi vida.

- ¿Señora Olivia? - La voz grave que me llama me hace mirar por encima del hombro. Henry está de pie en el pasillo empedrado entre las lápidas. - Tienes que venir conmigo.

- ¿Qué ha ocurrido? - Mi corazón se detiene un instante.

- El doctor ha pedido verte.

Antes de irme, me giro para mirar las lápidas una al lado de la otra.

- Siento haber tardado tanto en venir, pero volveré pronto. Te quiero, mamá. Cuídala, papá.

Me sujeto el dobladillo del vestido, que está lleno de barro, y camino hacia donde está él.

- ¿Cómo sabías que estaba aquí?

- Te vi salir por la parte de atrás del hospital y quise estar cerca por si me necesitabas.

- Gracias, Henry. Eres un ángel. - Sólo giré la parte superior del cuerpo para mostrártelo. - Mis padres están enterrados aquí. Hacía muchos años que no venía. Creo que fue una señal que Ethan estuviera en este hospital.

- Nada es casualidad", asiente y me hace señas para que le siga.

Camino a su lado y todos me miran al pasar. No les culpo. No es habitual que una mujer vestida de novia entre en un hospital.

- ¿Sabes lo de Hope?

- Está con Taylor y Mabel en el piso. Ha comido y dormido.

- Y yo, que hasta hace poco no tenía a nadie a quien contárselo, ahora tengo una red de apoyo envidiable. - Sonrío y él asiente.

- ¿Quieres que te acompañe?

- No, está bien. Ve y descansa. Ya me encargo yo.

- Estaré aquí esperando noticias. - Suelto una débil carcajada y asiento con la cabeza, sabiendo que no podré moverlo.

Mis pasos resuenan por el pasillo que parece interminable. Me duelen las piernas, mi cuerpo está agotado y el vestido de novia que antes brillaba como un sueño ahora está arrugado y sucio. Mis pies descalzos resuenan en el frío suelo, pero no me importa. Llevo horas

sin comer. No he dormido. Lo único que importa es la siguiente puerta, el siguiente paso, el siguiente instante que me separa de Ethan. Sólo me centro en eso.

La operación duró trece horas. Y el médico de guardia que le atendió en urgencias dijo que le ayudaron dentro del plazo, pero que poco podían haber hecho por él. Sin embargo, el neurólogo no quería hablar conmigo todavía. Así que salí a dar un paseo. Estoy tan agotada que una negativa más por su parte agotaría a mi principal acusado.

- Mi marido es Ethan Davis. El doctor preguntó por mí", le digo a una enfermera con la que me encuentro en el quirófano.

- Segunda puerta a la derecha. - Le doy las gracias y no me pierdo la lástima en sus ojos mientras me mira fijamente.

Que esto ocurra el día de nuestra boda es realmente terrible, pero lo he asumido. Fue uno de los días más bonitos de mi vida, y esos son los momentos que se quedarán conmigo.

- Pasa", me dice cuando llamo a la puerta. - Sra. Davis, imagino. - Extiende la mano. - Soy el doctor Malcom Perry, neurocirujano y médico de su marido. Siéntese, por favor.

- Usted es el médico que lo operó, ¿verdad?

- También, pero fui yo quien le dio la triste noticia de que tenía un tumor cerebral hace un año.

- ¿Le llamaron?

- Afortunadamente estaba en el hospital, no habría habido tiempo para llamarme.

- Entendido. ¿Cómo está él?

- Primero quiero saber de ti. ¿Quieres café o agua? ¿Quiere una habitación para ducharse y cambiarse?

- Agradezco la atención, pero lo único que quiero es la situación real de Ethan.

- Bien -se echa hacia atrás y se rasca un momento la nuca-. - ¿Cree en los milagros, señora Davis?

- Por supuesto, pero no creía que los médicos lo hicieran.

- La verdad es que no, pero no se me ocurre otra palabra para describir lo que le pasó a su marido. Tenía un aneurisma cerebral y necesitaba una craneotomía, pero un colega que estaba presente en la operación me animó a extirpar el tumor.

- Pero dijo que usted...

- Sí, lo sé. Pensé que era inoperable. Pero el tipo de tumor que tenía ya debería haber doblado su tamaño, no puedo explicarlo exactamente, pero no hubo empeoramiento de la enfermedad, sino más bien una regresión. Eliminamos completamente el tumor.

Parpadeo varias veces sin poder decir nada. Las palabras llegan a mi cerebro, pero no puedo procesarlas.

- ¿Se encuentra bien?

- ¿Significa eso que ya no morirá?

- Bueno, no puedo decir eso, pero el tiempo que le di de vida se ha acabado. Ya no lleva una bomba de relojería en la cabeza.

- E... - Respiro hondo para ordenar mis pensamientos. - ¿Y las secuelas? ¿Le quedarán?

Su semblante cambia y se inclina hacia delante con los codos sobre la mesa.

- Es demasiado pronto para decir nada, tendremos que esperar a que se recupere y, con el tiempo, veremos si hay alguna. Sin embargo...

- ¿Sí?

- Ya está despierto y te llama, así que creo que podemos descartar algunas.

- ¿Despierto? ¿Ya? Pensé que estas cirugías... - Mis palabras mueren, la emoción cierra mi garganta.

Está bien. Ethan volvió a mí. A nosotros.

- No quise hablarte antes para no hacerte ilusiones. La operación fue muy intensa y no sabíamos si despertaría. Pero el

hombre es más fuerte que un toro. Hemos vuelto a hacerle las pruebas y está bien. Pero lo mantendremos en el hospital por un tiempo todavía.

- No se preocupe, doctor. Donde más tiempo hemos pasado últimamente ha sido en el hospital. Estamos acostumbrados", bromeo, y él no parece entenderlo. - ¿Puedo verle?

- Sí, la enfermera te llevará. Y enhorabuena por la boda, señora. Puede celebrar su nuevo cumpleaños justo después de su aniversario de boda. Su marido ha vuelto a nacer.

- Gracias, doctor.

Me sujeto el dobladillo del vestido y salgo para encontrar a la empleada que me espera.

La sigo escaleras arriba y le doy las gracias con una inclinación de cabeza antes de empujar la puerta de la habitación con el corazón acelerado. Ahí está. Mi Ethan. Tumbado en la cama, con la cabeza vendada y los ojos ligeramente cansados, pero vivo. Y su sonrisa... esa sonrisa que podría iluminar un mundo entero, y que ahora ilumina el mío.

- Estás bien -susurro, con la voz cargada de emoción.

Su mano se levanta con dificultad, pero es suficiente para acercarme.

- Su voz es tan baja que parece un susurro. Y las lágrimas me nublan la vista mientras me río como una tonta por haberla escuchado.

- Eso está bien, porque tengo el plan de vivir toda mi vida a tu lado.

- Contaba con ello.

Me inclino y nuestros labios se encuentran. Es un beso casto, pero lleno de promesas. Promesas de futuro. Promesas de amor. Promesas de que, pase lo que pase, afrontaremos todo juntos.

Cuando me separo, me quedo mirándole, memorizando cada detalle de ese momento. Nuestras manos se entrelazan y él se

entrega al sueño.

Dejo que fluyan las lágrimas silenciosas de gratitud. Todo lo que he pasado hasta llegar aquí me baña como una ola. Desde los difíciles días en que perdí a mis padres siendo tan joven, las tragedias que han marcado mi vida, hasta conocer a Ethan. Incluso es difícil explicar cómo vidas tan diferentes como las nuestras consiguieron cruzarse.

Y entonces me doy cuenta.

Nada es casualidad.

Cada dolor, cada caída, cada lágrima ha servido para moldearme. Para hacerme fuerte y afrontar las batallas más duras. Para prepararme para un amor como el nuestro. Para enseñarme a no rendirme, incluso cuando todo parecía perdido.

Ocurrió un milagro. No hay otra explicación para ello.

Agarro con fuerza la mano de Ethan, mi otra mano descansa sobre su corazón que late al ritmo más hermoso.

Somos la prueba de que los milagros existen, Ethan. Y esa esperanza es todo lo que necesitamos para seguir adelante.

Porque, al fin y al cabo, el amor, la esperanza y la fe no sólo nos salvan. Nos transforman.

Y eso es lo que yo creo.

Siempre habrá algo por lo que luchar. Siempre habrá una nueva oportunidad.

Y mientras haya amor, habrá esperanza.

FIN



EPÍLOGO

El ruido del portazo me despierta y me froto los ojos para darme cuenta de que estoy en el suelo de la sala de juegos. Me duele el cuero cabelludo y me paso las manos por las gomas que Hope usaba para atarme el pelo.

Apoyo la mano en la alfombra y me siento, observando el desorden que me rodea.

- Olivia me va a matar", murmuro.

- ¿Yo? - Me giro rápidamente hacia su voz y pierdo toda discusión.

Está preciosa. Incluso más guapa que cuando se fue a trabajar esta mañana. Un vestido negro le abraza el cuerpo por todas partes, terminando a mitad de las pantorrillas, marcado por unos tacones que la hacen parecer aún más sexy.

- ¿Qué hora es? - Puedo ver la oscuridad más allá de ella a través de la ventana del salón.

- Son más de las ocho. - Se quita los zapatos y entra en la habitación, completamente cubierta por una mullida alfombra. Se inclina y me besa ligeramente en los labios. - Siento haber tardado tanto. La reunión ha durado más de lo que imaginaba.

- No te preocupes, ni siquiera te echaron de menos, ya que estaban con el padre más querido del mundo -bromeo, y ella me da unas ligeras palmaditas en la cabeza antes de continuar su camino.

Hope está completamente tumbada en el cojín con forma de corazón que le regaló su madrina. Y nuestro grandullón, Theodore, de apenas un año y dos meses, duerme en la tienda de su hermana.

Con él no hay mal tiempo; si tiene sueño, no hay nadie que le quite el sueño. Simplemente se acurruca en algún sitio y se duerme. Hope seguía eufórica cuando su hermano se fue a dormir, y ni siquiera el lío de que yo fuera un conejillo de indias en su salón de belleza perturbó su sueño.

- ¿Han comido? - Se agacha para coger a Theo, pero la detengo.

- Sí. Baño, cena, cuento nocturno. Seguimos el protocolo, *jefe*. Puedes bañarte y yo los acuesto. Tu cena está esperando.

- Eres el mejor.

- Sé que lo eres. - Levanto las cejas y cojo primero a nuestro niño grande. Nuestro "enviado de Dios", dice el significado, que nació cuando Hope tenía dos años y medio y es igual que yo.

Menos mal, porque aunque fuera genéticamente imposible, Hope es exactamente igual que Olivia. Nunca he visto a madre e hija parecerse tanto. Y no sólo en personalidad. Sus miradas son iguales.

- ¿Y Ethan? - Me detengo a medio camino y miro la puerta de nuestro dormitorio. - Te espero en la ducha, no pienso acostarme con un hombre que lleva purpurina por toda la cara.

Me trago una carcajada para no despertar a nuestro hijo. Lo meto en la pequeña cuna de su habitación y repito el proceso con Hope, nuestra pequeña, que el mes que viene cumplirá cuatro años.

- Buenas noches, papá -dice somnolienta, acurrucándose entre las almohadas de su cama-.

- Buenas noches, mi princesa. Te quiero.

- Sé que me quieres.

Sacudo la cabeza riendo, recojo su manta y enciendo la lámpara de estrellas que tanto le gusta. Cierro las puertas y la verja de la escalera y me dirijo al último dormitorio.

Sólo hace un año que vivimos en esta casa, pero es como si siempre hubiera sido nuestra.

La llegada de Theo nos demostró que el ático ya no daba más de sí. Hope necesitaba un jardín donde jugar y quemar energía, y nosotros necesitábamos dormitorios adicionales.

El sonido de la ducha me arranca una sonrisa y me quito la ropa antes de entrar en el cuarto de baño, después de asegurarme de que la puerta está cerrada y de que los monitores para bebés están encendidos.

Hace unos meses pasamos por una situación embarazosa en la que Hope nos pilló casi in fraganti preguntando dónde le dolía a mamá porque gemía de dolor. Nunca volveré a cometer ese error.

La cicatriz me pica en la nuca y al principio me molestaba porque pensaba que mostraba mi vulnerabilidad al mundo. Olivia me hizo darme cuenta de que muestra lo grande que era mi milagro. Tenía razón, como siempre.

Le devuelvo la mirada y me resulta imposible no ponerme duro como una piedra con solo mirarla.

- ¿Estás aquí? - pregunta en tono burlón, mirando por encima del hombro mientras se frota el jabón en la parte superior de la espalda. - ¿Puedes ayudarme? No llego.

- Con mucho gusto. - Abro el cristal y atravieso la cortina de vapor del interior.

Tiene la costumbre de ducharse con tanto calor que parece salida de un volcán.

- ¿Qué tal la reunión? - le pregunto, apartándole el pelo y deslizando el jabón por sus mejillas.

- He cerrado el trato. La empresa hará toda la campaña con nosotros.

- Felicidades, amor. - Acerco la mano a tu boca y la saboreo suavemente.

Mi recuperación no fue rápida. No pude levantarme de la cama durante más de un mes, y Olivia se dedicó por completo a mí y a Hope. Sin embargo, una vez superada esa difícil fase, abrazó la idea de la empresa de sus padres, que ahora lleva sus dos apellidos, Moore Davis Communications. Y no es porque sea mi mujer, sino porque es una pasada y ha elevado el nivel de la empresa a nuevas cotas desde que se convirtió en la propietaria.

Mientras ella acelera, yo voy en dirección contraria. He contratado a gente en la que confío y he empezado a delegar más tareas. Sigo manteniendo la empresa a raya para que todo vaya sobre ruedas, pero después de la experiencia cercana a la muerte, me di cuenta de que necesitaba disfrutar de más momentos y aprovecho mi tiempo sabiamente para acumular muchos de ellos con Olivia, Hope, Theo y también con mi tía. Al fin y al cabo, ellos son los únicos que al final merecerán la pena.

- Hum. - Ella gime y yo me pierdo definitivamente, dejando la mente en blanco mientras deslizo los dedos por el costado de su cuerpo, hasta llegar a su redondo culo. - Te he echado de menos", dice socarronamente, separando las baldosas delante de ella y levantándose como le gusta.

La primera bofetada es suave, para prepararla. Introduzco un dedo y subo la otra mano hasta su pecho, haciendo rodar el pezón entre los dedos.

Gime suavemente y decido mejorar la situación. Sujeto mi polla y la coloco en su entrada, y se desliza con una facilidad envidiable.

- Me encanta cuando estás así de mojada -susurro, tirándole del pelo hacia atrás.

- Siempre lo estoy, cariño. Tienes este don conmigo.

Me pongo a horcajadas sobre tus caderas y bajo la otra mano hasta encontrar tu clítoris. Nuestros cuerpos chocan con intensidad, justo como sé que a ella le gusta. Sus paredes internas aprietan mi polla y sé que va a correrse, acelero mis movimientos y su rugido no tarda en llegar. Me estiro hasta que desaparece el último vestigio. Entonces giro su cuerpo inerte hacia mí y la empujo hacia delante hasta que sus piernas rodean mis caderas. La golpeo contra la pared, aprieto sus muslos y abro la boca.

Ella sabe exactamente lo que le pido.

Me mete un pecho en la boca y se lo chupo mientras sigo entrando y saliendo de ella.

Nuestra conexión es deliciosa. Hay días en los que el sexo es ligero, cariñoso y tranquilo, pero hay días como hoy en los que es intenso y muy fuerte.

Y me encanta cada uno de ellos.

- ¡Ah, Ethan! - Vuelve a correrse y sólo entonces me dejo llevar yo también, disfrutando cada segundo hasta el final.

Traigo su boca a la mía y nos besamos amorosamente, como siempre.

- Es tan bueno tenerte en mi vida -dice la frase que repite al final de cada día, sin olvidar ni uno solo.

Entonces le doy una respuesta que no puede ser más cierta.

- Soy el afortunado de haberme cruzado en tu camino.

Y la atraigo para darle otro beso.

Es exactamente la verdad. Podría haber encontrado a otra mujer que me diera un hijo, pero lo que me salvó la vida no fue sólo un acto médico, fueron las ganas de vivir que aprendí a tener después de Olivia.

Ella es mi todo y mi nada. Ella es toda mi vida.

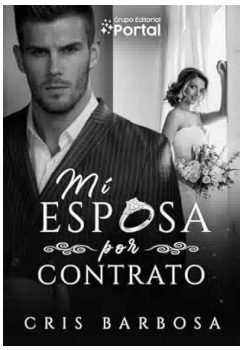
AGRADECIMIENTOS

Doy gracias a Dios por otra historia que ha llegado a su fin.

Agradezco a mi familia, a mis parientes y a todos ustedes increíbles lectores que siempre están listos para una nueva historia romántica escrita por mí.

Gracias y hasta la próxima.

Con amor, Jess Bidoia



Leer también

Enlace: https://amzn.eu/d/fHjcppp

Sinopsis:

A la muerte de su padre, el playboy y soltero empedernido Theodoro Tavares Assumpção, descubrió que había recibido un testamento en el que se decía que sólo podría tomar posesión de lo que le correspondía si se casaba en el plazo de tres meses; de lo contrario, todo sería donado a la beneficencia.

Natália Alves Viera siempre había soñado con casarse con su novio, con el que llevaba seis años. Sin embargo, en vísperas de la boda, lo sorprendió en la cama con su mejor amiga, lo que provocó un gran trauma en la relación, ella puso fin a todo y empezó a albergar deseos de venganza en su corazón.

Durante una noche de borrachera en un pub, ambos, que no querían involucrarse con nadie, se conocieron y decidieron contraer un matrimonio de conveniencia para alcanzar sus objetivos.

Todo parecía perfecto, si no fuera por los sentimientos y la fuerte atracción que empezó a surgir entre ellos



Enlace: https://amzn.eu/d/axoN9BN

Sinopsis:

Contrato de Matrimonio

Venganza y redención

Enemies to Lovers

Diferencia de edad

Nacido en cuna de oro, Dominic Davis es el Director General de la cadena hotelera Davis, con la que mantiene importantes asociaciones en el mercado mundial. Pero no se imaginaba que una de esas asociaciones podría cambiarle la vida.

Para tener el control total de la empresa, su padre propuso a Dominic que se casara con una mujer de su elección.

Sarah Anderson era hija del propietario de Anderson's Hotels. Antes de asumir las responsabilidades del negocio familiar, quería cumplir su sueño de ver mundo en un año. Pero su vida estaba a punto de cambiar: debía casarse con un pretendiente también elegido por su padre. Indignada por la noticia, Sarah entrega su virginidad a un desconocido en una fiesta, y poco podía imaginar que ese hombre misterioso y arrogante sería su futuro prometido.

En un matrimonio arreglado en el que vivían de fachada, la pareja acabó cediendo y haciéndose daño. Sin embargo, sólo el tiempo dirá si triunfará el amor.



Enlace: https://amzn.eu/d/5M52Dk4

Sinopsis:

Fabrizio Flauzi es el único heredero de una de las mayores haciendas del país, pero hasta que pueda hacerse cargo del imperio, persigue su sueño en la policía civil.

Hermoso y misterioso, el agente de narcóticos cometió uno de los mayores errores de su carrera, al creer sólo en las pruebas. Seguro de estar resolviendo un crimen, acabó llevando a una familia a la ruina.

Mariana Vaz es una ingenua joven de dieciocho años con una belleza única. La chica, decidida y torpe, sólo tiene

un objetivo en la vida: demostrar la inocencia de su padre y hacer que el diputado pague por la injusticia cometida. Sospechando quién puede ser el culpable del crimen, inicia una investigación en solitario, convirtiéndose en el objetivo de la mayor red de corrupción, contrabando y explotación sexual del país.

Encuentros insólitos ponen a los dos frente a frente, provocando emociones incontrolables. Sin conocer la verdadera identidad del otro, acaban vencidos por la fuerza del deseo y se entregan a una inolvidable noche de amor, en la que la chica pierde la virginidad con su mayor enemigo.

El romance se ve condenado cuando ella descubre a la mañana siguiente quién es Fabrizio. El amor será puesto a prueba en esta historia de mentiras, sexo, crímenes e investigaciones. Descubre los peligros de escuchar a tu corazón.

Redes sociales (de la editorial)

Página web de la editorial: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Tienda: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br

